



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

DÍA DE MUERTOS EN JANITZIO, MICHOACÁN: DEL RITUAL
TRADICIONAL AL ESPECTÁCULO TURÍSTICO (REPORTAJE)

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN
ESPECIALIDAD EN PUBLICIDAD

P R E S E N T A

ALEJANDRO AGÜERO LÓPEZ

ASESORA DE TESIS: LIC. ROSALÍA FLORES MATEOS



MÉXICO D.F.

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres, por su incondicional apoyo hoy y siempre
A la profesora Rosalía Flores Mateos, por su invaluable asesoría
A los que directa o indirectamente intervinieron para la realización de esta tesis

Índice

| | |
|------------------------------------------------------------------|----|
| Introducción | 5 |
| <i>Capítulo 1. El origen del culto a la muerte en México</i> | 12 |
| 1.1. Aquí nació la muerte | 13 |
| 1.2. La concepción mortuoria de los antiguos mesoamericanos | 19 |
| 1.3. Las cuatro etapas históricas en la época prehispánica | 26 |
| 1.4. Después de la muerte: dime cómo mueres y te diré quien eres | 33 |
| 1.5. La conquista espiritual que vino de muy lejos | 37 |
| 1.5.1. Antecedentes del culto español que influyó Mesoamérica | 37 |
| 1.5.2. Sincretismo: cuando el Mictlán se convirtió en infierno | 39 |
| <i>Capítulo 2. La fiesta de la muerte</i> | 46 |
| 2.1. La tradición | 47 |
| 2.2. El ritual | 51 |
| 2.3. La fiesta | 55 |
| 2.3.1. La fiesta rural | 58 |
| 2.3.2. La fiesta de la muerte | 61 |
| 2.4. La comunidad rural | 62 |
| <i>Capítulo 3. Contexto socio-histórico de Janitzio</i> | 65 |
| 3.1. El lugar donde habita la muerte michoacana | 66 |
| 3.2. Había una vez una comunidad lacustre | 71 |
| 3.3. Los pobladores de esta tierra | 79 |
| 3.4. El tarasco en boca de muchos | 82 |
| 3.5. Creencias, dioses y más allá | 84 |

| | |
|-----------------------------------------------------------------|-----|
| <i>Capítulo 4. El Día de Muertos en Janitzio</i> | 90 |
| 4.1. El nacimiento de la tradición purépecha | 91 |
| 4.2. La ofrenda: un banquete para los muertos | 95 |
| 4.3. Elementos del ritual lacustre | 100 |
| 4.3.1. La cacería del pato | 100 |
| 4.3.2. El muerto del año | 102 |
| 4.3.3. La velación de los angelitos | 103 |
| 4.3.4. Reunión y ofrenda | 105 |
| 4.3.5. La velación de adultos | 107 |
| | |
| <i>Capítulo 5. ¿Agoniza el ritual tradicional?</i> | 109 |
| 5.1. Una fiesta para los demás | 110 |
| Antecedentes históricos del Día de Muertos en la zona lacustre | 110 |
| ... Y lo que sucede ahora en la región y en Janitzio | 111 |
| 5.2. Cuando la tradición cambia | 114 |
| 5.3. La muerte también es negocio | 119 |
| | |
| <i>Conclusiones</i> | 124 |
| | |
| <i>Anexos</i> | 130 |
| Anexo 1. Un día con la muerte purépecha (crónica) | 131 |
| Anexo 2. Retratos del más allá en la zona lacustre de Pátzcuaro | 138 |
| Anexo 3. La muerte nos pela los dientes | 143 |
| | |
| <i>Fuentes de consulta</i> | 146 |

Introducción

El hombre, desde el inicio de su existencia, se ha enfrentado a situaciones que carecen de explicaciones sencillas y ante ellas ha buscado respuestas para tratar de comprender lo que sucede en su entorno. Una de ellas, la muerte, se ha manifestado en toda cultura y cada una ha visto en los terrenos científico, cultural y religioso una salida ante tal interrogante.

Cuando la vida termina aparece entonces la duda: ¿qué sucede después? Y dar una respuesta objetiva no resulta fácil, por lo que uno de los ámbitos para entender dicho cuestionamiento ha sido la religión. El destino del hombre al morir y la posibilidad de una vida posterior a la terrenal han sido dos puntos medulares en los que las personas ponen énfasis cuando el punto final inevitablemente llega.

En México el tema posee particular importancia desde la época prehispánica, donde los antiguos habitantes de la región de Mesoamérica veían a la muerte como parte de un ciclo constante y necesario que traía consigo nueva vida. Sin embargo, la concepción que de ella se tenía sufrió un cambio cuando los conquistadores españoles pisaron territorio nacional y entonces la mezcla de pensamientos forjaron los elementos heredados hasta la actualidad.

“Lo que tradicionalmente se considera como la celebración del Día de Muertos, se sustenta en la fiesta prehispánica, a la que se han añadido elementos de la cultura española. Las fiestas que vemos en Pátzcuaro, Mixquic o en la Huasteca, entre zapotecos, otomíes o mayas e incluso en las ciudades, son en buena parte celebraciones prehispánicas que se han ido adaptando y que han acumulado nuevos elementos en el transcurso de los tiempos modernos”.¹

Así nació el Día de Muertos, fecha calendárica que ha formado parte de una ritualidad nacional que, desde hace muchos años, los mexicanos practican en gran número y en formas tan variadas como lugares puedan encontrarse. La esencia es la misma, recordar a quienes se han ido, aunque con detalles propios de cada región donde se ubique.

¹ Zarauz López, Héctor L., La fiesta de la muerte, CONACULTA, México, 1ª ed., 1ª reimp., 2004, p. 13.

Ofrendas, velaciones, misas y múltiples manifestaciones en torno al tema son posibles de observar los dos primeros días de noviembre. Desde el más profundo respeto hasta la diversidad de colores y sabores, forman parte de dicha manifestación vivida por más de uno.

Se demuestra así la importancia del tema, porque morir es lo único que el ser humano tiene asegurado al nacer, es sin duda una consecuencia universal, y entonces la idea de trascender o ser parte de un ciclo constante se ha visto reflejada históricamente en múltiples actos y en ocasiones específicas.

Con base en el contexto antes citado, la presente tesis analizará el Día de Muertos en el poblado de Janitzio ubicado en el estado de Michoacán. Ahí, el culto a los difuntos se ha practicado desde hace cientos de años y con el paso del tiempo ha tomado forma con elementos propios que lo caracterizan.

En esa zona lacustre, particularmente en el poblado vecino de Tzintzuntzan, el año 1971 significó el inicio de una promoción del evento con tintes indígenas que con el paso del tiempo se fue convirtiendo en un espectáculo turístico que atrae a miles de visitantes año con año.

En poblados aledaños, entre ellos Pátzcuaro (cuyo nombre significa lugar que se tiñe de negro) y la isla de Janitzio, actualmente se lleva al cabo el ritual considerado por Héctor Zarauz, autor del texto *La fiesta de la muerte*, como una de las celebraciones más impresionantes por su entorno natural y tipo de festejo.

El caso de Janitzio dio de qué hablar en 1984, fecha en la que el aspecto comercial empezó a suscitarse con mayor intensidad cuando algunas personas cobraban por ver los altares en sus hogares especialmente colocados para la celebración. Hoy en día, incluso en el cementerio, otros más piden una “cooperación” a los paseantes para permitirles fotografiarlos mientras el acto ritual se efectúa. Aunado a lo anterior, folletos, notas periodísticas e información en

internet invitan a la gente a visitar el poblado para mostrarle la forma en que se practica dicho evento.

No obstante, algunos aspectos no coinciden por completo con la tradición ya que sólo ofrecen un panorama muy general de ella y, en cambio, se promueve más por el aspecto turístico, prueba de ello es el creciente número de paseantes que acuden a la zona: en 2001 se estimaron 54 mil, en 2003 la cifra fue de 70 mil y para 2005 aproximadamente acudieron 100 mil.

El problema reside entonces en que la celebración tradicional campesina ve rebasado su valor de identidad y de uso para convertirse en espectáculo. Al realizarse en lugares abiertos (el cementerio como uno de los principales), éstos se ven invadidos en mayor cantidad por turistas nacionales y extranjeros que incluso violentan esos espacios al introducir en ellos bebidas alcohólicas y llevar al cabo actitudes como pisar las tumbas o posar en ellas para ser fotografiados.

¿Es entonces el ritual del Día de Muertos en la zona lacustre de Michoacán una tradición o se ha convertido ya en un espectáculo turístico? Sobre esa premisa se desarrolló la presente tesis mediante el reportaje demostrativo, el cual expone y analiza el fenómeno que se presentan actualmente con relación a dicha festividad en aquella localidad michoacana, los elementos que la conforman y los que le dieron origen por influencia directa de dos etapas históricas: la prehispánica y la colonial.

El género aquí utilizado permite, mediante un estilo directo y descriptivo del tema de interés actual, informar algo que se juzga digno de saber; aborda el asunto que trata y lo presenta de forma clara y atractiva, profundiza en los antecedentes y causas del asunto, explica sus pormenores, lo ubica en un contexto específico y le otorga actualidad.

Con base en el *Manual de Periodismo*, de los autores Vicente Leñero y Carlos Marín, este tipo de reportaje prueba una tesis e investiga un suceso, parte de la lectura de libros y periódicos, de la observación e interés del autor y, en este caso,

de una fecha específica del calendario, para establecer una hipótesis y demostrarla mediante cifras, datos documentales y entrevistas.

El autor se ve exigido a registrar aquello que puede ver a simple vista, pero más aún, ofrecer en detalle y con precisión datos que sucedan directamente en el lugar del acontecimiento y sirvan para explicarlo o hacer sentir al lector en el sitio sobre el que trata el tema en cuestión.

El reportaje, asimismo, tiene tintes literarios al plasmar en sus líneas aspectos que se asemejan a una novela. Dicho recurso le otorga vida al texto, aunque con la principal diferencia de que el género periodístico trata siempre con personajes y casos reales. También puede contener en su estructura una crónica para profundizar, mediante un relato secuencial, en un problema y la toma como apoyo para sus objetivos de investigar y exponer el caso noticioso.

Muestra y analiza una parte de la realidad con base en la veracidad de la información para mover y convencer al lector del tema que trata, y más aún, puede llegar a denunciar algún acontecimiento para lograr que se modifique.

Para la realización de la presente tesis se consultó a expertos en el tema y se entrevistaron a personas del ámbito turístico e indígenas de la región que acuden al encuentro de sus difuntos los días uno y dos de noviembre. Se hizo una investigación y observación directa en la localidad de Janitzio, municipio de Pátzcuaro, en la celebración del Día de Muertos, se efectuó una consulta documental y de fuentes hemerográficas propias del estado de Michoacán, así como de páginas de internet, folletos y artículos relacionados con la festividad en general y del caso aquí estudiado en particular.

La hipótesis principal de la investigación menciona que, con la presencia del turismo en Janitzio durante el Día de Muertos, se pretende lucrar con la tradición y en cambio, el significado del acto ritual se difunde de manera limitada por lo que se le observa más como un espectáculo.

En el primer capítulo se hace un esbozo del significado de la muerte en diferentes culturas (Egipto, Grecia, Roma y Oriente), entre las que se destaca el caso mexicano por ser éste el eje central de la investigación que concluirá en el caso específico del poblado michoacano de Janitzio. Se menciona el origen del culto en territorio mesoamericano donde los aztecas fueron pieza fundamental por sus prácticas religiosas y creencias, así como el mito de la creación de los cinco soles que se muestra como elemento clave para comprender el origen de la idea que refleja a la vida y a la muerte como elementos indisolubles.

Asimismo se exponen la importancia de la llamada Piedra del Sol o Calendario Azteca y las celebraciones que los antiguos mexicanos llevaban al cabo como parte del ritual en torno al tema; la división temporal en cuatro etapas de la región mesoamericana (que van del año 2300 a. C. a 1521 con la conquista española) que evidencian la evolución de sus habitantes no sólo en el aspecto social sino también en la manera de concebir a la muerte, y finalmente la creencia acerca de los destinos a los que arribaban aquellos que dejaban de existir, todo ello antes de que la influencia europea se introdujera en el pensamiento prehispánico.

El capítulo dos da a conocer los conceptos de tradición, ritual, comunidad rural, fiesta y, derivada de ésta, la fiesta rural popular. Todos ellos se exponen como piezas para comprender lo que posteriormente se abordará en el caso concreto del Día de Muertos en Janitzio, Michoacán. Dichos conceptos se sustentan en un análisis basado en palabras de distintos autores y que dan mayor certeza a sus significados para obtener la veracidad y conexión con el tema aquí estudiado.

En el tercer capítulo se presenta un contexto socio-histórico del lugar que da título al presente reportaje, la situación geográfica de Michoacán en general y del poblado de Pátzcuaro con la isla Janitzio en particular. Sobresale en este punto la figura de Vasco de Quiroga quien, a pesar de haber llegado con la conquista española a territorio mesoamericano, forjó en gran medida una sociedad con toque humanista heredada hasta hoy día.

“El Día de Muertos en Janitzio” es el título del capítulo cuatro, en el cual se menciona el origen de dicha tradición con base en una leyenda purépecha y además se explican los elementos propios de la región que la conforman: la ofrenda, la cacería del pato, el “muerto del año”, las velaciones (de angelitos y adultos) y la reunión y ofrenda.

El quinto capítulo abarca los antecedentes históricos del Día de Muertos en la zona lacustre de Pátzcuaro y la manera en cómo se ha ido transformando con el correr de los años hasta poseer la etiqueta de espectáculo turístico a pesar de que aún subsisten elementos propios del ritual.

Como sustento para el análisis, en este punto se realizó observación directa en las localidades de Pátzcuaro y Janitzio en días previos y durante el acto, así como entrevistas a personas de la región tanto del ámbito turístico como a los indígenas que acuden al encuentro con sus muertos durante esta fecha. Se anexan asimismo tres apartados conformados por una crónica, fotografías del Día de Muertos en la zona lacustre de Pátzcuaro y datos curiosos acerca del mismo.

Capítulo 1. El origen del culto a la muerte en México

1.1 Aquí nació la muerte.

La muerte, elemento universal, es lo único que el ser humano tiene asegurado al nacer, por lo que ha sido tema de constante reflexión y se le han otorgado explicaciones desde distintos enfoques que van de lo científico a lo religioso y se enfrenta a ella según sea la cultura en la cual está inmerso.

Como opuesto de la vida, la muerte sugiere incertidumbre, duda. Ante tal interrogante que supera el límite de sus conocimientos, el hombre ha tratado de trascender más allá de la vida terrenal a través de ritos, oraciones y hasta sacrificios, teniendo la idea de no resignarse a morir o dejar de ser. Históricamente el tema de la muerte ha evolucionado conforme lo hace también el ser humano.

En el caso de los egipcios, los hombres más religiosos según los griegos, cadáveres momificados, ofrendas mortuorias con comida e inscripciones en muros de tumbas, pirámides y templos, reflejan la importancia que este elemento tenía en su vida cotidiana. Ellos creían en el Ba (alma corporal) que, en el caso del faraón, debía justificarse ante el tribunal de Osiris, dios vinculado con la muerte, además debía ser sepultado con el *Libro de los muertos*, que contenía fórmulas mágicas e invocaciones divinas para revivir en la Divina Región Inferior.

En Grecia también habitaba la muerte. Las almas arribaban a un mundo subterráneo cerca del mar o Tártaro, gobernado por Hades. Los muertos cruzaban, con una moneda en la boca para pagar su pasaje, un río resguardado por un hambriento y furioso perro de tres cabezas. El Tártaro, lugar de castigos, les era destinado a aquellos que habían tenido un mal comportamiento en vida. Sin embargo, esa región tenía distintas zonas, una de ellas, la más feliz y con días perpetuos, los Campos Elíseos que incluso prometían el regreso a la vida terrenal.

Para los romanos, los festivales de los Lemuria y de los Parentalia indicaban que la memoria hacia los muertos era patente. Creían en los lemures, espíritus de muertos que habitaban cerca del hogar para actuar de mala forma contra los vivos

pero también en los lares, espíritus tutelares que protegían a una persona o a una familia. A los primeros se les exorcizaba los días nueve, once y trece de mayo, a los segundos se les rendía culto con incienso y flores.

Oriente manifestaba también sus creencias en torno a la muerte: en China habitaban espíritus benéficos y maléficos, cuyo control era posible a través de la magia. Según esta cultura, el alma tenía dos aspectos: *p'ó*, relacionado con el cadáver y alimentado por la comida de las ofrendas, y *hun*, la parte espiritual que podía ser destinada a la condenación y pasar por dieciocho infiernos o bien arribar al paraíso establecido como la Tierra de la Suma Felicidad en el monte Kuen-luen, gobernado por Wang en un palacio de nueve pisos de jade rodeado por jardines.

México no es la excepción en cuanto a concepción de la muerte se trata ya que en el territorio nacional, desde épocas prehispánicas, existen vestigios de actos y formas de pensar en torno a este elemento. El dato arqueológico indica que el hallazgo más antiguo data del año 1800 a. C. en sitios como Tlatilco, Cuicuilco o Copilco, donde diversos entierros acompañados con ofrendas consistentes en objetos de barro como vasijas, figurillas y máscaras han sido hallados, lo que demuestra el interés e importancia que la muerte tenía para los habitantes de aquellos lugares.

Sin embargo, el nacimiento de la muerte en territorio mesoamericano, específicamente en México, se ubica tiempo antes. Saber su destino en el mundo, de dónde viene y a dónde va, fueron cuestionamientos que se hicieron los antiguos pobladores, mismos que trataron de explicarse mediante mitos:² el de los cinco soles, de la creación del sol, la luna y el hombre, los principales de ellos que se abordarán más adelante.

Los aztecas fueron quienes desarrollaron el mayor culto a los dioses y a la muerte, por ello son considerados la principal cultura mesoamericana para hacer referencia al tema. Su religión, elaborada con base en mitos, creencias y diversas

² Se entiende por mito la explicación que el hombre otorga a los objetos que le rodean cuando no los comprende mediante la inteligencia u observación. Relata asimismo los cataclismos del mundo y los hechos y hazañas de los dioses de manera enigmática.

prácticas, ha sido plasmada tanto en relaciones de cronistas españoles (es el caso de Hernán Cortés en sus cartas al emperador Carlos V) como en los textos mismos escritos por indígenas.

Grupo de lengua náhuatl, los aztecas partieron de Aztlán, su lugar de origen situado al noroeste del país, en el año 1168 tras haberlo poblado por mil años. El siglo XIII parecía propicio para instalarse en el valle central de México pero ante la recepción como invasores, construyeron una aldea de chozas de caña sobre islotes en México-Tenochtitlán. Fue en el reinado de Itzcóatl durante el periodo 1428-1440 que comenzaron su ascenso y más tarde conquistaron la Liga de las Tres Ciudades (México, Texcoco, Tlacopan) para conformar el imperio azteca.

Basado en la guerra, la diplomacia y el comercio, el imperio mantuvo relaciones con diversos grupos étnicos cuyos dioses, mitos y creencias fueron adoptando. Su religión parecía ser una mezcla con características de distintas culturas que se sintetizaron para conformar una sola.

Su idea del origen del universo representada en las palabras divinas, teotlahtolli, menciona que existió una dualidad suprema: Ometecuhtli (“Dos Señores” o “Señor Dos”), cuya primera obra fue crear los cielos para los dioses, los astros, el universo, la tierra y el camino de los muertos. Acompañado de su mujer Omecíhuatl (“Dos Señora”), residían en el Omeyocan y eran los señores de la vida y los alimentos, por lo que se consideraban representantes de la fertilidad al llamarles “señor y señora de nuestra carne o de nuestro sustento”.³

También llamados Tonatecuhtli y Tonacacíhuatl, tuvieron cuatro hijos: Xipe, Huitzilopochtli, Quetzalcóatl y Tezcatlipoca. A estos dos últimos se les encomendó la creación de los elementos básicos: el fuego, el hombre, la mujer, los días y los dioses de los muertos: Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl.

³ Caso, Alfonso, El pueblo del sol, FCE, México, 3ª ed., 18ª reimp., 2003, p. 19.

A partir de esos cinco elementos establecidos por los dos dioses supremos y sus hijos, se forma entonces el mito de la creación de los cinco soles, explicación del ir y devenir de la vida y la muerte mediante varios cataclismos que azotaron la tierra en distintas épocas y que sugiere la idea central del sacrificio como elemento fundamental para la continuación de la especie humana.

El manuscrito de los cinco soles tiene sus primeras letras fechadas el 22 de mayo de 1558 en lengua náhuatl, pasados 38 años de la conquista española. En 1903 fue impreso por primera vez en Italia y forma parte del llamado Códice Chimalpopoca que se acompaña por otros documentos pertenecientes a don Fernando Alva Ixtlilxóchitl.

La versión del mito que a continuación se ofrece está basada en el Códice Vaticano, copia del documento auténtico mexicano hecha poco tiempo después de la conquista y en fragmentos conservados por el autor Fernando Alva Ixtlilxóchitl. Ambos, la pintura mexicana y las partes rescatadas en lengua azteca por el indígena, dan veracidad del tema que aquí interesa.

Atonatiuh, sol de agua o diluvio, fue el primer curso solar destruido por las aguas. Los edificios con sus habitantes se hundieron y los hombres fueron convertidos en peces. A la diosa Matlalcueye, con sus características de agua y lluvia, se atribuye el cataclismo con el que terminó esta era de 4,008 años y al cual sobrevivieron únicamente una mujer y un hombre que flotaron en una canoa conservando el fuego del hogar.

El segundo sol, Ehecatonatiuh, fue arrasado por los vientos, que se desencadenaron de los cuatro puntos cardinales y soplaron en todas direcciones. Quetzalcóatl, con su atributo del viento, presagió el desastre. Con el polvo se formaron remolinos y el desorden se hizo presente. Los hombres, convertidos en monos, se agitan en medio del caos y se observa dentro de una gruta una pareja que logró salvarse de la desgracia. Los sobrevivientes pudieron llevar consigo el fuego en esta etapa solar que duró 4,010 años.

El sol de fuego es señalado como la tercera época. Profundas grietas se abrieron en la tierra y el fuego hirvió en su interior hasta derramarse por la superficie. Lluvias de fuego acompañadas de erupciones volcánicas fueron lanzadas de manos del dios Xiuhtecuhtli quien se asomaba de un cráter y así hizo perecer al género humano del cual sobrevivieron sólo un hombre y una mujer refugiados en una grieta y conservando el fuego del hogar. Duró la edad 4,804 años.

El hambre se hizo presente en el cuarto sol, razón por la cual murieron los hombres porque la tierra no produjo sus frutos. Sin embargo, la diosa Xochiquetzal bajó de lo alto para llevar flores a los hombres. La divinidad arrojó semillas al suelo y lo hizo retoñar nuevamente para poner fin a su esterilidad.

Se observan aquí un hombre y una mujer que llevan en su mano flores y en la otra una bandera que simboliza el 20, interpretado como el número de parejas salvadas o bien los años que pasaron para que los frutos fueran nuevamente recogidos. Este Tlaltonatiuh o sol de tierra, cuarta época señalada en el mito, se extendió por 5,206 años.

Agua, viento, fuego y tierra, elementos que conforman todas las cosas y representados por su respectiva deidad, estuvieron presentes en cada etapa. Cuatro veces fue destruida la humanidad por grandes cataclismos, mismas ocasiones que repobló la Tierra según marcan los ciclos del mito.

Entonces llegó la quinta edad. Con la destrucción de la última humanidad, el sol había perecido también y en medio de la oscuridad existente los dioses se reunieron en Teotihuacan para decidir de qué manera habría un nuevo amanecer. Dos de ellos eran requeridos para dar una nueva luz al mundo. Tecuciztecatl se ofreció y ante la falta de un segundo voluntario, Nanaoatzin fue señalado por los demás. El primero rico y poderoso, ofreció como penitencia plumas, oro y piedras preciosas; el segundo, enfermo, no tenía más que espinas teñidas con su propia sangre con las que se había mortificado.

Tras cuatro días de ayuno, llegó el momento de la prueba. Las deidades se colocaron en dos filas, y al final de ellas, el fuego ardía en un brasero sagrado que recibiría a los que con su sacrificio alumbrarían al mundo.

Los dioses ordenaron a Tecuciztecatl lanzarse a las llamas y después de cuatro intentos fallidos por el miedo, el turno fue de Nanaoatzin, quien, sin pensarlo dos veces, entró en el brasero. Ante la vergüenza de su acto y la valentía del dios enfermo, Tecuciztecatl se arrojó también a la hoguera.

Después de un rato de espera, los dioses vieron iluminarse el cielo y se hincaron ante la salida por el oriente de un radiante Nanaoatzin convertido en sol. Luego, detrás de él, se observó a la luna con la misma luminosidad resplandeciente, cuestionada por los dioses porque su cobardía para sacrificarse no podía compararse con la fuerza de su luz. Por ello, uno de ellos arrojó a la cara de Tecuciztecatl un conejo y así le opacó su brillo.

Sin embargo, el sol estaba fijo y los dioses decidieron sacrificarse para darle movimiento, esfuerzo inútil para el astro quien finalmente fue ayudado por el viento, Ehécatl, para comenzar a andar en su camino, seguido posteriormente por la luna. Así fue como nacieron el día y la noche. Sol y luna se observan entonces en diversos tiempos y uno sale al ocultarse el otro.

Esa idea se generalizó entre los aztecas, quienes pensaban que la manera de pagar a los dioses que dieron su vida para que el quinto sol naciera, era ofrendarles de la misma forma para conservar lo existente en el universo. Ayunos y hasta su propia sangre formaban parte de ese tributo que ofrecían para que las cosas siguieran su curso día con día, de lo contrario una catástrofe más acabaría con todo como sucedió en las cuatro eras anteriores.

Y aunque el día y la noche habían aparecido ya, sólo restaba dar vida al ser humano. Al respecto, Quetzalcóatl fue el principal encargado de esta tarea al bajar al lugar de los muertos con el fin de obtener sus huesos, resguardados por el dios

Mictlantecuhtli y su mujer. Ahí, fue sometido a distintas pruebas para evitar que los tomara, sin embargo las superó y en su huída no pudo evitar romperlos, entonces ofrendó su sangre para poder repararlos y así dar vida a la actual humanidad que será destruida por la peste, el hambre y la guerra.⁴ Consecuencia de su acto nacieron los hombres llamados macehuales (los merecidos), por sacrificio y sangre de Quetzalcóatl, mismos que hasta la actualidad viven gracias a él.

La explicación anterior muestra la idea cosmogónica que da vida al pensamiento antiguo respecto al origen del universo, de las cosas y también de la muerte. De ella nace la vida y por ella se justifica el sacrificio. Ese fue el punto de partida para los aztecas y sus mitos prevalecen para dar cuenta de los rituales que aún en la actualidad se realizan.

1.2. La concepción mortuoria de los antiguos mesoamericanos.

Mesoamérica, territorio ubicado en el actual centro-sureste de México y norte de Centroamérica, fue poseedora de civilizaciones con características comunes como la escritura en códices y lápidas, la agricultura del maíz, el juego de pelota, los sacrificios humanos, un calendario ritual y la práctica de la religión politeísta.

Los grupos que conformaron Mesoamérica (nombre acuñado por Paul Kirchhoff en 1943) se asentaron en distintas partes geográficas y más allá de los límites sureños de la República Mexicana: se ubicaron en áreas de Durango, Sinaloa, Zacatecas y San Luis Potosí, el centro de México y el sur del país.

Olmecas en el sur de Veracruz y Tabasco; mayas en la Península de Yucatán, Chiapas, Guatemala, Belice y Honduras; mixtecos-zapotecos en Oaxaca; totonacas

⁴ Opinión basada en estudios de Alfredo Chavero, señalada por Manuel Orozco en el texto Historia antigua y de la conquista de México, p. 8

al norte de Veracruz; y toltecas y aztecas en el Altiplano Central fueron grupos que conformaron étnicamente el área mencionada.



Mesoamérica

Territorio ocupado por Mesoamérica.

Imagen: <http://www.geocities.com/eztigma/culturas/imagen/mesoamerica.jpg>

A pesar de no contar con datos exactos acerca de la llegada del hombre a este territorio, estudiosos de la región han confirmado la aparición de asentamientos humanos en el año 2400 a. C. y fue posteriormente, durante cientos de años, que sus habitantes vivieron de la caza y la recolección mientras la aclimatación de plantas y la agricultura forjaron lo que más adelante serían civilizaciones con patrones de vida y creencias comunes.

Para estas culturas, la muerte tenía relación directa con la observación de la naturaleza. Ante ella, el hombre se asombró por su fuerza y sufrió sus daños; le temía y respetaba, al mismo tiempo que no podía dominarla por lo que proyectó esos sentimientos hacia la materialización de dioses que poseían aquellas virtudes inexplicables. Por ello, formaba parte esencial de la vida en los pobladores, tanto, que los cronistas y arqueólogos sugirieron llamarles “culturas de la muerte”.

Los habitantes de Mesoamérica veían que durante una temporada del año había lluvias y con ello los frutos reverdecían, y en otra, las sequías se hacían presentes. Era clara entonces la dualidad vida-muerte en ciclos constantes que se repetían infinitamente. El pensamiento de los pobladores de aquella época les

dictaba pues una premisa: la inmortalidad existía sólo en manos de la muerte ya que con la ella seguía la vida, y viceversa. Nacer y morir eran procesos inseparables.

En México se creía que el hombre sólo estaba de paso en esta Tierra y su espacio en la organización de las cosas era mínimo. Su destino estaba marcado en el tonalpohualli, que significa “la cuenta de los días”; la vida en el otro mundo no tenía relación alguna con cuestiones morales, además su deber era combatir y morir por los dioses a los que rendía culto y conservar el orden del mundo.

El mito de los cinco soles, analizado en el punto anterior, forma parte de esa idea en que vida y muerte son unidades indisolubles y que de una se desprende la otra de forma repetitiva. Pero además existe otro elemento básico que lleva consigo el tema de la muerte: el Calendario Azteca o Piedra del Sol.

La importancia de esta pieza, descubierta en diciembre de 1790 en la Plaza Mayor de la capital de la Nueva España, radica en que en ella se basan los cómputos calendáricos mayas, zapotecos, mixtecos, huastecos, toltecas, totonacos y aztecas principalmente. Consta de 260 días distribuidos en 18 meses o veintenas, llamados de esa manera porque 20 días formaban cada uno de ellos, los cuatro elementos principales de la naturaleza (aire, tierra, agua y fuego) y los soles cosmogónicos.



Calendario Azteca o Piedra del Sol. Museo Nacional de Antropología e Historia.

Fotografía: Alejandro Agüero López

De este monumento basáltico, llamado “Cuauhxicalli” con diámetro de 3.60 metros y 25 toneladas de peso, se desprenden dos meses dedicados a los muertos: el noveno, Mikailhuitontli, destinado a los difuntos pequeños, y Hueymikailhuitl, el décimo relacionado con los adultos. Asimismo, señala algunos días relacionados con la muerte:⁵

- ✓ Mixquilitzli, señora Luna ubicada en el sexto día, quien guía en la noche a través de la oscuridad hacia el camino de los muertos.
- ✓ Izcuintli: perro que ayuda al difunto a cruzar el río antes de llegar a su destino final. Se relaciona con el décimo día.
- ✓ Hollín, el movimiento que da vida y conlleva la muerte, ciclo constante en el cual creían los antiguos mexicanos. Su día es el decimoséptimo.
- ✓ Tecpatl: cuchillo de pedernal ubicado en el norte, representa la ubicación de la morada de los muertos.

Las celebraciones efectuadas durante un periodo de 40 días, correspondientes a dos meses de veinte días según el calendario mesoamericano, coincidían también con las cosechas ya que eran los muertos quienes simbolizaban las semillas que darían posteriores frutos. Tlaxochimaco, “cuando se dan las flores”, y Xócotl Huetzi, “cuando empiezan a caer los frutos maduros” señalaban ambas fechas. La primera indicaba la “fiestecita de los muertos” y la preparación para la segunda denominada “gran fiesta de los muertos”.

Durante los meses de agosto y septiembre aproximadamente se realizaba la primera de ellas, llamada también Miccahuilhuitontli, Nexochimaco o fiesta menor de los muertos, misma que servía como preparación para la celebración de los muertos adultos.

⁵ Pérez Fragoso, Edith, La identidad cultural en San Andrés Mixquic con la tradición del Día de Muertos, Tesis de licenciatura en Sociología, UNAM-FCP y S, México, 2001, p. 65.

Con 30 días previos se hacían los preparativos. Atole, dulce de chilacayote, miel, maíz, tamales, sal, agua, un petate, copal, fruta, flores y juguetes para los niños eran el principal contenido de las ofrendas.

La “Caída de Xócotl” marcaba el inicio de la ceremonia dedicada a los muertos grandes. Se trataba de un madero de 15 metros de altura, cortado días antes. Durante su trayecto a la plaza del templo se le cantaba y bailaba como si se tratara de un dios, además merecía un gran cuidado para que no se dañara su corteza. A su arribo a la ciudad, las mujeres nobles recibían a los hombres portadores del Xócotl con chocolate y flores que colgaban en sus cuellos.

Colocado en la plaza, en su parte superior descansaba una figura de colibrí elaborada con amaranto y miel. A su alrededor, comida en abundancia, pulque, adornos, flores, plumas de colores y juguetes podían observarse mientras las muchachas y jóvenes bailaban en torno al madero. Los adultos vigilaban el acto y sólo las personas mayores bebían el octli, elemento sagrado.

Terminaba el baile y entonces se formaban grupos de hombres que intentaban escalar el tronco. En medio de un ambiente de competencia, el objetivo era alcanzar la pequeña figura que descansaba en su parte más alta subiendo con ayuda de una cuerda. Al llegar el más audaz a la punta del Xócotl, tomaba la figura que simbolizaba un dios y lo partía en pedazos para arrojarlos a la multitud que así comulgaba con la divinidad. El joven triunfador era llevado al templo donde le regalaban joyas y vestimenta que daban cuenta de su hazaña.

Cabe destacar la organización que había detrás de esta ceremonia. Desde la elaboración de los atuendos hasta la preparación y distribución del banquete, las personas tenían a su cargo tal o cual actividad para que al final el acto fuera como la fecha lo merecía.

Otra actividad realizada frente al gran altar de sacrificio gladiatorio, conocido como temalacatl, era la ceremonia en honor al sol. En un edificio llamado

Quauhxicalco, un prisionero de guerra era pintado como si fuese un dios estelar y se le daba un báculo y plumas de águila, objetos que llevaría al astro para ofrendarlos a cambio de salud y buena suerte para los antiguos mexicanos.

Paso a paso subía el cautivo a través de la escalera del templo y al llegar a lo más alto era sacrificado por los sacerdotes, quienes ofrendaban al sol su corazón. El pueblo se unía a este ritual al sacarse sangre en un acto de autosacrificio, además guardaban ayuno de manera rigurosa hasta el mediodía. Por la tarde, los nobles y militares vestidos con sus mejores galas bailaban y rendían culto al astro rey.

Y aunque había quienes poseían riquezas, una ceremonia les recordaba que también ellos caerían irremediabilmente en manos de la muerte: se trataba del sexto mes del año, Tóxcatl, en el cual un joven cautivo de guerra encarnaba a Tezcatlipoca y daría una lección a los nobles un año después.

Le eran inculcados modales de la corte, también un séquito estaba a su disposición para hacerle compañía y atenderle. Se le casaba con cuatro doncellas llamadas Xochiquetzal, Xilonen, Atlatonan y Huixtocíhuatl. Mientras fumaba y un ramillete de flores le adornaba la mano, se paseaba por la ciudad vestido como un dios que a su paso recibía reverencias y se le adoraba.

Veinte días antes de la fiesta, la ropa de los grandes capitanes y hombres de guerra vestían al hombre elegido. Acompañado por sus cuatro doncellas, llegaba a la ceremonia donde le esperaban bailes y banquetes en su honor. Nobles y gente del pueblo lo festejaban de igual manera admirándole su poder otorgado como representación divina.

Con sus esposas y acompañantes era conducido en una canoa real hacia un pequeño y descuidado templo en medio del lago. Ahí, todos lo abandonaban y entonces su destino final se acercaba. En sus manos únicamente tenía las flautas de barro con la que solía tocar en su época de prosperidad como gran señor. Comenzaba el último acto ritual.

En la escalera del templo, solo, subía con pasos lentos mientras en cada escalón rompía una de sus flautas. En la parte superior era despojado de sus galas y ya sobre la piedra de los sacrificios daba su último aliento mientras sus verdugos le sacaban el corazón.

“Luego que moría este joven, elegían a otro para que representara al dios, y lo regalaban y cuidaban de la misma manera, hasta que al año siguiente volvía el mes ‘Tóxcatl’, que significaba el fin de su vida”.⁶ Todo esto simbolizaba que, a pesar de que se podían poseer riquezas, la pobreza y el dolor finalmente se presentarían porque a la muerte nadie escapa.

Con relación a esa idea, el sacrificio humano tenía entonces su razón de ser y se justificaba en la medida de que, a través de la muerte, los hombres daban al sol el alimento necesario para seguir su camino diario y permitir que la vida sobre la Tierra continuara.

Una manera de explicar esta concepción en dicha etapa histórica, según Eduardo Matos, investigador emérito del Instituto Nacional de Antropología e Historia, se observa en los dos adoratorios hallados en lo alto del Templo Mayor azteca, uno dedicado a Tláloc, dios del agua, quien con su característica principal daba vida a la tierra, y otro en honor a Huitzilopochtli, dios de la guerra y por ende de la muerte.

A éste último le eran ofrendados cráneos de los prisioneros cautivos en una estructura arquitectónica llamada tzompantli: “se trata de postes de madera unidos uno a otro por una serie de varas del grosor de una lanza en los cuales se ensartaban cráneos”.⁷

Ubicados en los recintos ceremoniales, cumplía con una función religiosa y según testimonios de cronista había entre 80 mil y 136 mil cráneos ensartados por

⁶ Caso, Alfonso, *op. cit.*, p. 92.

⁷ Matos Moctezuma, Eduardo, Muerte a filo de obsidiana, FCE, México, 4ª ed., 2ª reimp., 2000, p. 116.

las sienes en estas estructuras, cantidad que, aunque parece exagerada, aseguran haber sido contados y multiplicados por ellos mismos.

Ante la característica guerrera que por excelencia poseían los aztecas, el tzompantli no sólo denotaba una idea religiosa en torno a la muerte, sino también control político sobre los grupos a los cuales eran superiores, incluso cráneos de conquistadores españoles se encontraron en esta estructura. Asimismo, el juego de pelota se asociaba con este elemento en el cual eran practicadas ceremonias que concluían con la decapitación de los jugadores.

1.3. Las cuatro etapas históricas en la época prehispánica.

La muerte, hecho inevitable en todo ser humano, no fue ajena a los mesoamericanos quienes la concebían como parte de un ciclo constante, significaba el germen de la vida. Su historia heredó detalles que dan cuenta de prácticas realizadas por sus habitantes en torno a este tema. Además, en mitos, sacrificios, calendarios y diversos actos rituales se plasmó la forma de ver de los antiguos mexicanos con relación a dicho elemento universal.

Basado en restos materiales que el hombre ha ido dejando desde épocas antiguas, la exploración e interpretación antropológicas han podido documentar los hallazgos que en distintas etapas históricas existieron. Así, es posible visualizar cuatro de ellas que explican a detalle el tema de la muerte que, según Eduardo Matos, ha sido y será siempre de actualidad.

Cuando el desarrollo de la agricultura constituyó la base de las comunidades sedentarias, entre el 2300 a. C. y el 100 d. C., nació el **Preclásico o Formativo temprano**. La caza, pesca y recolección fueron actividades desarrolladas durante esta época que se unieron al crecimiento de la población en aldeas, la edificación de centros ceremoniales y el trabajo con cerámica, además del intercambio de materias

primas entre diversas regiones. La tierra y el agua cobraron especial importancia ya que a ellas se debió la agricultura y como consecuencia, el calendario de aquellos habitantes se basó en las estaciones de lluvias y sequías.

Los datos respecto al tema de la muerte se ubican desde el periodo señalado en esta etapa histórica, en la que las personas fallecidas generalmente eran sepultadas de manera directa de forma extendida acompañadas por ofrenda.

En Tlatilco, actual municipio de San Bartolo en Naucalpan, estado de México, se han explorado durante dos décadas aproximadamente 450 entierros que demuestran la elaboración de un sistema funerario que más tarde se generalizaría a los pueblos de Mesoamérica.

Ubicada temporalmente entre los años 1400-900 a. C., esta población considerada de jóvenes (se estima su promedio de vida menor a los 35 años de edad) practicó la agricultura, recolectaba plantas y frutos, cazaba y pescaba. De ese lugar se desprendió un estudio realizado de 1962 a 1969 en el que se encontraron 213 entierros: 209 directos y 158 acompañados por objetos como vasijas, figurillas y artefactos de piedra tallada, hueso y concha.

La importancia de Tlatilco radica en que posee una de las representaciones más antiguas de la muerte: una máscara de barro cuya mitad derecha refleja un rostro humano y la otra mitad está descarnada, lo cual demuestra la idea vida-muerte que tenían sus pobladores. En ese sitio los cadáveres eran amortajados con petates y enterrados en el interior de las casas o bien en lugares cercanos a ellas.

Los objetos que acompañaban a los cuerpos no eran de uso exclusivo para fines funerarios ya que se encontraban también en otros contextos como basureros, sin embargo, se tiene conocimiento de una estratificación social por la calidad de dichos objetos y en ocasiones se hallaron perros como ofrenda ya que se consideraban guías de los muertos en su camino al más allá. Otra característica de Tlatilco es que no existieron deidades específicas relacionadas con la muerte.

En el Preclásico también existieron entierros múltiples de forma radial como en el caso de Cuicuilco, en el Distrito federal, donde los cadáveres, relacionados con sacrificios humanos, fueron sepultados alrededor del basamento circular. Asimismo, se encontraron cuerpos expuestos al fuego y otros más con ofrendas consistentes en vasijas, figurillas y máscaras, esto en sitios como Chupícuaro (Guanajuato), Gualupita (Morelos) y Chiapa de Corzo (Chiapas).

Al respecto de la idea vida-muerte que existió en esta etapa histórica, Eduardo Matos señala:

“Un ejemplo magnífico lo tenemos en la Estela 50 de Izapa, Chiapas (*ca.* 300 a. C.), en la que vemos un esqueleto sentado que parece tener una máscara sobre el rostro, y de cuyo vientre surge un elemento que nos recuerda un cordón umbilical, el cual remata en la pequeña figura de un personaje, símbolo evidente de que de la muerte deviene la vida (...)”.⁸

Para el periodo que abarcó los años 1-699 d. C., el **Clásico**, en áreas urbanas y rurales surgieron grupos divididos en clases sociales, situación que se reflejó incluso en las prácticas funerarias. El grupo gobernante tuvo el control económico, político, militar y religioso. El comercio dio sus primeros pasos y pintores, escultores, carpinteros, ceramistas, constructores de edificios y campesinos demostraron el grado de especialización de algunos habitantes.

Teotihuacan, en el estado de México, fue una cultura de referencia que marcó patrones sociales incluso más allá de sus límites territoriales. Esta metrópoli reflejó su importancia también en lo que a la muerte se refiere: más de mil entierros han sido encontrados a lo largo de un siglo de estudio en ese lugar.

⁸ Matos Moctezuma, Eduardo, “Costumbres funerarias en Mesoamérica” en *Arqueología mexicana*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, bimestral, México, no. 40, Vol. VII, noviembre-diciembre, 1999, p. 13.

Mención especial es el proyecto que tuvo fecha de 1992 a 1994 en el cual se descubrieron cerca de 300 cadáveres debajo de los cuartos de una unidad habitacional, además de los entierros en el Templo de Quetzalcóatl, que constan de dos, cuatro, nueve y hasta veinte individuos que se cree fueron sacrificados y colocados en relación con los puntos cardinales.

Otra práctica durante esta etapa histórica fue el entierro en cuevas, que llevó consigo un doble concepto. “Hay que recordar que en el mundo prehispánico la cueva tiene un concepto dual: es el lugar por donde se puede entrar al inframundo, y a la vez la matriz que puede parir pueblos...”⁹

La muerte se reflejó en esculturas de piedra y barro. Los niños eran sepultados en ollas y se practicó el ceremonial juego de pelota. En Tajín, Veracruz, se muestra en uno de los tableros un dibujo en relieve que representa a un individuo que sacrifica a otro mientras un esqueleto observa el acto.

En ese mismo estado, en el área del Zapotal fueron halladas esculturas de barro de las **cihuateteo**, mujeres muertas en parto que se creían eran convertidas en diosas. Asimismo, fue encontrada una representación de Mictlantecuhtli, dios relacionado con la muerte.

En Oaxaca también hay evidencias en torno a este elemento, que van desde una cabeza de barro con características similares a la encontrada en Tlatilco, hasta las tumbas de Monte Albán, Yagul y Zaachila construidas debajo de los patios de las casas con algunos nichos en las paredes para colocar ofrendas y con pintura mural.

Palenque, Chiapas, fue el lugar donde Alberto Ruz descubrió en 1994 una tumba con información acerca de la vida representada por una planta de maíz en cuya base se observa una persona rodeada por elementos de fertilidad. Una vez más se demuestra la idea que se tenía del ciclo vida-muerte.

⁹ Matos Moctezuma, Eduardo, *op. cit.*, p. 13.

La tercera etapa histórica, el **Epiclásico**, abarcó un periodo de 200 años, del 700 al año 900. En ella varios poblados se desplazaron hacia el sur por un posible descenso en la producción de tierras debido a los cambios climáticos.

Los núcleos urbanos principales de Mesoamérica fueron paulatinamente abandonados y como consecuencia, el deterioro se hizo presente con lo que nuevos grupos tomaron el control y comenzó entonces un nuevo reordenamiento de las diversas áreas.

Teotihuacan fue arrasada e incendiada por invasores y aunado a su caída, las revueltas sociales fueron constantes, lo que suscitó un ambiente de cambio que afectó de manera directa el esplendor alcanzado durante el periodo Clásico. Un reacomodo del poder fue inminente y con ello el comercio y el ámbito militar también tomaron nuevos cauces.

Tras el fin de Teotihuacan, y como resultado de las luchas entre diversos grupos, lugares como Xochicalco, Cacaxtla y Tula muestran evidencias acerca de la muerte. En el primero de ellos, los restos óseos de personas dan cuenta de una posible caída violenta de su ciudad ya que se encontraron en el piso, cubiertos algunos de ellos por el techo de las casas y sin ofrenda alguna.

Sin embargo, los rituales también formaron parte de las prácticas durante este periodo. Un niño sepultado con un perro y un adolescente colocado debajo de la escalinata de un templo acompañado con una ofrenda, son dos ejemplos relacionados con el momento histórico del Epiclásico.

Finalmente, el **Posclásico** señaló el último momento en la historia de Mesoamérica antes de la llegada de los españoles en 1521. Las sociedades se militarizaron a tal grado que la guerra se convirtió en el principal motor económico y social. La información basada en códices y cronistas enriquece el dato acerca del tema de la muerte durante este periodo.

Sobresale la Tumba 7 de Monte Albán, en Oaxaca, excavada por Alfonso Caso y en la cual se hallaron nueve cuerpos acompañados por ofrenda que incluía collares, pectorales y anillos de oro, así como objetos de plata, obsidiana, turquesa, jade, perlas y hueso labrado. En conjunto, esta riqueza explica el grado de elaboración de los elementos ofrendados pero también de la importancia del personaje principal al que acompañaban.

Existieron también tumbas debajo de los palacios, es el caso específico de Zaachila, Oaxaca, donde figuraba en un recipiente anaranjado el señor del mundo de los muertos colocado junto a un individuo principal que era acompañado por ocho personas sacrificadas y colocadas en la antecámara.

Los códices también dan cuenta de la muerte durante el Posclásico. Bultos mortuorios o individuos a punto de ser devorados por Tlaltecuhltli, señor de la tierra, proporcionan el dato al respecto.

Los pisos de adoratorios, casas y templos fueron lugares propicios para recibir cadáveres que llevaban consigo ofrendas y se sabe que la incineración de cuerpos tuvo cabida en los últimos años de esta etapa histórica en Mesoamérica, entre ellos la región de Pátzcuaro, Michoacán.

De Yucatán, territorio maya, Fray Diego de Landa describió en su relación de costumbres mortuorias:

“Muertos, los amortajaban, llenándoles la boca de maíz molida, que es su comida y bebida que llaman koyem, y con ello algunas piedras de las que tienen por moneda, para que en la otra vida no les faltase que comer. Enterrábanlos dentro de sus casas o a las espaldas de ellas, echándoles en la sepultura algunos de sus ídolos; y si era sacerdote, algunos de sus libros; y si hechicero, sus piedras de hechizo y perpetrados (...)”.¹⁰

¹⁰ Matos Moctezuma, Eduardo, *op. cit.*, p. 16.

Cabe mencionar al tzompantli o “lugar de cráneos”, estructura arquitectónica localizada normalmente en recintos ceremoniales en la cual se ensartaban cráneos humanos y que debió poseer un grado de importancia en el sentido religioso. Se sabe que tenía relación con el juego de pelota y con la decapitación, como lo testimonia el relieve de una cancha ubicada en Chichen Itzá.

Zapotlan, Veracruz, posee una de las principales figuras de Mictlantecuhtli, dios de la muerte, y de las cihuateteo de barro (mujeres muertas en el parto que acompañaban al sol del mediodía al atardecer). Ambas, elementos fundamentales en la concepción mortuoria de los antiguos mexicanos.

En el centro de México, un conjunto ritual hallado en Morelos data de este momento histórico. Se trata de un grupo de hombres, mujeres, adolescentes y niños (en parte mutilados), cráneos decapitados en de vasijas de barro y acompañados de ofrenda, que muestran la manera de ver la muerte para los que vivieron en esta área.

El Templo Mayor de Tenochtitlan fue testigo del sacrificio de 42 niños ofrecidos a Tláloc durante la sequía de 1453. Sus cuerpos fueron depositados dentro de una cámara al lado del dios de la lluvia.

Otro aspecto relacionado con los entierros son los cuerpos hallados dentro de ollas, ya que éstas representaban el vientre materno al cual regresaba el individuo después de su paso por la Tierra.

A través de estos cuatro periodos históricos los habitantes de Mesoamérica realizaron prácticas en torno a la muerte pero también se formaron un pensamiento relacionado con los lugares a los que el individuo iba después del momento inevitable donde la vida pone punto final.

1.4. Después de la muerte: dime cómo mueres y te diré quien eres.

“El hombre, en todos los tiempos y en todas las latitudes, ha vivido su propia muerte. Es algo de lo que no puede escapar. Sin embargo, su poder creador lo ha llevado a darle vuelta al asunto y a encontrar la manera de evadirlo: crea el más allá. Todas las religiones tratan, de una manera u otra, de dar salida a lo inevitable. Así, surgen los dioses que al igual que el hombre –su hacedor– nacen, viven, sufren, gozan, odia, aman... y mueren”.¹¹

Para los habitantes que han poblado el territorio nacional, lo anterior resulta acertado. Así, el paraíso terrenal azteca existía, al menos según las consideraciones de los españoles. En aquel lugar el verano era permanente, no había penas y sí alimentos que nunca faltaban. Los refrigerios, mazorcas de maíz verdes, jitomates, calabazas, flores y gran vegetación esperaban a quienes morían con relación al agua: tocados por un rayo, ahogados o enfermos de gota, bubosos, sarnosos e hidrópicos.

Todos ellos tenían reservado un espacio en el **Tlalocan**, gobernado por Tláloc. De ello dan cuenta los testimonios de algunos ancianos nahuas y reflejados en las palabras de Fray Bernardino de Sahagún. Los niños sacrificados en honor a ese dios también llegaban a residir ahí. Antes de morir, se creía que sus lágrimas derramadas, así como las de los presentes en el acto, garantizaban las lluvias y ayudarían a fertilizar la tierra en temporada de sequías.

Quienes iban a este destino, ubicado en el sur, no eran incinerados como la gran mayoría, sino sepultados con una vara seca en la mano que reverdecía al llegar a dicho lugar y simbolizaban las semillas que darían posteriores frutos. Así es como se adquiría una nueva vida, acto agradecido con un cántico dedicado al gobernante que habitaba en esta morada.

¹¹ Matos Moctezuma, Eduardo, “La muerte, en tres tiempos...” en *A pie, crónicas de la Ciudad de México*, Secretaría de Cultura/Gobierno del Distrito Federal/Consejo de la Crónica de la Ciudad de México/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM, trimestral, México, año 1, número 3, octubre-diciembre, 2003, p. 6.

Algunas pinturas descubiertas en Teotihuacan, cuyo origen se ubica en el siglo VI d. C., evidencian la creencia que sus habitantes tenían del Tlalocan. Se interpretan como un campo en el cual se reunían los ahí llegados para pasar su nueva vida bajo árboles frutales a las orillas de los ríos donde podían jugar y nadar.

El caso anterior refleja el pensamiento de los antiguos mexicanos, quienes consideraban diversos lugares a los que iban las personas después de morir. No intervenían aspectos morales de castigo o premio relacionados con el comportamiento en vida para arribar a tal o cual destino, como posteriormente la influencia española lo indicaría, sino que se determinaba por el tipo de muerte.

Existía entonces el “lugar de los muertos”, denominado **Mictlán**, que recibía a los que tenían una muerte natural sin importar su condición social. La concepción española lo equiparó con el infierno por situarse debajo de la tierra. El dios Mictlantecuhtli y la diosa Mictecacíhuatl habitaban este oscuro y ancho lugar sin ventanas del que jamás saldrían las almas de los difuntos. Se creía que al ocultarse el Sol por el occidente iba a alumbrar a los muertos y así, Tonatiuh, el astro, se convertía en Mictlantecuhtli al caer la noche.

Distintas denominaciones tenía este lugar: Tocenchán y Tocenpapolihuiyan (“nuestra casa común o nuestra casa común de perderse”), Ximoayan (donde están los despojados, los descarnados), Atlecalocan (“sin salida a la calle”), Huilohuayan (“donde todos van”) y Quenamican (“donde están los así llamados”).

El ritual realizado por los ancianos cuando alguien fallecía de causa natural, iba desde dirigirle algunas palabras de despedida al difunto hasta preparar el cuerpo para ser quemado, entonar cantos en su honor y colocar sus restos en una olla que era enterrada en algún lugar de la casa. Si se trataba de alguna persona importante, 20 esclavos e igual número de esclavas eran sacrificados para acompañar y seguir sirviendo en la otra vida a quien ya no estaría más en este mundo.

Antes de arribar a este destino, las almas debían pasar por distintos lugares. Sahagún¹² y Antonio Caso¹³ ofrecen en sus textos un listado de ellos. A continuación, en un cuadro comparativo entre ambos autores, se analizan los nueve niveles que el alma del difunto debía superar antes de llegar al Mictlán:

| NIVEL | AUTOR | CARACTERÍSTICAS |
|-------|-----------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1 | Bernardino de Sahagún | Al difunto se le derramaba agua en la cabeza y se le decía: “Veis aquí con que habéis de caminar”. Entonces se le amortajaba con mantas y papeles ordenados ante él. |
| 1 | Antonio Caso | Río caudaloso, <i>Chignahuapan</i> . Para poder cruzarlo, el difunto se montaba en un perro de color leonado, el cual había sido sepultado con él. |
| 2 | Bernardino de Sahagún | Dos sierras que se encuentran entre sí. |
| 2 | Antonio Caso | Dos montañas que se juntan. |
| 3 | Bernardino de Sahagún | Camino resguardado por una culebra. |
| 3 | Antonio Caso | Montaña de obsidiana. |
| 4 | Bernardino de Sahagún | Donde está la lagartija verde, <i>Xochitónatl</i> . |
| 4 | Antonio Caso | El lugar del viento helado, que corta como navajas de obsidiana. Para que el difunto no tuviera frío en este nivel, los familiares quemaban su ropa. |
| 5 | Bernardino de Sahagún | Ocho páramos. |
| 5 | Antonio Caso | Donde flotan banderas. |
| 6 | Bernardino de Sahagún | Ocho collados. |
| 6 | Antonio Caso | Lugar donde se flecha. |
| 7 | Bernardino de Sahagún | Viento de navajas, <i>itzehecaya</i> . |
| 7 | Antonio Caso | Donde hay fieras que comen corazones. |
| 8 | Bernardino de Sahagún | <i>Chicunahuapa</i> , río del Infierno. El difunto nadaba sobre un perro de color bermejo que le ayuda a cruzarlo. |
| 8 | Antonio Caso | Estrecho lugar entre piedras. |
| 9 | Bernardino de Sahagún | <i>Mictlán</i> . Se ofrendaban a los dioses diversos objetos que el difunto llevaba. Su alma iba al <i>Chicunamicitla</i> y ahí fallecía definitivamente. |
| 9 | Antonio Caso | <i>Chignahumictlan</i> . Aquí descansan finalmente las almas. |

¹² Sahagún, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España, Tomo1*, Alianza Universidad, México, 1988, pp. 220-221.

¹³ Caso, Antonio, *op. cit.*, pp. 82-83.

Para su viaje, al difunto se le hacía acompañar con agua, papeles y ropa, que lo ayudarían a superar sus múltiples pruebas. También llevaba consigo objetos de valor que entregaría a los dioses del Mictlán al final de su jornada. Se le incineraba, previamente atado y encogido de piernas, mientras algunos ancianos entonaban cantos, y sus cenizas eran sepultadas en algún cuarto de la casa.

Se le ofrecían ofrendas durante 80 días, cada año y cumplidos cuatro años no se hacían más. El viaje había terminado y, según sea la descripción del autor, su alma descansaba (Antonio Caso) o iba a los nueve Infiernos donde pasaba un río ancho para llegar finalmente al *Chicunamictla*, lugar en el que definitivamente fallecía (Fray Bernardino de Sahagún).

Al **Ichán Tonatiuh Ilhuícatl u Omeyocan** (“cielo que es la morada del Sol”) iban los guerreros muertos en combate, los cautivos caídos en batallas, mujeres fallecidas durante el parto, comerciantes pericados en expediciones mercantiles y los sacrificados en honor al sol.

En este lugar, ubicado al oriente, gobernado por Huitzilopochtli y descrito como un llano con gran variedad de árboles, los guerreros acompañaban al astro desde sus primeros rayos hasta el mediodía o nepantla, mientras bailaban, simulaban peleas y le ofrecían himnos y música. Posteriormente el turno de acompañarlo hasta que se ocultaba era de las mujeres muertas en el parto.

Este lugar garantizaba el regreso de los muertos al mundo terrenal, convertidos en aves cumplidos cuatro años de su fallecimiento. La muerte en el caso de los guerreros justificaba ir a este destino porque con su sacrificio colaboraban a que el sol continuara iluminando al mundo y así garantizar su conservación.

Las parturientas morían “en otra guerra”: la de procrear, y por ello tenían una consideración especial. Estas *mocihuaqueqetztes* (mujeres valientes) eran sepultadas al atardecer en el patio del templo dedicado a las *Cihuapiltin* (diosas celestiales).

A ellas se les atribuía un gran poder mágico: el dedo central de la mano izquierda y su cabello eran elementos que otorgaban valor para los combates y cegaban al enemigo, además los ladrones trataban de robar el brazo izquierdo porque con él encantaban y paralizaban a los habitantes de las casas que hurtarían.

Por ello, el cortejo fúnebre era acompañado por hombres y familiares armados que velaban por cuatro noches a la fallecida y así evitar que su cuerpo fuera mutilado. Se creía que las *mocihuaquequetzes* bajaban de noche a la tierra convertidas en fantasmas, portando una calavera en lugar de cabeza, con garras en pies y manos. Eran de malos presagios para mujeres y niños a los que se aparecían.

Al **Cincalco** arribaban los suicidas y el **Chichihualcuauhco**, también conocido como Xochatlapan o “lugar del árbol nodriza”, recibía a los niños que morían durante su lactancia. Ahí vivían Ometecuhtli y Omecíhuatl, los dioses creadores, y existía en ese destino un árbol del cual emanaba leche para alimentar a los infantes. Ellos darían vida a una nueva humanidad cuando la raza que habita la Tierra fuera destruida.

1.5. La conquista espiritual que vino de muy lejos.

1.5.1. Antecedentes del culto español que influyó Mesoamérica.

Imposible resulta entender el actual culto a la muerte en México sin analizar la influencia que la conquista española tuvo en el pensamiento prehispánico. De ella derivaron no sólo el idioma y la religión, sino también la forma de comprender las cosas, entre ellas los actos rituales dedicados a la muerte.

Históricamente, el desarrollo de la Europa medieval se ubica entre los siglos V y XV, etapa caracterizada por luchas internas entre los pequeños reinos y también por invasores externos provenientes de África y Asia. Como consecuencia de las

guerras, plagas y enfermedades, la muerte ocupó un lugar central y cotidiano. Así fue que la religión se convirtió en un refugio o consuelo y con ello la Iglesia desempeñó un papel fundamental en la sociedad.

El esqueleto que lleva consigo una guadaña representó la muerte que de igual manera tomaba a ricos y pobres. También fue motivo de reflexión y se plasmó en diversos aspectos culturales como la pintura y la poesía.

El catolicismo señalaba los días uno y dos de noviembre dedicados a Todos los Santos y a los Fieles Difuntos, respectivamente. El primero se origina ante la imposibilidad de celebrar de manera individual al gran número de Santos, por lo que la Iglesia los reunió en un solo día, que originalmente era el 30 de junio.

“De acuerdo con algunos autores, fue el papa Bonifacio IV quien introdujo esta celebración en el año 607, probablemente para sustituir una fiesta pagana dedicada a los difuntos entre los celtas. De acuerdo con otras fuentes, se estableció para celebrar a la Virgen María y a los mártires en el templo que había levantado en Roma César Augusto para Júpiter y todos los dioses gentiles; entonces la fecha de celebración era el 13 de mayo, que coincide con una de las fiestas fúnebres de los antiguos romanos. En el año 731 ó 732, el papa Gregorio III dedicó a Todos los Santos una capilla de la basílica de San Pedro en el Vaticano, y cambió la fecha de celebración al 1º de noviembre”.¹⁴

El siglo IX marcó la expansión de esta celebración por el continente europeo y para 1480 el Papa Sixto IV le otorgó el carácter de fiesta principal.

Por su parte, la fecha dedicada a los Fieles Difuntos, relata la historia, tiene su origen cuando el abad Odilón de Cluny ordenó celebrarlos en los monasterios con misas, limosnas y oraciones, tras haber escuchado de voz un peregrino que en un pozo ubicado en una isla y cavado en dirección de los mundos infernales se

¹⁴ Zarauz López, Héctor L., *op. cit.*, p. 101.

escuchaban los quejidos de personas atormentadas. Al respecto, comenta la antropóloga Amalia Ramírez:

“¿Por qué el dos de noviembre? Es el día que marca el calendario católico (...) en que se hace memoria de todos los muertos (...) que han sido fieles, ¿qué significa? Católicos, que han recibido el bautismo, (...) esta celebración se inició en un monasterio en Francia en el año 998”.¹⁵

El siglo XIII marcó la generalización del catolicismo, para el que existían diversos lugares a los que las almas arribaban después de morir, dependiendo del comportamiento de la persona durante su vida: el cielo, donde llegaban las almas puras; el infierno, para quienes morían en pecado; y el purgatorio, lugar de purificación de las almas en espera de libertad para ir al paraíso. En este caso se hacen necesarias las oraciones, misas y limosnas que los vivos ofrecen a Dios a cambio del perdón de las almas.

A finales del siglo XVI, tras la adopción de la religión católica en España, Todos los Santos y Fieles Difuntos indicaban las fechas de culto a los muertos, en los que la gente iba a los cementerios a dejar flores amarillas a las tumbas de sus deudos y a llevarles comida que era consumida posteriormente. En la ciudad española de Aragón los muertos eran alumbrados con velas y se comían los “huesos de santo”, una especie de mazapán en forma de tibias. El “pan de ánimas”, antecedente del pan de muerto en México, era también una ofrenda en Segovia.

1.5.2. Sincretismo: cuando el Mictlán se convirtió en infierno.

El 13 de agosto de 1521 se escribió en México una página trascendente de su historia. Fue la fecha en que las armas españolas doblegaron la capital mexicana y

¹⁵ Hernández, Amalia, La celebración de la muerte entre los purépechas, conferencia, Museo Nacional de Culturas Populares, D.F., 30 de octubre de 2003.

entonces la conquista se fraguó. Las riquezas fueron explotadas para los extranjeros y el pensamiento fue cambiado.

Los habitantes indígenas vieron llegar a Hernán Cortés y pensaron que se trataba del regreso del dios Quetzalcóatl convertido en hombre. Ante tal arribo, Moctezuma le envió al español la indumentaria del dios en símbolo de bienvenida, sin saber que los extranjeros llegaron con mentalidad combatiente y la creencia en la deidad prehispánica fue aprovechada para consumir los planes de conquista, sumado al número de enemigos que tenían los mexicas por su actitud guerrera. Así fue como el último y más grande imperio de Mesoamérica sucumbió.

Sin embargo, otra conquista también tuvo lugar en suelo mexicano, aquella que se utilizó para cambiar las creencias religiosas que durante años sus pobladores habían cimentado en territorio nacional. Y es que el mismo asombro que tuvieron los españoles ante el esplendor de la cultura que tuvieron frente a sus ojos fue aquel que los atrapó al ver los sacrificios humanos y la cantidad de dioses que había entre los indígenas.¹⁶ Por ello el plan era doble: apoderarse de las riquezas y del territorio, y adaptar a los indígenas a una nueva ideología.

Al respecto, el año 1519 fue el momento clave para tal motivo, ya que Cortés asistió a una ceremonia indígena a la que se opuso por considerar malos aquellos ídolos que los nativos veneraban. En cambio, el español les hizo ver (según su perspectiva) que existían otras deidades buenas y malas. Entonces puso en sus manos una cruz y en sus oídos la primera misa escuchada en México.

Sumado a lo anterior, la destrucción de ídolos se hizo presente, así como también la colocación de cruces en lo alto de los templos y la imposición de un catolicismo que trastocaría la vida y forma de pensar de los antiguos mexicanos.

¹⁶ Al respecto, Jaques Soustelle menciona, en su libro *El universo de los aztecas*, que las víctimas, ya fueran prisioneros de guerra, esclavos o mujeres y jóvenes, podían ser decapitados, quemados, ahogados o se les arrancaba el corazón, incluso algunos comían su carne como parte del ritual.

Para el año de 1524, doce frailes franciscanos arribaron a Ulúa y se sumaron al proceso evangelizador. Diez años más tarde, el rey Carlos V conformó el Virreinato de la Nueva España que tuvo a su cargo desde Europa a través de un Virrey, mismo que le mantenía al tanto de todo cuanto ocurría en el nuevo territorio conquistado. Para 1559, entre dominicos, agustinos y franciscanos, se habían establecido ya en territorio mexicano un total de 802 religiosos que, lejos de las armas, emprenderían la tarea histórica de inculcar una nueva forma de pensamiento. Motolinía, Sahagún y Gante fueron algunos de ellos.

Como consecuencia del choque de culturas se dieron cambios sustanciales en lo social, lo político y lo religioso, a pesar de que en un inicio la resistencia indígena se manifestó para después dar paso a la adaptación. Las tradiciones y festividades mostraron entonces una forma de ver la vida, y la muerte, nunca antes concebida ya que los dioses mesoamericanos fueron cuestionados, y más aún, invalidados.

El “camino del bien”, enseñado por la fe cristiana a los indios, fue un argumento para terminar con su idiosincrasia, donde el tema de la muerte era visto de una manera totalmente diferente y jamás conocida por ellos. El esqueleto llegó con su guadaña y lo mismo se llevaba a un rey que a un campesino. Las condiciones sociales no importaban más.

La forma de morir ya no significaba ir a un lugar en especial. El cielo sustituyó al lugar de los dioses prehispánicos; el Mictlán sería en adelante el infierno, al cual se le temía; los templos y pirámides cayeron para edificar iglesias sobre ellos y las imágenes mesoamericanas fueron sustituidas por las de Santos, todo ello envuelto en un ambiente de supuesto paganismo que debía llegar a su fin.

El Dios único y verdadero era aquel traído desde el continente europeo. Así lo hicieron creer los españoles, quienes consideraban como diabólico todo lo ajeno a sus creencias. Tanto era el poder de la Iglesia, incluso más que el militar, que existieron grupos vigilantes que tenían como principal misión cuidar que nadie adorara a los que ellos denominaban “ídolos falsos”.

Se propagó, asimismo, la idea de estar preparado para morir, ya que ese momento inevitable podía llegar en cualquier momento y sin aviso alguno, incluso existía la posibilidad de presentarse en gran magnitud, como en el caso de las epidemias o la inundación que azotó a la Nueva España en 1629 y dejó 20 mil indios ahogados o aplastados por derrumbes y la reducción de 20 mil familias españolas y criollas a tan sólo 400.

Jóvenes y niños fueron captados de manera fácil por el catolicismo, ya que se les inculcaban creencias que aceptaban más rápido que el resto de la población. Y a pesar de que se realizó una imposición que cambió radicalmente la forma de pensar de todo un pueblo, algunos frailes lo hicieron de forma pacífica y otros utilizaron elementos que ambas culturas compartían con el fin de atraer a los indígenas a su religión, por ejemplo, la imagen de Cristo crucificado y sangrante, que no debió ser del todo ajena para los antiguos pobladores prehispánicos ante los sacrificios humanos que éstos llevaban al cabo. Así, en lo posterior, el sacrificado (Cristo) se convertiría en un dios al cual se debía ofrendar.

Otros puntos que se conjugaron entre ambas partes de esta historia fueron la utilización del copal-incienso, las flores, el culto a los muertos en una fecha específica del calendario, las ofrendas y la idea del paraíso. Y el caso más sobresaliente del sincretismo, expresado por Héctor Zarauz en su libro *La fiesta de la muerte*, es el de la Virgen de Guadalupe, cuyo lugar de aparición (el monte del Tepeyac) coincidió con el adoratorio indígena dedicado a Coatlicue Tonantzin (madre virgen de Huitzilopochtli, también llamada Xilonen, diosa del maíz tierno o de los xilotos), además de ser una imagen importada de Extremadura, España. Con estos elementos, los nativos aprendieron a ver, en la imagen de María, el rostro y la figura de Tonantzin.

Después de la guerra de conquista, que abarcó un periodo aproximado de tres meses (agosto a noviembre de 1521), los rituales cambiaron. La cruz se estableció como nuevo símbolo de la religión y los dos meses, anteriormente dedicados a las

celebraciones de muertos, se sustituyeron por dos días: el de Todos los Santos y Fieles Difuntos, practicados el uno y dos de noviembre respectivamente.

De esa manera se pretendía evadir la cosmogonía de las culturas mesoamericanas, por eso en la mayoría de los lugares sometidos se construyeron templos con las mismas piedras de las pirámides y centros ceremoniales (antiguas moradas de los dioses a los que se rendía culto), y las manos de los indígenas conquistados colaboraron para levantar los nuevos sitios.

No obstante, el proceso de integración al catolicismo para los indígenas tuvo una peculiar forma de practicarse, ya que éstos lo interpretaron a su manera y por su parte los religiosos españoles lo combinaron con ritos paganos y ceremonias. De ello da cuenta el comentario realizado por Christian Duverger en su texto *La conversión de los indios de Nueva España* y retomado por el autor Héctor Zarauz López:

“Los indios deben seguir siendo indios, y no se debe tocar su forma de cultura. Por lo tanto todo se hará para que los ritos católicos sean accesibles a la mentalidad indígena (...) La actitud de los monjes es interesante, pues privilegia el fondo a expensas de la forma”.¹⁷

Y a pesar de que los europeos pretendieron prohibir las tradiciones y religión que los pobladores mesoamericanos practicaban por lo explicado en párrafos anteriores, “se dice que los indígenas al verse alejados de sus dioses por la imposición de la religión católica, aceptaban asistir a misa para no verse sancionados, pero lo que no sabían los españoles era que atrás de cada Santo y Virgen había un ídolo azteca, siendo éste al que realmente adoraban”.¹⁸

Ante los nuevos rituales, los indígenas disfrazaron sus prácticas para venerar a sus dioses de manera que los españoles no se dieran cuenta de ello. Ejemplo claro fue la escultura de Tlaltecuhli, señor de la tierra cuya misión era devorar cadáveres,

¹⁷ Zarauz López, Héctor L., *op. cit.*, p.107.

¹⁸ Mendoza Medel, Arlet y Juan Carlos Rodríguez, *Día de Muertos: ¿identidad diluida? reportaje*, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Campus Aragón, México, 2004, p. 66.

que era colocada bocabajo sobre el suelo y se escogía como base para transformarla en base de columnas coloniales.

“Imaginemos por un momento la escena. El indígena está esculpiendo en uno de estos bloques la base de una columna destinada a un convento, dejando la efigie de su dios sin alterar: pasa el fraile y observa al dios ‘pagano’, y dice:

- Oye, qué tenéis allí uno de vuestros demonios...
- No se preocupe su merced, esa parte va a ir bocabajo.

El fraile continuaba su marcha rezando las Horas en tanto que el indígena lograba su propósito”.¹⁹

Lo anterior demuestra que, ante el intento de interrumpir por completo las tradiciones indígenas, su continuidad no se quebrantó del todo, lo que dio como consecuencia una hibridación tanto en el aspecto cultural como en el religioso. De éste último aspecto opina Octavio Paz en su texto *El laberinto de la soledad*:

“Del mismo modo que una pirámide azteca recubre a veces un edificio más antiguo, la unificación religiosa solamente afecta a la superficie de la conciencia, dejando intactas las creencias primitivas. Esta situación prefiguraba la que introduciría el catolicismo, que también es una religión superpuesta a un fondo religioso original y siempre viviente (...) El mexicano es un ser religioso y su experiencia de lo Sagrado es muy verdadera, mas ¿quién es su Dios: las antiguas divinidades de la tierra o Cristo?”.²⁰

Así fue como se forjó un sincretismo cuya herencia sobrevive actualmente entre los pobladores mexicanos y del cual el Día de Muertos es un claro ejemplo. La hibridación de culturas donde se conjugaron prácticas independientes, que en algún momento se amalgamaron para generar otras nuevas, es tangible en el culto a los

¹⁹ Matos Moctezuma, Eduardo, *op. cit.*, p. 8.

²⁰ Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, FCE, México, 3ª ed., 3ª reimp., 2004, pp. 102, 116, 117.

difuntos en todo el territorio nacional y es testigo de dioses prehispánicos y europeos que, tomados de la mano, aún son venerados en pueblos y ciudades como vestigios de las creencias mezcladas.

Capítulo 2. La fiesta de la muerte

2.1. La tradición.

El hombre, en el inicio de su existencia, concebía de manera directa las cosas que le rodeaban y le fue necesario, e incluso vital, transmitir a los demás su forma de pensar con relación a ellas.

De la mano de ese nacimiento humano vino también un proceso de naturaleza social en el que las personas se establecieron en grupos para procurarse la subsistencia. Una vez logrado ese fin básico, se fueron moldeando con el correr del tiempo pautas de conducta y prácticas comunes hacia las cuales la gente tuvo afinidad según se tratara del contexto donde se practicaran.

Fue de esa manera que determinados conocimientos, actitudes, costumbres, reglas, ritos, valores y diversas ideas lograron ser transmitidos en el interior de un grupo social por parte de sus integrantes en su momento presente, pero más aún, el paso del tiempo se encargó de darles trascendencia a dichos elementos, tanto, que algunos permanecen en la actualidad cuando su origen bien pueden encontrarse en tiempos antiguos.

En ese contexto histórico y social ha sido posible insertar a la tradición, entendida ésta como aquellas pautas de conducta pertenecientes a toda cultura, establecidas y acumuladas por otras personas a lo largo del tiempo. Es aquello del pasado que pervive en el momento actual, con generaciones que no sólo las reciben y conducen sino que a su vez las heredan... su origen proveniente del latín *traditio* da cuenta de ello en una palabra: “entregar”.

“La tradición, por ser historia viviente y comunal, tiene una dimensión humana, una dimensión social, una dimensión geográfica y otra temporal, y sobre todas estas cualidades, la virtud de amalgamar al hombre presente con su pasado y con su terruño. Es el hilo que teje la malla de generaciones y que da sentido, color, sabor, perfil, carácter cultural y fisonomía social”.²¹

²¹ <http://www.csgastronomia.edu.mx/profesores/mbarrera/patrmex/MATERIAL/tradiciones.htm>

El respeto hacia ellas y la seriedad que se les otorga en su práctica se debe en primera instancia a que sus antepasados también las llevaron al cabo, lo que puede otorgarles un carácter de sagradas. Ante ellas, y con ellas, un individuo puede sentirse vinculado a un grupo social al mismo tiempo que se diferencia de otros. Su pasado histórico le otorga determinadas formas de actuar ante ciertas circunstancias y les da continuidad para preservarlas.

Sin embargo, el comienzo de la existencia humana no trajo consigo tradición alguna. Para moldear este elemento, piezas fundamentales fueron el lenguaje hablado y posteriormente, la escritura, gracias a los cuales las generaciones han dejado huella durante siglos, transmitiendo así lo que se conoce y practica en la actualidad, tanto por parte de los individuos como de las sociedades que las aceptan.

“Se define -tradicionalmente- como lo que persiste del pasado en el presente, donde se transmite y sigue actuando y siendo aceptada por los que la reciben y, a su vez, al hilo de las generaciones, la transmiten. ¿Cómo se realiza la transmisión? Oralmente, claro, puesto que los hombres han repetido su pasado antes de haber inventado la escritura (...) permite recoger lo que se considera necesario o digno de conservar. ¿Pero qué transmite? Lo que es conveniente saber y hacer en el seno de un grupo que así se reconoce o se imagina una identidad colectiva duradera (...)”.²²

Y al hacer mención de la tradición oral, cabe destacarla como elemento clave para conocer y practicar esa serie de actos sociales, llámense éstos canto, música, ritos e incluso técnicas de trabajo. Dicha manifestación cultural es característica de los pueblos donde la tecnología no se desarrolla en gran medida y lo que en ella no se repite o reelabora, está condenado a desaparecer para siempre.

“Todos los rasgos culturales pueden ser aprendidos, repetidos y transmitidos sólo oralmente y mediante la observación directa al no existir (o existir únicamente a escala limitada) formas de transmisión escrita”.²³

²² Bonte, Pierre, Michel Izard y otros, Diccionario de etnología y antropología, Ediciones Akal, Madrid, 1996, pp. 709-710.

²³ Hernández Sánchez, Alfredo y Octavio Uña, Diccionario de Sociología, ESIC, Madrid, 2004, p. 1542.

Sin embargo, la escritura proporciona también una opción de registro de las tradiciones. El pasado, a falta de memoria humana, queda plasmado en documentos que explican lo que hasta la fecha se lleva al cabo en cuanto a prácticas y forma de pensar de un grupo social se refiere.

Si bien una tradición es susceptible de no repetirse exactamente cada vez que se realiza, las pequeñas diferencias al efectuarla hacen que no haya un modelo perfecto que seguir, lo cual demuestra que no es inalterable a pesar de tener una estructura básica sobre la que se desarrolla todo su conjunto.

Las versiones individuales de un evento de este tipo pueden cambiar según la percepción de uno u otro autor porque su creatividad así lo permite, a pesar de que sus ideas y palabras se refieran al mismo acto.

“La escritura hace posible de otra forma la creatividad que autoriza la transmisión oral. Si bien ésta admite la divergencia más o menos pronunciada de las versiones, es porque forman un sistema y es este sistema el que constantemente se reproduce al hilo de los relatos individuales y cambiantes (...) Agente de registro, no permite adornos sobre un tema pero suscita la acumulación de tradiciones diferentes o que en otro caso obliga a considerar como tales (...) Hay que conservar el pasado, y la escritura es lo que mejor permite hacerlo”.²⁴

¿Qué sucede entonces en el caso purépecha, punto central en el presente reportaje? La reseña escrita indica que “resumir en pocas líneas las tradiciones y las fiestas populares de Michoacán resulta prácticamente imposible si tenemos en cuenta que se tienen registradas 367 celebraciones anuales en 190 poblaciones del estado. A este considerable número se suman las fiestas agrícolas y ganaderas que también son motivo de fiesta y que no se consideran como ‘tradicionales’ por más que algunas se celebren desde hace varios años”.²⁵

²⁴ Bonte, Pierre, Michel Izard y otros, *op. cit.*, p. 710.

²⁵ Michoacán, fiestas y tradiciones, México Desconocido, México, octubre, 2001, p. 12.

Y es que como resultado de la convivencia entre los grupos purépecha, náhuatl y mestizo se han obtenido las tradiciones que son vínculo de identidad en cada grupo que las practica y que cuentan también con herencia colonial.

El Día de Muertos en la región es una de las más significativas ya que por sí sola es capaz de atraer año con año a más de 70 mil personas de varios estados, y países, para admirar una práctica que sus pobladores han conservado durante siglos a pesar de la importancia comercial que se le ha otorgado.

La zona del lago de Pátzcuaro y la isla de Janitzio resultan ser un imán turístico cuando llega el dos de noviembre. Ahí, el significado de la palabra tradición cobra vida en voz de uno de sus pobladores al señalar que la ofrenda a los muertos, elemento básico para la fecha, la han colocado “desde siempre”, herencia de generaciones pasadas que el presente no olvida.

Lo mismo adultos que jóvenes y niños participan en la colocación de un altar o en la velación a sus deudos, en la elaboración de un arco o con los adornos en casa; se les ve llevando flores o cocinando platillos especiales; danzando o con la mirada fija en su momento y espacio compartidos con sus muertos a pesar de la multitud que llega a admirar el acto.

Basta con observar la distancia que recorren algunas personas purépechas sólo para compartir la noche con sus seres que dejaron ya la vida terrenal. Y es que la relevancia que le otorgan a la fecha vence cualquier obstáculo, y así, con sus costumbres e ideas en tiempo presente mantienen el pasado y siembran el futuro.

“Y aunque podamos vivir con ellas sin darnos cuenta, sólo es cuestión de contar las innumerables fechas especiales que se celebran en nuestras entidades como en todo el país para darnos cuenta de que México se caracteriza por tener raíces culturales y religiosas propias de ser admiradas y transmitidas por muchos siglos más”.²⁶

²⁶ Tradiciones mexicanas, Editorial Época, México, 2005, p. 5.

2.2. El ritual.

Un saludo cotidiano entre dos personas que se estrechan la mano o se besan, representa un comportamiento prescrito que mantiene el orden y la integración sociales. Se trata de un acto predecible y repetido de manera regular que permite el desarrollo de la vida común entre las personas... un acto ritual.

En todas las culturas los hay, con sus pautas y reglas ejecutadas por parte de los miembros del grupo en un determinado contexto cuando las circunstancias así lo ameriten. Factores para ello son: determinados periodos de tiempo, el calendario en el que sobresalen ciertos días o el ritmo biológico.

“Los ritos son creaciones culturales particularmente elaboradas que exigen la articulación de actos, de palabras y de representaciones de numerosísimas personas a lo largo de las generaciones”.²⁷

Existen los llamados *de tránsito*, categoría otorgada a todas aquellas ceremonias que se dan en torno a los cambios en la vida de un individuo y que ponen de manifiesto el paso hacia una nueva fase en su existencia social; se deja un estadio anterior para integrarse a otro al que no se haya accedido antes.

El matrimonio y la muerte son dos de ellos, que pueden señalarse como representativos en la existencia del ser humano, con sus matices y características que cada contexto social le ofrece. En el caso nupcial, entre los antiguos griegos y romanos, el editor Henry Pratt menciona en su diccionario de sociología:

“Era usual que el padre diera a la muchacha en matrimonio ante una reunión de amigos de la familia. Una vez que el padre había entregado a su hija al novio, una alegre procesión escoltaba a la novia hasta la casa de su marido. Esta procesión nupcial era un detalle importante del rito en todas las sociedades antiguas. Durante

²⁷ Bonte, Pierre, Michel Izard y otros, *op. cit.*, p. 640.

la Edad Media la iglesia cristiana logró aumentar en gran medida su dominio sobre el matrimonio y sobre el ritual nupcial”.²⁸

Un comportamiento ritual se observa asimismo en el terreno religioso, donde los habitantes de una comunidad lo manifiestan en diversos ámbitos como entierros, oraciones, cantos y conductas como arrodillarse, inclinar la cabeza o entrecruzar las manos para decir una plegaria. En todas ellas se siguen pautas de conducta generalmente invariables y no dependen únicamente de un individuo sino que es esperado por otros más cuando determinada ocasión se presenta, lo que da como resultado una unidad comunitaria al momento de realizar el acto.

Ritual y creencia tienen una relación estrecha y necesaria para entender al primero. “En este caso, ambas categorías (...) suelen considerarse de algún modo complementarias. Se dice, por ejemplo, que el ritual expresa o refuerza a la creencia, o que ésta constituye la base o da razón de aquél”.²⁹

El Día de Muertos ofrece un ejemplo de lo que significa un ritual. En él se observan diversos actos predecibles basados en su repetición con base en una fecha calendárica específica, es decir, cada determinado periodo de tiempo. Al respecto, el caso poblano mencionado por el autor Alexis Juárez en su texto *Catolicismo popular y fiesta* deja ver múltiples aspectos del tema tratado en este punto:

La recepción a los muertos da inicio el 28 de octubre, fecha en que las labores cotidianas son sustituidas para comenzar los preparativos y varios pobladores que viven fuera de la región regresan con sus familias.

Los panes de distintas formas son característicos de la fecha y no pueden faltar los tamales y las frutas. La ofrenda, intermediaria entre los hombres y las divinidades, resalta por su importancia ya que cuenta con elementos fundamentales en la religiosidad de los habitantes.

²⁸ Pratt Fairchild, Henry (editor), *Diccionario de Sociología*, FCE, México, 1ª ed., 8ª reimp., 1949, p. 261.

²⁹ Hunter, David E. y Phillip Whitten, *Enciclopedia de antropología*, Ediciones Bellaterra SA, Barcelona, 1981, p. 573.

“El altar reúne imágenes y objetos rituales que representan a las distintas devociones de los santos y las vírgenes, protectores del barrio, el pueblo o las predilectas por el grupo familiar, en el altar familiar se colocan todos los alimentos que componen la ofrenda y sobre éstos se realizan repetidas oraciones con los rosarios y otro tipo de plegarias populares contenidas en cuadernillos”.³⁰

El cuidado que se le otorga al elaborarla posee un especial énfasis porque en ella se basa gran parte de la creencia tradicional en torno al acercamiento con los muertos. El alcohol de caña, elemento con gran fuerza y calor según los indígenas, es uno de los más importantes respecto a los demás que conforman el altar, ya que permite establecer comunicación con los antepasados y es además un protector contra las fuerzas del mal.

Pero más allá del simple acto que significa colocar la ofrenda, sus componentes sirven al mismo tiempo para ser repartidos entre los familiares y amigos y así mantener o recuperar los lazos que les unen como integrantes de una misma sociedad.

Los últimos tres días de octubre se dedican a los accidentados, a los ahogados y quemados y a los que sufrieron muerte violenta respectivamente. Para el primero de noviembre las velas iluminan la capilla donde se ofrece una misa y el cementerio se tapiza por flores anaranjadas. Hasta la década de los años 80 se realizaban declamaciones solemnes que actualmente están casi extintas.

El sonido de los cohetes durante el todo el día y la noche del 31 de octubre refleja el propósito de ahuyentar a los malos espíritus para recibir a los niños también llamados “Santos Inocentes” ya fueran o no éstos bautizados en vida. Así llega el 1 de noviembre acompañado de los difuntos que habitan en el limbo.

³⁰ Juárez Cao Romero, Alexis, Catolicismo popular y fiesta, Sistema festivo y vida religiosa de un pueblo indígena del estado de Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 1999, pp. 120-121.

El segundo día del onceavo mes despierta con la recepción a los difuntos mayores. A ellos se les dedica una misa donde se hace mención de los preparativos con tintes de fiesta para recordarlos y que dan cuenta de la devoción que significa tener de regreso, al menos por un día, a los deudos.

Al pie de las tumbas se reza y algunos platican con el muerto que yace en su morada, y cuando el reloj marca las ocho de la noche, los familiares del último fallecido realizan una procesión cuyo destino es el panteón.

Entonces el ritual agoniza. Antes de las 12 de la noche las ofrendas se reparten en el día llamado de los “lamentos”, pues los elementos que conforman el altar suelen estar ya descompuestos y causar malestares a quienes los ingieren, esto por la voluntad de los santos, según se cree. Un día después el pueblo regresa a la normalidad y la espera de ver nuevamente de regreso a los muertos comienza.

“Podemos indicar entonces que todas las celebraciones de Días de Muertos están conformadas por varias secuencias rituales que abren un periodo de margen de varios días; cada día ocupa un tiempo liminal o acceso para la comunicación y el intercambio entre los hombres y las diferentes almas de los difuntos. Los espacios liminales o umbrales son el Campo Santo y el altar familiar, donde se acercan los vivos con los difuntos.

La ofrenda de muertos es un ritual de comensalidad y de intercambio de dones con los antepasados, quienes van a procurar interceder por los familiares en el otro mundo y proteger a los vivos”.³¹

³¹ Juárez Cao Romero, Alexis, *op. cit.*, p. 127.

2.3. La fiesta.

“Cada año, el 15 de septiembre a las once de la noche, en todas las plazas de México celebramos la Fiesta del Grito; y una multitud enardecida efectivamente grita por espacio de una hora, quizá para callar mejor el resto del año. Durante los días que preceden y suceden al 12 de diciembre, el tiempo suspende su carrera, hace un alto y en lugar de empujarnos hacia un mañana siempre inalcanzable y mentiroso, nos ofrece un presente redondo y perfecto, de danza y juerga (...)”.³²

Ejemplos como los anteriores dan cuenta, en letras del autor Octavio Paz, del amor y gusto que el mexicano tiene por las fiestas, motivo y pretexto para reunirse y celebrar acontecimientos. Colores, sabores, danzas, vestimentas y diversos objetos se mezclan en ocasiones marcadas en el calendario dentro del territorio nacional. El lugar no importa, ya sea en grandes ciudades o pequeños pueblos, fiesta y multitud se conjugan en determinadas fechas.

¿Qué es pues la fiesta? Manifestación cultural de la sociedad. Una manera de enfocar la vida y de unir al grupo en el cual se lleva al cabo y dentro del que son compartidos ciertos valores entre los que pueden citarse la solemnidad y el gozo, o bien, la mezcla de ellos. Es también una realidad donde las reglas suelen romperse para así practicar sentimientos generalmente reprimidos.

Con base en investigación de campo, Néstor García Canclini, autor del texto *Las culturas populares en el capitalismo*, plantea que en la fiesta se abarca la vida de una comunidad, incluyendo vestimentas y adornos especiales para la fecha así como también comidas exclusivas para la ocasión.

En ella se trata de unificar a la comunidad que la realiza. Puede observarse también que detrás del desenfreno y el aspecto sublime con que cuenta la fiesta, existe una realización disfrazada de conductas generalmente reprimidas en la vida social común.

³² Paz, Octavio, *op. cit.*, p. 51.

“Mediante el ritual de la fiesta el pueblo impone un orden a poderes que siente incontrolables, intenta trascender la coerción o frustración de estructuras limitantes a través de su reorganización ceremonial, imagina otras prácticas sociales, que a veces llega a ejercer en el tiempo permisivo de la celebración”.³³

La excepcionalidad forma parte de esas fechas especiales. La lógica cotidiana suele romperse, la economía que hace posible la fiesta sale a relucir y los lugares para practicarla se engalanan como en pocos días. Con todo ello, el desorden puede presentarse, los individuos se vuelven casi iguales al desaparecer la línea de las jerarquías sociales y el orden que generalmente reina se torna frágil hasta el grado de desaparecer; puede trasgredirse en aras del festejo mismo.

Este acontecimiento evoluciona a la par de la sociedad y con ello sus contenidos y significados. Asimismo “su propio carácter excepcional, hace de la fiesta un breve descanso en la rutina diaria; una ocasión que estimula para proseguir después el tiempo de trabajo”.³⁴

También sinónimo de lujo para el mexicano y sustitución acaso de las vacaciones, las fiestas se observan y viven para entablar contacto con los amigos, la patria o la divinidad. En ellas se grita, se canta, se toma, se llora y hasta se muere. No basta con divertirse, incluso el exceso se hace presente. Hay embriaguez de colores, sentimientos y algarabía.

Y hablar de festejos con tintes religiosos en México no es fácil si de cuantificarlos se trata, ya que el calendario resulta apenas suficiente para el número de santos venerados. A ello debe agregarse que en cada estado del país se festeja a determinadas y especiales divinidades. En territorio purépecha, no hay excepción para este caso.

³³ García Canclini, Néstor, Culturas populares en el capitalismo, Grijalbo, México, 6ª ed., 2002, p. 105.

³⁴ Núñez Rodríguez, Manuel (editor), El rostro y el discurso de la fiesta, Universidad de Santiago de Compostela, 1995, p. 8.

“Resumir en pocas líneas las tradiciones y las fiestas populares de Michoacán resulta prácticamente imposible si tenemos en cuenta que se tienen registradas 367 celebraciones anuales en 190 poblaciones del estado. A este considerable número se suman las ferias agrícolas y ganaderas que también son motivos de fiesta y que no se consideran como ‘tradicionales’ por más que algunas se celebren desde hace varios años”.³⁵

El elemento analizado en este punto también lleva consigo situaciones que sorprenderían a más de uno. Un evento de esta magnitud no sólo es sinónimo de alegría, sonidos y colores. Detrás de sí cuenta con una preparación que en ocasiones refleja un cierto sacrificio económico que por costumbre debe realizarse porque históricamente, y con el paso de las generaciones, así ha sido. Octavio Paz cita un ejemplo al respecto:

“Recuerdo que hace años pregunté al presidente municipal de un poblado vecino a Mitla: ‘¿A cuánto ascienden los ingresos del Municipio por contribuciones?’ ‘A unos tres mil pesos anuales. Somos muy pobres. Por eso el señor gobernador y la Federación nos ayudan cada año a completar nuestros gastos.’ ‘¿Y en qué utilizan esos tres mil pesos?’ ‘Pues casi todo en fiestas, señor. Chico como lo ve, el pueblo tiene dos santos patronos’”.³⁶

En el caso de un poblado donde exista una divinidad principal, la fiesta importante se efectúa el día en el que se celebra. Ya sea de manera colectiva o a través de una determinada organización, los vecinos cubren los gastos necesarios, cada cual aportando según sus posibilidades, y de forma individual las personas se encargan de preparar sus casas para atender a invitados, familiares o amigos.

Valga decir que en la fiesta hay consumo, y con ello enriquecimiento de quienes lo procuran, en ocasiones, a costa de algún poblado si de hablar de comunidades rurales se trata. Su inversión arroja mejores resultados y de igual

³⁵ Michoacán, fiestas y tradiciones, p.12

³⁶ Paz, Octavio, *op. cit.*, p. 52.

manera se multiplican las diferencias sociales: “(...) los ricos no transfieren parte de su ganancia a los pobres sino que la gastan en el festejo, esta ‘pérdida’ es compensada a menudo por otras ganancias: son ellos quienes venden la cerveza y los alimentos, quienes administran las diversiones”.³⁷

2.3.1. La fiesta rural.

El ciclo agrícola o el calendario religioso generalmente dictan en los pueblos. La familia entera suele ser partícipe de ella y su expresión se extiende más allá de los límites del hogar hasta practicarse en toda la localidad. Los adornos, la vestimenta y hasta la comida dejan la cotidianeidad de lado y se manifiestan renovados.

“Las fiestas campesinas, de raíz indígena, colonial, y aun las religiosas de origen reciente, son movimientos de unificación comunitaria para celebrar acontecimientos o creencias *surgidos* de su experiencia cotidiana con la naturaleza y con otros hombres (cuando nacen de la iniciativa popular) o *impuestos* (por la iglesia o el poder cultural) para dirigir la representación de sus condiciones materiales de vida”.³⁸

La fiesta rural, aquella donde las danzas y la música conviven, y la plaza o el atrio de la iglesia dan cuenta de la imperiosa necesidad de llevarla al cabo en lugares abiertos por el espacio que requiere, posee un valor de uso caracterizado por la participación de las personas y no por ser meramente un espectáculo.

A diferencia de la fiesta urbana (concebida más en función del consumo, donde es más notoria la diferenciación de clases sociales y las fechas para su práctica por lo general no son marcadas estrictamente), el caso rural muestra otro rostro. El evento es financiado por los integrantes de la población y además

³⁷ García Canclini, Néstor, *op. cit.*, pp. 105-106.

³⁸ García Canclini, Néstor, *op. cit.*, pp. 103-104.

colaboran con trabajo para lograrla. La palabra espectáculo, al practicarla, no figura en el vocabulario de los asistentes ya que provienen únicamente del interior del grupo y de localidades vecinas. Ni turistas, ni empresarios o artesanías externas son vistos durante el festejo.

Cuando el aspecto religioso marca la pauta del evento, es común ver los fuegos artificiales derrochar sus colores en el aire y a las bandas de música tocar sin cesar durante horas. Las procesiones también suelen ser elementos característicos donde las imágenes del santo venerado lucen como la fecha lo amerita y su altar muestra con una detallada decoración la devoción que la gente le entrega: flores y adornos acompañan a los bailes y los rezos que los fieles ponen a sus pies a cambio de un favor recibido o sólo porque la costumbre así lo dicta.

El dinero proveniente de Estados Unidos también se hace partícipe. Las personas que abandonaron su lugar de origen en la búsqueda de una mejor calidad de vida en el vecino país del norte aportan económicamente para que la fiesta rural no quede en el olvido y otras más vuelven para formar parte de ella.

No existe pues en la auténtica fiesta rural un estricto control comercial externo ya que las autoridades indígenas de la comunidad impiden que la celebración tome un carácter de esa naturaleza y procuran que la organización al interior predomine por y para sus pobladores y participantes.

Sin embargo, no todas las festividades campesinas se caracterizan por su esencia netamente local y por el interés para preservarlas auténticas en el lugar donde se practican. Algunas no escapan a la comercialización que se apoya en ellas para obtener recursos y atraer al turismo. Un caso en particular, el de un poblado de Michoacán, muestra la conjunción existente entre el motivo de celebración religioso y el aspecto económico promovido con base en él:

“Según el sacerdote de Patamban, la fiesta fue creada hace quince o veinte años por un cura anterior con el fin de atraer visitantes y promover la venta de

artesanías. Por eso organizó la decoración de las calles y la iglesia con tapetes de flores naturales, arcos de madera cubiertos con flores y frutos, y las composturas, arreglos de papel que cuelgan de hilos llenando el espacio visual de las calles. El resto de los informantes atribuye a la fiesta entre veinte y treinta años de antigüedad y dice que fue creada por motivos religiosos; según ellos, comenzó a incluir aspectos comerciales varios años después de su creación”.³⁹

Si bien el diseño de los adornos es discutido y acordado por las personas de la localidad, muestra de que el gusto común predomina para un solo fin, y las artesanías locales ven el mejor escaparate durante el evento (el 75% de la venta se realiza en las fiestas que a su vez ahorran a sus fabricantes el transporte y alojamiento a otros pueblos, por lo que hacen un mayor número de piezas), se observan también objetos llevados de otros lugares y que poco tienen que ver con lo meramente artesanal. Ropa, bebidas y artículos personales se mezclan con lo elaborado por manos nativas para su comercialización.

La música no puede faltar y al son de las pirekuas (canciones purépechas interpretadas por solistas o grupos acompañados con guitarra u orquesta) se dejan ver los concursos promovidos con el apoyo de la Secretaría de Turismo y el Instituto Nacional Indigenista. Caso similar es el de las artesanías, que participan de igual manera para seleccionar las mejores aunque algunas de ellas antes de ser exhibidas ya están compradas por tiendas que las colocarán en sus aparadores.

Finalmente, existe el caso extremo donde la fiesta rural se muestra como un espectáculo turístico a pesar de que en ella subsisten elementos básicos de su esencia. El espacio ocupado comúnmente por los habitantes de un poblado es invadido por comerciantes externos a la región y las luces, colores y sonidos le dan un toque de celebración nacional e incluso internacional... fiestas para los otros, donde indígenas y turistas conviven en un mismo escenario.

³⁹ García Canclini, Néstor, *op. cit.*, p. 194.

2.3.2. La fiesta de la muerte.

Hablar de fiesta y muerte es aludir a una relación que ha perdurado a través del tiempo. Como fin de la existencia terrenal, la muerte es un acontecimiento humano y social en el que la religión cristiana ha basado su prédica. La vida eterna se vuelve entonces promesa para el creyente y este hecho fue utilizado por la Iglesia para hacer creer en la sanción o la aprobación de la conducta humana.

“Una de las variables que figuran en esta consideración cristiana sobre la muerte es la que une los decesos con la celebración de reuniones populares de carácter festivo que se llevaban a cabo en ámbitos ‘propios’ de la muerte –como los cementerios– o en ocasiones de funerales y aniversarios de fallecimientos”.⁴⁰

El vínculo fiesta-muerte nació en el momento en que la primera se practicó en el principal lugar funerario: el cementerio. Y es que los llamados campo santos se erigían en el lugar donde se construían las iglesias, o bien, como extensión de las mismas, que eran consideradas un centro de vida social o de reunión comunitaria. A pesar de ello, la evangelización llegada a México sólo acentuó y adaptó la creencia porque que la muerte significaba ya un elemento propio para festejar. Fray Diego Durán señaló al respecto:

“A ocho de agosto, según nuestra cuenta, celebran estas naciones el mes noveno de su año, por el orden de veinte días, como los demás llamaban a la dicha fiesta MICCAILHUITONTLI, el cual es vocablo diminutivo y quiere decir fiesta de los muertecitos... La gran fiesta de los difuntos celebra, según la cuenta de nuestro calendario, a 28 de agosto...”.⁴¹

En la actualidad las ofrendas muestran platillos que en vida gustaban al finado y, acompañadas por los colores de las flores, son elementos básicos de la fecha que invitan a una fiesta... la fiesta de la muerte.

⁴⁰ Núñez Rodríguez, Manuel (editor), *op. cit.*, p. 109.

⁴¹ Michoacán, fiestas y tradiciones, p. 13.

2.4. La comunidad rural.

Como un “todo humano” donde sus miembros viven por y para ella se puede describir una sociedad, con relaciones establecidas entre los integrantes que la conforman y que la hacen funcionar debidamente.

Lo anterior, llevado al ámbito rural, puede ser planteado como una unidad social asentada en un territorio que provee a sus habitantes lo básico para su subsistencia. Su estructura fundamental, basada en el núcleo familiar, muestra una relativa independencia ante formas de organización socioeconómicas de distinto nivel (capitalistas o urbanas). Sobresale asimismo una división sexual del trabajo y una producción regida por el valor de uso de los objetos.

La agricultura, asociada en ocasiones también con la ganadería, significa no sólo una relación estrecha con la tierra al poseer un territorio delimitado que ofrece una forma de vida y sustento, sino que también tiene una carga religiosa.

Se trata pues de un grupo rural “compuesto por productores primarios cuyo medio de vida es extraído directamente del entorno, sea en calidad de agricultores, artesanos o pescadores. Aunque su producción se dedica principalmente a la propia subsistencia, aparecen estrechamente implicados en relaciones de mercado con los centros urbanos (...) Residen por lo común en pequeñas comunidades, que en muchos sentidos representan a la vez el centro y los límites de su mundo (...), conserva y mantiene costumbres y tradiciones distintivas”.⁴²

En sus manos está la elaboración de un sinnúmero de piezas. Loza, vasijas de barro o artículos de madera forman parte de su producción que les caracteriza. Pero esas mismas manos son también las que se dedican a labrar la tierra con la que tienen una estrecha relación; significa además para muchos de ellos un modo de vida que por generaciones les ha sido heredada.

⁴² Hunter, David E. y Phillip Whitten, *op. cit.*, pp. 137-138.

En su hogar, un bracero o fogata iluminan las noches y en torno a ellos se reúne la familia o los vecinos para compartir historias. Adentro, junto a una pared, los instrumentos de barro listos para su venta se muestran apilados y, en alguna habitación que a su vez se utiliza como pequeña bodega, el maíz es resguardado en sacos. Suele haber pocas camas, más bien son petates los cómplices del sueño por las noches y que en el día son enrollados para dejar más espacio libre al interior de la casa cuyo techo es por lo general de tejas. Las plantas, colocadas en macetas que en ocasiones se pueden contar por decenas, forman parte de la postal que ilustra el lugar donde habitan las personas de una comunidad rural.

El contacto de algunas de ellas con otros poblados que poseen características más urbanas les ha influido en su estilo de vida y por ello utilizan artículos como estufas de gas o en su alimentación incluyen comida y bebidas enlatadas. El uso cotidiano de vestimenta de corte industrial convive también con quienes aún portan ropa propia de la región.

“La combinación de elementos revela un proceso de sustitución de lo artesanal por lo industrial, de las técnicas tradicionales para satisfacer sus necesidades básicas -cocinar, curarse- por otras modernas. En suma, las sociedades organizadas con un régimen que hasta hace décadas era casi de autosubsistencia, ahora se hallan cada vez más integradas al intercambio mercantil. La presencia de la alfarería local y algunas prendas tejidas artesanalmente mantienen el ejercicio o el recuerdo de la identidad, de una historia cuya vigencia depende, sobre todo, de la importancia que siga teniendo en la subsistencia del pueblo la explotación comunal o ejidal de la tierra”.⁴³

En el caso tarasco todavía se conservan algunas tierras comunales así como las formas de trabajo agrícola. La explotación de los recursos que ofrece el campo aún significa un modo de subsistencia que rebasa en importancia al otorgado al mercado y, en algunos poblados, la lengua indígena, las fiestas y las formas de organización social permanecen con el paso del tiempo.

⁴³ García Canclini, Néstor, *op. cit.*, p. 158.

Y es que como resultado de la convivencia entre los grupos purépecha, náhuatl y mestizo se han obtenido las tradiciones que son vínculo de identidad en cada grupo que las practica y que cuentan también con herencia colonial.

El Día de Muertos en la región es una de las más significativas ya que por sí sola es capaz de atraer año con año a más de 70 mil personas de varios estados, y países, para admirar una práctica que sus pobladores han conservado durante siglos a pesar de la importancia comercial que se le ha otorgado.

La zona del lago de Pátzcuaro y la isla de Janitzio resultan ser un imán turístico cuando llega el dos de noviembre. Ahí, el significado de la palabra tradición cobra vida en voz de uno de sus pobladores al señalar que la ofrenda a los muertos, elemento básico para la fecha, la han colocado “desde siempre”, herencia de generaciones pasadas que el presente no olvida.

Capítulo 3. Contexto socio-histórico de Janitzio

3.1. El lugar donde habita la muerte michoacana.

Michoacán de Ocampo, asentamiento de los p'urepecha como se autodenominaron, michoaques según la lengua mexicana o tarascos refieren los cronistas españoles, se ubica en la parte occidente de la República Mexicana con una superficie de 59,864 kilómetros cuadrados correspondiente al 3% del total del país.

Las coordenadas 20°24' de latitud norte, 17°55' al sur, 100°04' al este y 103°44' longitud oeste delimitan la ubicación del estado michoacano. Tiene sus límites con Jalisco, Guanajuato y Querétaro de Arteaga al norte, al sur con Guerrero y el Océano Pacífico, al este con Querétaro de Arteaga, estado de México y Guerrero y al oeste con el Océano Pacífico, Colima y Jalisco.

El Anuario Estadístico de Michoacán de Ocampo realizado por el INEGI en 2004 confirma que se conforma por un total de 113 municipios: Morelia (su capital), Uruapan, Zamora, La Piedad, Pátzcuaro, Cuitzeo y Lázaro Cárdenas entre ellos.

Posee gran variedad de paisajes naturales: 11 lagos, 600 manantiales, 44 ríos y 11 cerros que sobrepasan los 2,000 metros de elevación sobre el nivel del mar, el de San Andrés es el principal con 3,600 metros.

El 28.68% de la superficie michoacana está cubierto por bosque, con producción maderera de encino, ocote y pino. El 34.79% lo constituye la selva. Su extensión litoral se estima en 217 kilómetros y sus dos volcanes principales, Tancítaro y Paricutín, cuentan con una altitud de 3,840 y 2,800 metros sobre el nivel del mar respectivamente.

La actividad económica más importante del estado es la agricultura, ya que se practica en un 27.99% de la superficie michoacana. Destaca en particular la producción de maíz con aproximadamente 300 mil toneladas anuales. También trigo, avena, garbanzo y aguacate son parte de sus productos principales. En

producción pecuaria, a nivel nacional posee el quinto lugar en aves de corral, sexto en el ámbito porcino, séptimo en caballar y noveno en vacuno.

En cuanto a climas se refiere, Michoacán, el “lugar de pescadores”, cuenta con ocho tipos principales⁴⁴, que van del cálido subhúmedo con lluvias en verano (reportado en un 34.46% de la superficie estatal) hasta el semifrío húmedo con abundantes lluvias en verano (con sólo el 0.25% en el total de su territorio). Es cálido en las costas y templado en las zonas centrales.

Por sus múltiples atractivos naturales encontrados a lo largo y ancho del estado, Michoacán se divide principalmente en cuatro rutas:⁴⁵

- ✓ **Clásica o lacustre:** abarca el lago de Pátzcuaro con sus seis islas; los pueblos de Cuitzeo, Zirahuén y Tacámbaro; las cascadas como la Tzaráracua, con su caída de casi 60 metros; y los volcanes como el Paricutín, cuya erupción cubrió al pueblo de San Juan Parangaricutiro en 1942 y del cual sólo se observan actualmente las torres de su iglesia.
- ✓ **Del oriente:** comprende paisajes, serranías, aguas termales, balnearios y el Santuario de la Mariposa Monarca; las ciudades de Zitácuaro y Angangueo. Los Azufres, Laguna Larga y San José Purúa, con sus aguas sulfurosas, también son parte de esta zona en la que el campismo, la pesca y los deportes acuáticos pueden ser practicados.
- ✓ **Noreste:** bosques y montañas son sus principales características. Zamora, Ixtlán de los Hervores (poseedor de un gran géiser y balneario), Tangancícuaro con su lago de Camécuaro, Zacapu y su laguna dentro de un cráter, así como también manantiales como el Chilchota y Jacona, y las cascadas de Chorros del Varal se ubican dentro de esta tercera ruta.

⁴⁴ INEGI. Carta de Climas, en <http://mapserver.inegi.gob.mx/geografia/espa%F1ol/estados/mich/climas2>

⁴⁵ Michoacán, cómo y dónde, México Desconocido, México, septiembre, 2003, pp. 57-58.

- ✓ **Costa:** arena y lugares rocosos adornan el paisaje en esa zona que posee cerca de 217 kilómetros. Parte de Apatzingán, recorre Playa Azul, bahía de Maruata, Faro de Bucerías, Caleta de Campos y Pichilinguillo.

Existen también áreas protegidas, entre ellas la Reserva Especial de la Biosfera Mariposa Monarca (a la que arriban a finales de octubre miles de estos animales tras recorrer más de 4,000 kilómetros desde Canadá para cumplir su ciclo reproductivo) y el Parque Nacional Eduardo Ruiz, ubicado en Uruapan y de cuyo manantial se forma a pocos kilómetros la cascada Tzaráracua de 60 metros de altura.

Dentro de los aspectos geográficos de Michoacán de Ocampo, cuatro son las vías de comunicación con las que cuenta: carreteras, que cruzan por su parte oriental y otra más que va de norte a sur; ferrocarriles, a través de los cuales se moviliza una importante porción de los productos agrícolas del estado; aeropuertos, en Lázaro Cárdenas, Morelia y Uruapan; y su puerto principal, Lázaro Cárdenas, ubicado en una desembocadura del río Balsas.

En la zona clásica o lacustre, a 53 kilómetros de la ciudad de Morelia y a 326 del Distrito Federal, se encuentra Pátzcuaro. Su altura sobre el nivel del mar es de 2,140 metros y se ubica entre los 19°31´ latitud norte y 101°36´ longitud oeste. Se encuentra al suroeste del lago que lleva el mismo nombre; cuenta con 78,127 habitantes (considerando población de la ciudad y rural) según datos estadísticos del INEGI en 2000 y su temperatura promedio anual es de 16° centígrados.

A sus alrededores cuenta con diversas localidades, entre las principales: Tzintzuntzan, capital del antiguo reino purépecha; Santa Clara del Cobre, donde se elaboran artesanías de este material; Quiroga, pueblo característico por sus piezas de madera; Zacapu, “lugar de piedras”, primer asentamiento de la raza purépecha; y seis islas ubicadas en su lago principal: los Urandenes, Tecuena, Yunuén, La Pacanda, Jarácuaro y Janitzio. Pátzcuaro cuenta con diversos lugares de interés⁴⁶, entre otros:

⁴⁶ Según folleto *Michoacán, el alma de México, Región Pátzcuaro*.



Plaza Vasco de Quiroga, considerada una de las más bellas de América.
Fotografía: Alejandro Agüero López.



Museo de Artes Populares, el primero en su género erigido en México.
Fotografía: Alejandro Agüero López.



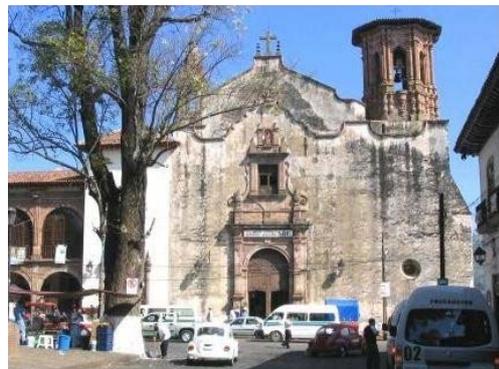
Basílica de Nuestra Señora de la Salud, construida por órdenes de Don Vasco de Quiroga (primer Obispo de Michoacán) sobre un centro ceremonial prehispánico.
Fotografía: Alejandro Agüero López.



Casa de los Once Patios, ex-convento edificado en 1742 y conformado por edificios coloniales.
Fotografía: Alejandro Agüero López.



El Sagrario, antigua parroquia que albergó el santuario de la Virgen de la Salud por 191 años.
Fotografía: Alejandro Agüero López.



Biblioteca Pública fundada en 1576. Formó parte de un convento y fue decretada para su uso actual en 1938.
Fotografía: Alejandro Agüero López.

Al centro norte del estado michoacano se encuentra la región lacustre de Pátzcuaro cuyo manto acuático posee la profundidad mínima justo en su parte sur, opuesta a los 16.60 metros que alcanzó en el año 1941, cifra que ha decrecido a través del tiempo (con una baja de 1.20 metros en el periodo 1939-1986).

Con forma de luna menguante, el lago de Pátzcuaro posee una altura sobre el nivel del mar de 2,100 metros y en su cuenca el clima generalmente es templado con lluvias en temporada veraniega. Sus temperaturas oscilan entre los 22° en verano y los 10° en invierno.

Y si de vientos se trata, la zona conoce el denominado *Taria Yauakua*, propio de la época invernal y de sequías que anuncia las heladas. También es posible encontrar dos tipos más de ellos: el del sur, *Tariata ts'akapeukuarhua*, característico de todo el año y que por lo general predomina, y el *Taria Terujchukua*, proveniente del oeste que trae consigo el tiempo de lluvias.

Un total de 100 asentamientos, entre mestizos e indígenas, conforman el área de la Cuenca, en su mayoría de origen purépecha. Del total de ella, aproximadamente el 25% es representada por aquella que tiene rasgos indígenas, distribuida en 24 comunidades entre las que se ubican dos en la sierra (Cuanajo y Tupátaro) y las islas mencionadas en párrafos anteriores.

A 4.2 kilómetros del embarcadero principal de Pátzcuaro (30 minutos en lancha a través del lago) se ubica la isla de Janitzio, cuyo nombre significa “cabello de elote”. Los habitantes de esta extensión natural de tierra rodeada por el lago fue parte de un censo llevado al cabo en 2002 por el INEGI, mismo que señaló un total de 144 territorios isleños en todo el país ocupados por 618,930 personas equivalentes al 0.6% de la población nacional.

Con un estimado de 2,074 nativos distribuidos en 313 viviendas⁴⁷, Janitzio es una isla que, con su número de habitantes, ocupa un lugar dentro de las 11 en México que rebasa los mil pobladores.

3.2. Había una vez una comunidad lacustre.

La zona lacustre de Pátzcuaro, lugar propicio para establecerse por las bondades naturales que el lugar ofrecía, fue el punto elegido por personas migrantes para conformar una sociedad heredada hasta la actualidad.

Variedad de flora y fauna, diversidad de especies terrestres y acuáticas, un clima y tierra favorables para subsistir así como la oportunidad de acceder a la etapa agrícola, fueron elementos aprovechados por la gente que llegó a la cuenca para comenzar su historia en aquel rincón michoacano.

Una migración en particular, la proveniente de Zacapu entre los años 900 y 1200 d.C., marcó la clave para lo que posteriormente sería el imperio purépecha. Se trataba de gente chichimeca dedicada a la caza y la recolección, con lenguaje semejante al de las personas establecidas aunque con diferencia en el nivel de desarrollo social.

En un principio el contacto fue sólo a través del trabajo y con el paso del tiempo las costumbres, la religión y los lazos matrimoniales con gente de los grupos gobernantes se encargaron de dar mayor solidez a ese vínculo humano que tenía serias intenciones de trascender.

El siglo XIV dio cuenta de la más importante unificación de pueblos ribereños gracias a Tariácuri, principal cacique que puso con este acto la base para que el estado Purépecha diera sus primeros pasos.

⁴⁷ Según XII Censo General de Población y Vivienda 2000 del INEGI.

La comunidad michoaque, como se autodenominaba, estaba compuesta por gente especializada en diversas labores que iban desde pescadores y cazadores hasta mineros y alfareros. Utilizaban el maque, técnica consistente en aplicar colorantes y barnices a maderas; practicaban la música y alcanzaron un gran nivel de identidad como consecuencia del cierto aislamiento natural provocado por la cuenca que impedía el paso de extraños.

El desarrollo en el ámbito económico de esta sociedad fue en ascenso con el paso del tiempo. Plantíos de algodón y la obtención de sal, pescado, obsidiana, metales, plumas finas, cera y miel se sumaban a la lista de elementos que conformaban el comercio de aquella población.

“Esta diversificada producción fue reiteradamente codiciada por el imperio mexica que a partir de 1476 y hasta 1518 emprendió cruentas incursiones tendientes a conquistar el reino michoacano; sin embargo, las sucesivas derrotas sufridas por los mexicas también pusieron de manifiesto la calidad de los ejércitos de *Cazonci*, designación con que se conocía al monarca michoacano”.⁴⁸

En los renglones político y militar llegaron al grado de poseer un ejército conquistador de pueblos vecinos que se vieron sometidos y obligados a pagar tributo consistente en productos agrícolas, textiles, oro, cobre y plata. La mayor hostilidad en ese rubro la tuvieron con los aztecas, quienes fueron conquistados por los españoles. Ante tal noticia, una embajada mexica llegó a Michoacán en busca de ayuda, misma que fue negada por el Cazonci, nombre otorgado al máximo monarca purépecha, ante la desconfianza que profesaba a su enemigo aunque esta vez, la realidad fuera otra.

Llegó así la influencia europea que trajo consigo epidemias a las que ni el Cazonci pudo escapar. En 1520 y víctima de viruela, el mandatario purépecha murió con lo que su hijo Tzintzicha Tangaxoan asumió el mando, mientras los mexicas

⁴⁸ Michoacán, fiestas y tradiciones, p. 8.

insistían desesperadamente por la formación de una alianza que pudiera combatir a los invasores españoles. El objetivo jamás se consumó.

El 23 de febrero de 1521 los extranjeros pisaron tierra michoacana y su ambición despertó ante las riquezas que se mostraban frente sus ojos. Antonio de Caicedo realizó, bajo las órdenes de Hernán Cortés, una exploración a aquel territorio con la finalidad de contactar a su mandatario.

Aunque en primera instancia el acercamiento entre ambas culturas tuvo fines de intercambio comercial, dos expediciones más, con Francisco de Montañó y Cristóbal de Olid al mando de ellas, dieron cuenta de los propósitos de conquista que tenían los extranjeros entre manos. No en vano mostraban sus cabalgaduras y equipo militar a los nativos para causar temor psicológico.

El sentimiento de incertidumbre permanecía entonces entre la gente michoacana. Someterse en forma pacífica o defender su territorio a costa de sus vidas eran las preguntas sin respuesta que tenían en mente las personas. Y mientras la confusión reinaba, los invasores capturaron a algunos dirigentes purépechas, el Cazonci huyó a un poblado vecino y el pánico se apoderó de los habitantes.

El combate fue entonces la salida ante tal situación. Un encuentro armado con los invasores era inminente pero estos manifestaron su intención pacífica de entrar en la ciudad. Bajo esa premisa, los cuatro meses posteriores fueron de saqueo de los templos, palacios y tumbas, y en 1522, tras un estado de total anarquía, el pueblo purépecha estaba listo para ser conquistado.

Antonio de Carvajal, soldado de las tropas españolas, realizó un inventario de poblados y sus recursos para ser repartidos entre familiares de Hernán Cortés. Al mismo tiempo, la evangelización de los habitantes michoacanos se realizaba y hasta el Cazonci recibió el bautismo cristiano.

Los religiosos Fray Martín de Jesús de la Coruña y Fray Antonio Ortiz arribaron a territorio purépecha en 1525. El primero de ellos celebró misa con instrumentos musicales característicos de los nativos y así se fueron adaptando los elementos purépechas al nuevo culto.

Sin embargo, no todo resultó ser tan pacífico. Con apoyo de los soldados extranjeros, los religiosos españoles acabaron con cualquier huella de la religión michoacana. Algunos datos mencionan que “Fray Martín de Jesús mandó concentrar todos los elementos por medio de los cuales adoraban a sus dioses y los destruyó en forma masiva arrojando sus vestigios en el Lago de Pátzcuaro”.⁴⁹

Para la década de 1520 la cristianización avanzaba; los frailes aprendían la lengua nativa para hacerse entender y se interesaban en conocer la cultura de la gente purépecha para tomar de ella algunos elementos y sustituir otros más. Por su parte, Cortés repartía pueblos entre sus allegados y se autodenominó el líder más importante de Michoacán.

Corría el año de 1528 cuando la Primera Audiencia llegó a tierras mexicanas encabezada por Nuño de Guzmán, personaje encargado de dar muerte al Cazonci, acto criticado por el obispo Fray Juan de Zumárraga pero que fue consecuencia del roce que ya existía entre los españoles y los nativos.

Sin embargo, el homicidio escondía detrás de sí la última barrera existente para satisfacer la ambición de oro y plata de Nuño de Guzmán, quien consideraba al Cazonci un obstáculo para expandir sus intereses. Así, el 13 de febrero de 1530 la orden ejecutada por el español acabó con la vida del líder purépecha.

Pero la historia de la localidad michoacana dio un giro con la llegada de Vasco de Quiroga, persona culta con formación humanista que arribó a la ciudad el 9 de enero de 1531. *Tata Vasco*, como le llamaban los nativos, puso en práctica el

⁴⁹ Ramírez Romero, Esperanza, Catálogo de monumentos y sitios de Pátzcuaro y región lacustre, primer tomo, Gobierno del Estado de Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1986, p. 36.

desarrollo material, social y espiritual de la gente, lejos de la explotación a la que era sometida antes de su estancia en aquel suelo michoacano.

El hospital-pueblo fue una de sus principales aportaciones. Se trataba de un lugar en el que se atendía a enfermos y hacía las veces de escuela así como de taller de artes y oficios. Con todo ello, una nueva página en la historia comenzaba a escribirse con este personaje, al grado de haber sido nombrado primer Obispo de Michoacán.

Y a pesar de que Tzintzuntzan había sido reconocida como la capital del estado por los españoles, entre otras cosas porque en ella se establecieron los primeros frailes y por ser cabeza del extenso territorio que ocupaba, Vasco de Quiroga decidió mudarse a Pátzcuaro debido a los dos principales beneficios que ofrecía: un lugar para construir una ciudad más grande y el abastecimiento de agua que los pobladores necesitaban.

Realizado lo anterior, *Tata Vasco* tuvo como primera tarea poblar Pátzcuaro. Para ello trajo a 29 familias españolas en un periodo de 25 años y hacia 1567 la ciudad contaba ya con más de 30 mil habitantes. Fundó además el Colegio de San Nicolás Obispo, que daba formación religiosa y cultural a los jóvenes, e ideó la catedral que tuvo sus primeros cimientos en 1540.

Pero el 14 de marzo de 1565 Vasco de Quiroga falleció y se cerró entonces una de las páginas más esplendorosas en la historia de la comunidad. Su organización socio-económica basada en el mejoramiento del ser humano de la región se resquebrajó con los cambios ejercidos por Fray Juan de Medina Roncón, su sucesor, y la ciudad pasó a segundo término ante el cambio de sede a Valladolid.

Y mientras el progreso hispano continuaba, en la región ese cambio no era evidente. No había riquezas mineras, los bosques tampoco eran propicios para el ganado, en el lugar no había mucho para explotar y ante ello los españoles vieron en Pátzcuaro un lugar no apto para su estancia. Ante ese panorama de marginación, los

indígenas conservaron sus costumbres y vivían gracias a la pesca y la artesanía, forjando así un carácter con características propias.

Para el siglo XVII las epidemias trajeron consigo una fuerte caída demográfica. Los pueblos parecían vaciarse en manos de las enfermedades pero esa situación poco a poco quedó en el pasado para dar paso a un crecimiento económico nunca antes visto. Las ciencias y las artes progresaban paralelamente a las contradicciones sociales consecuencia del despojo de tierras indígenas que forzó a muchos pobladores a emigrar del lugar.

Existieron altibajos en la economía: a finales del siglo XVIII el cobre, azúcar, frutos y diversas mercancías significaron un gran auge en la zona pero posteriormente el régimen colonial parecía derrumbarse lentamente ante la falta de lluvias que cimbró la agricultura y cuya consecuencia fue una crisis que llevó a mucha gente a trasladarse a las ciudades.

Entonces surgieron medidas para retomar la importancia de la localidad. Se destinaron recursos para obras públicas y se invirtió en agricultura; el espacio urbano se mejoró y se heredaron aportaciones económicas de hacendados para beneficio de instituciones religiosas y de carácter público.

Al llegar el siglo XIX, Pátzcuaro era una de las regiones más ricas y productivas de Michoacán. En ese contexto llegó una nueva conciencia de gente que estaba en contra de la esclavitud, del racismo y del coloniaje extranjero. La historia independentista se abría paso y la zona lacustre no escapó a ella. De ahí surgió un personaje, María Gertrudis Bocanegra de Lazo de la Vega, quien llevó el movimiento a la región gracias a lo cual se le capturó y fusiló en 1817.

Consumada la lucha de independencia en 1821, la labor era reconstruir al país en materia política, económica y social. Los estragos de la batalla dejaron huella en Pátzcuaro como punto central de la zona y entonces la crisis hizo su aparición: la agricultura se quedó sin producción y la labor artesanal fue una salida, la industria

textil se vio reducida a los telares y el comercio exterior desplazó a la manufactura de la comunidad.

La unión comunal fue una respuesta ante el reparto de tierras por lo que tres siglos en manos de los indígenas no acabaron fácilmente. La situación fue más allá y hasta la Iglesia y hospitales se vieron afectados. Las fiestas no se vivían con la misma intensidad y como respuesta a esta opresión la comunidad se aferró a lo suyo, al arraigo de sus ideas y al aspecto espiritual.

La llegada del siglo XIX trajo una economía rural resquebrajada y una zona lacustre con un serio daño ecológico. El agua del lago tenía como destino el riego de tierras, el número de animales en la región se vio disminuido como consecuencia de la caza que se volvió un deporte y la abolición del racismo y la esclavitud no llegaba a la práctica.

Ocho mil habitantes tenía Pátzcuaro en aquel siglo, mismo que al finalizar recibió un grupo de extranjeros provenientes de Europa, con lo que la cultura tuvo influencia de elementos alejados de la realidad purépecha.

Sin embargo, y ante un inevitable escenario con tintes revolucionarios a causa de la estabilidad política tambaleante en Pátzcuaro, los conflictos armados durante la década de 1910 fueron la inminente salida ante la inquietud campesina que no veía mejoras en ese rubro. Se esperaba también un progreso en materia de educación a través de los hacendados que debían dar escuela a los hijos de trabajadores e integrar a los indígenas a la vida cultural.

Consecuencia de ese entorno combativo nacieron las primeras escuelas con carácter obligatorio, laico y gratuito bajo el cobijo de la Revolución por decreto del 15 de noviembre de 1915.

Pero el avance social no fue del todo favorable. Sequías, inundaciones y plagas azotaban a la región mientras el capital extranjero huía a causa de protestas

por parte de la gente que tenía represión del gobierno por lo que se vio obligada a emigrar a Estados Unidos.

Aunado a lo anterior, las tierras indígenas debían ser trabajadas por manos de los mismos pobladores pero no como su propiedad sino para los hacendados y extranjeros. Ante esto, el final de la década de 1920 e inicios de 1930 marcaron el inicio de leyes que devolvían a la gente lo que en materia de tierra les pertenecía, así como una política social que llegó a manos de la comunidad. Las ideas del general Francisco J. Múgica y de Lázaro Cárdenas fueron primordiales para llevar al cabo dichas acciones.

En el siglo XX, y enmarcado por las crisis sociales, los proyectos turísticos sacaron a flote a la comunidad. Los atractivos de la ciudad se promovieron, las artesanías tuvieron mayor demanda y las visitas al lago rescataron tradiciones de los pueblos de la zona lacustre.

Se edificaron los primeros hoteles que con mayor frecuencia veían en el turismo una fuente de ingresos nunca antes conocida. *El Mercado* y el *San Luis* fueron de los primeros a los que se sumaron *Los Escudos* y la *Mansión Iturbide*, que antiguamente fueron residencias virreinales.

Sin embargo, las consecuencias no tardarían en manifestarse. El lago bajó su nivel tres metros en 1940 como respuesta a la tala irracional de árboles, a lo que se sumó la contaminación del agua por los desechos que desembocaban a través del drenaje de las comunidades aledañas.

Entre un ambiente no tan favorable, el 9 de mayo de 1951 se dio un paso para aminorar el analfabetismo en los adultos: la inauguración del Centro Regional de Educación Fundamental para América Latina (CREFAL), organismo internacional con patrocinio de la ONU. Sin embargo, la realidad es que los cambios en el siglo XX se han suscitado tan rápidamente en Pátzcuaro, que hasta la emigración de jóvenes al país vecino del norte ha sido inminente por falta de empleos.

A pesar de ello, la comunidad ha tratado de mantener una identidad propia aunque diversos elementos externos llegan a manifestarse en su territorio, es por eso que... “en Michoacán gran parte de la cultura que la identifica es resultado de un sincretismo que, a final de cuentas es el que ha dado origen a lo que hoy llamamos mexicanidad”.⁵⁰

3.3. Los pobladores de esta tierra.

“Si Michoacán fuera una aldea de 100 habitantes, 15 de ellos serían niños que van a la escuela; 12, jóvenes que cursan su educación media y 2, estudiantes universitarios. Mientras que 45 trabajarían en diferentes actividades remuneradas”.⁵¹ Así resultaría ser la analogía de la cifra real que suma 4,519,059 habitantes en el estado que a su vez conforman a 1,199,974 familias.

Las 10 ciudades más grandes del territorio michoacano (Morelia, Zamora, Uruapan, Apatzingán, Zitácuaro, Lázaro Cárdenas, La Piedad, Sahuayo, Ciudad Hidalgo y Zacapu) albergan al 66% de la población que es urbana, mientras que el restante 34% cuenta con características rurales y se distribuye en 9,505 localidades.

Una de ellas, Pátzcuaro, se encuentra a 56 kilómetros de la ciudad capital. “En donde está la piedra que señala la entrada al paraíso”, “lugar donde se tiñe de negro” o “lugar de piedra para asientos de cúes (templos)”, ha sido zona privilegiada por su ubicación aún cuando el actual poblado vecino de Tzintzuntzan recibió a los primeros pobladores europeos tras la conquista española.

Fue en el año 1,300 cuando aquellas tribus dirigidas por Pauácame II establecieron junto al lago el lugar para levantar el templo de su máxima divinidad solar: Curicaveri. Con el correr de los años, el rey Tariácuri otorgó a la ciudad un

⁵⁰ Michoacán, fiestas y tradiciones, p. 10.

⁵¹ Michoacán, folleto anexo en el periódico El Universal, México, 2006.

esplendor jamás visto y la religión vio en ella su principal referencia por ser considerada la entrada al paraíso por donde los dioses subían y bajaban; la nobleza indígena la eligió también como lugar de recreo.

Ahí, donde Vasco de Quiroga eligió su sede religiosa, donde el primer colegio michoacano se erigió en 1540 para educar por igual a españoles, mestizos e indígenas y donde nació la primera capital del estado en 1544, los hechos en manos de sus pobladores dan cuenta de una ciudad que a través de los años ha heredado un lugar donde se respira la historia.

Turismo, religión, artesanías, monumentos históricos, paisajes adornados con el lago y sus islas... todo eso es Pátzcuaro. Sin embargo, existe uno más que muestra otro rostro, el que le brinda a diario una forma humana:

“Uno más profundo, el del pueblo, que vive básicamente entre semana. Este Pátzcuaro pueblerino es el que se desarrolla en la Plaza Menor, la Plaza ‘Gertrudis Bocanegra’, la Plaza chica donde no hay montajes, en cuyos portales se vende el pan, los tamales y la verdadera comida tradicional del lugar. El mercado municipal se extiende a uno de sus costados, en donde la gente del lugar compra sus frutas, sus rebozos, sus verduras y sus pescados. Es el Pátzcuaro a donde llegan las gentes de otros pueblos a comprar y mercar los productos de la región”.⁵²

Guanengos que salen a relucir en días de fiesta y que visten a las mujeres con sus faldas enredadas, faja, blusa bordada, rebozo y cintas de colores en las trenzas, son característicos de la región.

También ver danzar a “los Viejitos” resulta una referencia obligada en la zona lacustre: con camisa y pantalón de manta blanca, máscaras de pasta de caña de maíz con una mueca sonriente y sombrero del que penden tiras de colores, los participantes zapatean al ritmo de la música con movimientos vigoroso apoyados en un bastón de madera.

⁵² Pátzcuaro: sus leyendas y su Noche de Muertos, Ediciones de Librería Luz, Morelia, 2005, p. 13.

Es ahí el lugar donde conviven tradiciones, artesanías, gastronomía y danzas envueltas en una vida cotidiana a cargo de los pobladores no sólo de la localidad de Pátzcuaro sino también de los habitantes isleños de Janitzio que en el año 2000 sumaban 2,074 según indica el censo del INEGI, cifra de la cual el 47% corresponde al género masculino y casi el 53% restante al rubro femenino. Del total, solamente 42 nacieron fuera de la entidad.

La mayoría de edad, 18 años, sobrepasa la mitad de la población en la isla, con una cifra que llega a las 1,115 personas mayoritariamente con una tendencia a favor de las mujeres al rebasar el 50%.

Si de servicios de salud se trata, no todos pueden acceder a ellos, ya que 1,329 habitantes no son derechohabientes, cifra que representa el 81% si se compara contra los 297 que sí los son. En el ámbito educativo, el grado promedio de escolaridad es de 5.81 y en el nivel máximo, instrucción superior, únicamente 80 son los que cumplen con dicho renglón.

Lengua y religión son ámbitos sociales de la población isleña en Janitzio que tampoco escapan a las cifras: del primer punto sobresalen aquellos que hablan tanto el purépecha como el español (1,611), aunque el total de hablantes de lengua indígena se cuentan en mayor número con 1,627; del segundo rubro la tendencia se inclina mayoritariamente al catolicismo, ya que el número de practicantes se aproxima al 85% de las personas que habitan la región.

Por otra parte, el total de habitantes se distribuye en 309 viviendas, con promedio de 6.64 de ellos por hogar, de las cuales al menos la mitad cuenta con servicios básicos como son drenaje, gas, sanitario exclusivo y energía eléctrica, lo que a su vez permite contar con televisores y radiograbadoras.

El tabique y las tejas son los materiales más comunes para su construcción. Atrás quedaron los pisos de tierra aunque algunas aún se mantienen en pie gracias a

sus muros de madera que incluso en ocasiones hace las veces de casa-habitación y local comercial donde se ofrecen artesanías de la zona.

Finalmente, el mando del hogar es todavía por mucho asunto masculino que se deja ver como principal influencia al interior de las cuatro paredes, aspecto reflejado en la cifra que indican a 282 del total mientras que la jefatura femenina se lleva al cabo en menor medida al señalar únicamente el 13%.

3.4. El tarasco en boca de muchos.

Purhépecherhu, el “lugar donde viven los purépecha”, se ubica en el actual territorio michoacano que se extiende a lo largo de 60 mil kilómetros cuadrados. De ellos, el 10% comprende el área habitada por este grupo de personas que se asientan principalmente en 22 municipios: Cherán, Nahuatzen, Pátzcuaro, Quiroga, Tzintzuntzan, Uruapan y Zacapu, entre ellos.

Los indígenas de la región, con edad superior a los cinco años, superan la cifra de 120 mil que en gran mayoría son purépechas y hablan su lengua materna incluso antes de aprender el español. El área denominada Japóndarhu, o lugar del lago, es una de las que conforman el territorio p'urhé y en la cual se habla la lengua que lleva el mismo nombre.

Los antiguos pobladores mesoamericanos que habitaban lo que actualmente son los estados de Guanajuato, Querétaro, Guerrero, Colima y Jalisco, tenían como medio de comunicación la lengua *p'urhé* (que significa persona y en plural *p'urhépecha*, personas).

Más de un millón y medio de hablantes purépechas se registraron en el siglo XVI, cuando la invasión española pisó tierra mexicana, pero a pesar de su ubicación y utilización en un amplio territorio nacional, su parecido con otra lengua hablada en

el país es por completo inexistente. Claudine Chamoreau, investigadora francesa que ha dedicado 14 años al estudio de la lengua purépecha, señaló al respecto:

“Se trata (...) de lo que los especialistas llaman una ‘lengua aislada’, es decir: una lengua de la que, por lo menos hasta ahora, no se han podido establecer ‘relaciones genéticas ni lingüísticas con ninguna otra del mundo’ (...) Los trabajos históricos y arqueológicos aún no permiten asegurar ninguna relación”.⁵³

También denominada tarasco, *porhé*, *purépecha* y *purembe*, era hablada por 121,409 personas ubicadas en 22 municipios michoacanos, según cifras del INEGI en el año 2000, de las cuales el 12.9% (15,662) era monolingüe. Quienes se comunican a través de ella son capaces de reconocer a otros cuyo origen sea de distinta región y a pesar de que cuenta con variantes según la zona de la que se trate, se consideran todas parte del mismo idioma.

Según datos del mismo año, sólo siete habitantes de un total de 2,074 hablan únicamente su lengua indígena en la isla de Janitzio, es decir, menos del 1%, mientras que el 77% mayores de cinco años conocen y utilizan el purépecha y el español para comunicarse. Sin embargo, el territorio donde se utiliza el tarasco se ha reducido y con ello el número de hablantes. La salida ante el posible problema de su desaparición va de la mano con su transmisión a las nuevas generaciones donde los niños son sus principales promotores, esto apoyado por la escuela.

“Hay otros pueblos, Parácuaro es uno de ellos, donde los niños ya casi no la hablan, sólo las personas de 30 ó 40 años. Si los niños no la conocen, dentro de dos o tres generaciones ahí ya no se hablará o se hablará menos. Entonces sí hay cierto riesgo, no en toda la zona pero sí en algunos lugares”.⁵⁴

Ante la preocupación por rescatar la lengua p’urhé, desde 1980 comenzó un movimiento apoyado por la Academia de la Lengua Purépecha (P’urhé Uandakueri

⁵³ <http://www.jornada.unam.mx/2004/05/13/03an1cul.php?origen=cultura.php&fly=2>

⁵⁴ <http://www.jornada.unam.mx/2004/05/13/03an1cul.php?origen=cultura.php&fly=2>

Juramukua) para fortalecer y difundir su uso. También el Centro de Investigaciones de la Cultura p'urépecha se sumó a esta causa.

“El purépecha es actualmente una lengua literaria debido a la gran difusión que han tenido los Concursos Regionales de Cuento en Lenguas Indígenas coordinados por la Dirección General de Culturas Populares e Indígenas y los estados de Hidalgo, Querétaro, Michoacán y México (...)”.⁵⁵

3.5. Creencias, dioses y más allá.

Fue durante el atardecer del 21 de julio de 1656 que ocurrió el evento nunca antes visto. Las campanas del Templo de San Francisco en la comunidad de Pátzcuaro repicaron una y otra vez mientras decenas de personas acudían al llamado. Entonces la sorpresa en sus rostros se reflejó al observar lo que en el altar sucedía: la imagen del Cristo elaborada en caña de maíz por manos indígenas de los lugareños del siglo XVI se movía en su cruz.

Lo mismo sacerdotes del convento que gente nativa presenciaron el acto que, según se relata en la parte exterior del lugar, propició milagros en aquel año y del que además el arzobispado guarda documentación por orden del entonces obispo michoacano. En la actualidad, las actividades religiosas en la iglesia suceden todos los días de la semana por lo que la fe se vive cotidianamente.

El caso anterior demuestra que las imágenes para la gente michoacana, en especial de la región que aquí es tema de estudio, dejan de ser únicamente objetos de fe para convertirse en algo más cercano a la realidad. “A menudo (...) parecen comportarse como una persona. En diferentes relatos se dice que se mueven, lloran o

⁵⁵ http://www.es.wikipedia.org/wiki/Idioma_pur%C3%A9pecha

hablan. Si el santo abandona la iglesia para deambular, los indicios de su viaje se ven en la imagen. La gente también trata a la imagen como a una persona”.⁵⁶

Aquí, la vida religiosa de la gente no sólo gira en torno a su devoción hacia aquellos personajes en los cuales deposita su fe, sino que se extiende a los lugares en los que se establecen dichos santos: las capillas o iglesias, que significan el cielo, morada donde habita Dios y espacio al que las almas de los muertos arriban después de su paso por la vida terrenal.

Sin embargo, y a pesar de que la Iglesia católica -poseedora de elementos como la misa y un sacerdote- es aceptada por las personas de la zona, los aspectos basados en creencias locales campesinas son particularmente representativos de una o varias poblaciones. A lo anterior se le denomina “catolicismo popular”, término bajo el cual se puede explicar gran parte de la religión tarasca practicada.

Así, el dios cristiano tiene cabida en el catolicismo popular purépecha (llamado en tarasco *Kuerájpiri*, creador), sin embargo, son los santos y santas quienes poseen mayor aceptación entre las personas. *Tata dios*, en tarasco creador o padre, habita entre los lugareños. Al igual que él, las *nana yurhis* (denominación con la que se identifica a una virgen o cualquier santa) tienen especial lugar en la fe de los pobladores michoacanos.

Ellos interceden por las personas para situaciones específicas. Así, la Virgen de la Salud de Pátzcuaro ayudará a quienes soliciten su ayuda en relación con alguna enfermedad, aunque a los santos más populares (Cristo o la Virgen de Guadalupe) se recurre para asuntos en general.

Algunos de los participantes en ceremonias religiosas hacen una manda (petición a un santo a cambio de algún tipo de pago por la ayuda recibida) y precisamente en dichos eventos queda saldado el favor religioso otorgado mediante el patrocinio de una fiesta o bien participando en ella como danzante. También en

⁵⁶ Carrasco, Pedro, El catolicismo popular de los tarascos, SEP Setentas, México, 1976, p. 61.

estos momentos es cuando se observan peregrinaciones que tienen como destino el templo del santo venerado.

Pero no es posible referirse a la religión tarasca sin hacer mención de su principal promotor: don Vasco de Quiroga. Fue él quien tuvo el cargo de primer Obispo de Michoacán y sus actos relacionados con los indígenas de la región fueron fundamentales para cimentar las bases de lo que actualmente se practica.

La fecha, nueve de enero de 1531, marcó el momento en que la historia de Michoacán cambiaría para siempre. Don Vasco de Quiroga pisó tierra purépecha y traía consigo la tarea de dar un total giro al mal trato del que eran víctimas los nativos en manos de los colonizadores.

Su formación humanística permitió practicar en la zona un sistema socio-económico que proponía el desarrollo material, social y espiritual de los indígenas ahí establecidos. La impresión que reflejaba el personaje entre la gente fue grata por la conducta que mostraba ante toda ella.

Su principal obra, el denominado hospital-pueblo, consistía en la construcción de una casa que albergaba a los enfermos, además de fungir como escuela y taller de artes y oficios. A cada miembro de dicha organización se le proporcionaba una parcela para su uso personal pero además debía trabajar en la tierra comunal para repartir sus ganancias entre los comuneros o bien para proporcionarlas a los más necesitados.

Una de las actividades fundamentales del hospital era el culto que en ese lugar se rendía a la Virgen (de ahí el nombre tarasco para hospital, *yurhisó*, “capilla de la Virgen”), además de dar albergue a viajeros y, aún más importante, organizar el funeral de los muertos y ofrecer misas para pedir por sus almas.

Los funcionarios del hospital, seleccionados cada año, eran principalmente el *prioste* y el mayordomo o *kénhi*. El primero de ellos, máxima autoridad, era el

encargado de organizar las fiestas en honor a la Virgen y ofrecía oraciones en las misas por los difuntos; el segundo compartía los gastos y mantenía en orden los aspectos materiales del evento.

El cuidado de la santa venerada estaba en manos de funcionarias. Se trataba de mujeres jóvenes o mayores llamadas *roseras* de quienes dependía la buena imagen del altar así como de cargarla durante las procesiones y ofrendarle flores, velas e incienso.

Y aunque los detalles de las celebraciones podían variar de una población a otra, los elementos básicos de su estructura eran comunes como la participación de los denominados patrocinadores, capitanes o fiesteros (característicos de todas las regiones purépechas), quienes intervenían en la organización de las fiestas y participaban en ellas con sus bailes.

El financiamiento de las festividades, obtenido básicamente de la propiedad comunal del hospital, las contribuciones personales y limosnas de los pobladores, en ocasiones iba de la mano de las propiedades que se tenían en gran número y podían llegar a ser suficientes hasta para cubrir los gastos del culto y el pago de sus funcionarios, así como el de las misas en honor a los muertos y el cuidado de los enfermos.

Sin embargo, cuando no todo era fiesta porque el gasto destinado a ellas rebasaba los límites, la inevitable consecuencia llegó a ser la suspensión de las mismas. La pobreza de la gente contrastaba con los banquetes y por el derroche de dinero que en ocasiones se ejercía para dar cabida a los festejos, en más de una población las celebraciones pasaron a segundo término para dar prioridad a las necesidades sociales. Cuando lo anterior sucedía, el financiamiento corría a cargo de las contribuciones individuales o por la gente del pueblo que hacía algunas aportaciones.

No obstante lo anterior, cuatro siglos después la herencia de Vasco de Quiroga se ve reflejada en territorio michoacano. Con su muerte, el 14 de marzo de 1565, una página en la historia del estado se cierra para dar paso a una nueva, que perdura hasta la actualidad. Las prácticas religiosas, mermadas en ocasiones por conflictos sociales, han sobrevivido y aunque el hospital-pueblo ya no existe más, los conceptos generales en torno a las creencias de la gente perduran.

Las ideas del bien y el mal subsisten como la base de la religión tarasca, así como sus personajes representativos, Dios y Diablo, también sus moradas que son finalmente el último lugar de acceso de las personas después de morir según haya sido su comportamiento en vida: el cielo para los buenos y el infierno para los pecadores que ahí obtendrán su castigo.

“Los tarascos creen firmemente en la supervivencia del hombre después de la muerte. La base de esta creencia radica en la división del hombre en cuerpo y alma. Para el tarasco, el alma reside en el corazón, la palabra corazón (*minzíta*), también significa alma; mientras que (*ánima*), designa al alma después de la muerte y *uarhíri* (pl. *uarhícha*) quiere decir muerto, tanto el cadáver como el *ánima*”.⁵⁷

El caso de los niños es especial: ellos tienen asegurado el cielo y van a él directamente convertidos en angelitos ya que su edad no les permitió incurrir en pecado alguno. A diferencia de los infantes, los muertos adultos llegan ante Dios quien los somete a un juicio para valorar su destino final.

Y de la misma forma en que las creencias religiosas forman parte de las personas purépechas, las anécdotas en torno a ellas son también características en sus relatos: aquel informante que asegura haber visto en el infierno a gente que todavía vivía en el pueblo o un hombre ahogado en el lago que ahí se encontraba también; una señora que regresó al mundo desde su lecho de muerte para ayudar a reconciliar a su hijo con su esposa; el bandido que tras fallecer llama a la gente para indicarle donde había enterrado el dinero y con él ofrecerle algunas misas por su

⁵⁷ Carrasco, Pedro, *op. cit.*, p. 107.

alma; el muerto que regresa para devolver una propiedad robada; y la sirvienta que en vida hurtó a su patrón y retornó al mundo obligada a trabajarle hasta pagarle todo, aunque en este caso el patrón, enterado de lo que en verdad sucedía, le dio el perdón para saldar así su deuda y poder ir al cielo.

Asimismo, los milagros o apariciones generalmente inundan los relatos, incluso dan cuenta del origen de la devoción por algún santo o santa. Cristo o la Virgen de Guadalupe mostrados en un trozo de madera o hasta en una piedra suelen atraer a los creyentes quienes llevan la imagen a la iglesia para ser debidamente elaboradas y entonces ser objeto de devoción.

El culto entre los purépechas es pues un reflejo de lo que dicta la religión cristiana, que en gran medida y gracias a Vasco de Quiroga se ha extendido a través del tiempo hasta perdurar en la actualidad. La idea de un dios principal (sinónimo del bien) y una figura relacionada con el mal, el diablo, recuerdan a diario que el comportamiento en vida llevará a la persona creyente a visitar cualquiera de las dos moradas finales: el cielo o el infierno.

Así es posible ubicar a la religión purépecha, mezcla de creencias localizadas en el interior de cada pueblo con sus detalles y anécdotas propias que les hacen vivir su fe, y el sustento católico que complementa su culto entre los vivos y ¿por qué no? también para con los muertos.

Capítulo 4. El Día de Muertos en Janitzio

4.1. El nacimiento de la tradición purépecha.

Corría el siglo XVI. Eran tiempos de la conquista en México y en el actual territorio de Pátzcuaro el rey Tangaxhuán II debía decidir entre enfrentarse con su ejército a los españoles o huir lejos de una batalla que inevitablemente llegaría.

Para evitar su caída, en el palacio de Tzintzuntzan llenó sacos con parte de un tesoro y los colocó en cuatro embarcaciones. Oro, plata y piedras preciosas acompañaron al rey, la reina y la princesa Mintzita en su escape hacia el sur mientras el pueblo observaba con miedo cómo éstos abandonaban su tierra.

En medio de la oscuridad de la noche y a través del lago, las canoas detuvieron su viaje frente a la isla de Janitzio ante el llamado de su gobernante que salió a su encuentro y tras dar muerte a los remeros, el monarca, el gobernante y las dos mujeres abordaron otra lancha luego de hacer hundir en el lago los tesoros que llevaban consigo.

Pero con la invasión extranjera había llegado también la persecución. El español Nuño de Guzmán, presa de su ambición, capturó y torturó a Tangaxhuán para hacerle confesar el lugar donde escondía sus riquezas. Con el fin de salvarle la vida de aquel tormento, la familia real decidió recuperar el tesoro para entregarlo, por lo que Mintzita rogó a su marido, Itzihuappa, le preguntara al gobernante de Janitzio el lugar donde las canoas habían sido hundidas.

El llamado “hijo del agua”, valiente guerrero del ejército purépecha y experto buceador, supo por palabras de su padre el sitio exacto en el que yacían las riquezas pero éste nunca le mencionó de los remeros muertos. De inmediato navegó a través del lago hacia el punto indicado y al llegar a él se sumergió en sus profundidades.

El brillo del oro y los destellos que despedían los diamantes captaron su atención. Había encontrado el tesoro que salvaría la vida de Tangaxhuán II. Sin embargo, algo le impedía llegar adonde se hallaban las riquezas. De repente su

rostro se llenó de terror y su cuerpo tembló ante lo que sus ojos veían: veinte cadáveres pálidos y descarnados que cuidaban los valiosos objetos. Eran los guardianes infernales encargados de resguardarlos.

La impresión de aquella imagen bajo el agua hizo que Itzihuappa perdiera el conocimiento lo que le provocó un desmayo y por ello jamás pudo regresar a la superficie. Se convirtió entonces en el guardián número veintiuno de aquel tesoro escondido por los purépechas y tan anhelado por los españoles.

Relata la leyenda que la princesa Mintzita murió en espera de ver nuevamente a su amado y es durante la Noche de Muertos que ambos regresan, ella en la orilla del lago con la esperanza de encontrarlo y él surge entre las sombras del agua.

“De esta forma, los dos príncipes, Mintzita e Itzihuappa, se susurran palabras de amor mientras se miran a la luz de las llamas inciertas de los cirios, ocultos de las miradas indiscretas mientras las estrellas fulguran y el lago gime como un alma en pena”.⁵⁸ Sus sombras aparecen para recibir las ofrendas de los vivos en “el lugar que se tiñe de negro”, gobernado por Curicaueri, dios azul de las aguas o guardián del paraíso; el paso hacia el reino de los muertos a través del lago y la ciudad, según consideraban sus habitantes.

La cultura tarasca ha visto desde tiempos prehispánicos en Pátzcuaro uno de sus puntos centrales, por lo que sus prácticas religiosas no dejan de tener relevancia en la zona y más allá de sus límites. La idea del lago como entrada al mundo de la muerte así como el significado de su nombre asociado al color negro forman parte del ambiente fúnebre que envuelve a la localidad durante esta fecha.

Para sus antiguos pobladores, el universo se dividía en tres planos: el cielo o Auándaro, la tierra o Echerrendo y la región inferior o Cumiechúcuaro. Sus dioses, Uitzume, Señor del Paraíso y Ucomo, gobernante del lugar de los muertos, se unen a

⁵⁸ Pátzcuaro: sus leyendas y su Noche de Muertos, p. 64.

la lista de animales que viven bajo la tierra considerados representantes de la muerte por devorar las raíces de las plantas y provocar su muerte.

El inframundo (o infierno como lo tradujeron los conquistadores españoles) se trataba del paraíso para los tarascos. Cubierto por el color negro, no se trataba de un lugar de castigo sino de deleites. De ahí el nombre de Pátzcuaro que lleva en su significado a la muerte misma y se acompaña del lago como entrada a ese mundo.

A propósito del tema, un documento histórico, la Relación de Michoacán, describe el origen y las tradiciones de los purépechas. Entre sus páginas se refleja el ritual mortuorio en honor a su gobernante principal:

“Los caciques del reino ataviaban al *cazonci* (monarca michoacano) con mantas, rico plumaje y joyas; su cuerpo lo hacían acompañar de sus armas de guerra pero, además, se sacrificaban a varios de sus servidores quienes llevaban consigo sus instrumentos de trabajo, según el oficio con que habían servido al monarca, para seguirle sirviendo en el ‘más allá’. A la medianoche partía la procesión con el cuerpo del *cazonci* hasta el ‘patio de los cués grandes’, donde iba a ser incinerado. Ya por la mañana se juntaban sus cenizas y las ponían en una manta a la que colocaban una máscara de turquesa, orejeras y brazaletes de oro, collares de turquesa y concha, rico plumaje en la cabeza, rodela de plata a la espalda: su arco y flechas y lo sepultaban al pie del templo del dios Curicaueri, en un sepulcro previamente arreglado y provisto de vino y comida, flechas, jarros, ollas, etc. La tinaja donde depositaban las cenizas del *cazonci* era colocada encima de una cama de madera que miraba al oriente; durante cinco días guardaban luto”.⁵⁹

Al igual que el gobernante, las demás personas de la comunidad tenían un rito similar al momento de morir, sin embargo, este acto iba de acuerdo con su posición social que incluso en estos momentos se reflejaba. Al respecto, la maestra y antropóloga Amalia Ramírez señala:

⁵⁹ Noche de Muertos... nuestra más viva tradición, folleto de la Secretaría de Turismo, Michoacán, 2005, p. 7.

“Entonces se le enterraba al sujeto en cuestión principalmente con alimentos y con objetos que le pudieran servir para esa otra vida en el inframundo (...) Prácticamente los encontraremos con platos, vasijas donde hubo alimentos que se le dejaban al muerto porque pasaría hambre (...) pero también con otros objetos que iba a tener que utilizar en ese otro lugar porque, para bien o para mal, esta tradición mesoamericana asumía que se tendría que tener más o menos el mismo tipo de vida que el que se tuvo en este espacio terrenal. Si eras campesino, te vas a tener que llevar tu coa porque te va a tocar ser campesino también allá en el inframundo. Si eres rey o gobernante, todos aquellos símbolos para que te sepan reconocer los otros muertos en aquel espacio”.⁶⁰

Con la conquista española, momento histórico fundamental para comprender la actual tradición del Día de Muertos, llegó la nueva mentalidad espiritual y concepción de la muerte a territorio michoacano, principalmente de la mano de Vasco de Quiroga a partir de 1533.

Para los pobladores de la localidad significó un cambio y adaptación a ideas traídas de muy lejos, provenientes de personas casi desconocidas, tanto, que llamaban a los españoles *teparachas*, que son dioses y grandes hombres. Y es que ellos no comían sus alimentos, tampoco se emborrachaban como lo hacía la gente de la región, incluso decían que venían del cielo, que eran inmortales y con el correr del tiempo los llamaron cristianos.

Todo de ellos les sorprendía: su aspecto, su vestimenta y el carácter religioso que reflejaban al no querer oro ni plata como los ejércitos conquistadores. Esa misma sorpresa les hacía desconfiar de ellos.

A los frailes los creían hechiceros cuando daban misa y en las confesiones no decían la verdad por miedo a que los mataran y lo que les predicaban les espantaba

⁶⁰ Hernández, Amalia, La celebración de la muerte entre los purépechas, conferencia.

al oírlo. Tampoco querían aceptar el bautismo porque pensaban que el agua derramada sobre las cabezas de los niños los podía hacer morir.

Y a pesar de que se buscó terminar con cualquier indicio de las prácticas y creencias prehispánicas de la región, incluidas aquellas relacionadas con el tema de la muerte, el culto a los difuntos, más que acabar por completo, se adaptó a las creencias existentes.

Ofrecer alimentos y la esperanza de una mejor vida después de morir fueron algunos elementos coincidentes entre ambas religiones, mismas que se vieron reforzadas con ideas del cielo y el infierno, de los altares en los hogares, las misas, oraciones y la visita a los cementerios.

4.2. La ofrenda: un banquete para los muertos.

Cuando se trata de recordar a los familiares fallecidos, la memoria no sólo se traduce en rezos para pedir por su eterno descanso. Honrar a los deudos ha sido labor histórica desde el inicio de la humanidad misma y si bien es común a todas las culturas, el caso específico de México señala que la ofrenda es un elemento característico para la fecha del Día de Muertos.

Fue durante los años 900 a 300 a. C., periodo prehispánico en territorio nacional, que existió evidencia acerca de la forma de ofrendar a los difuntos. Aquellos primeros vestigios incluían comida y bebidas y tiempo después, las imágenes de los muertos formaron parte de ese recordatorio materializado.

“En el mes Tóxcatl (mayo-junio) se hacían también fiestas para los difuntos: gallinas y mantas se ofrecían ante las imágenes de los padres y otros difuntos que sahumaban con incienso. Asimismo, se preparaba una ofrenda de flores y comida en los adoratorios durante los meses Huey Tozotli (abril-mayo) y Atemoztli

(diciembre-enero). Durante la veintena Izcalli (actual mes de febrero), se efectuaban ceremonias que consistían en comer tamales que eran ofrecidos sobre las tumbas de los muertos”.⁶¹

Sin embargo, no sólo la raíz indígena se manifiesta en las actuales ofrendas para los muertos. También las tradiciones provenientes de España con la conquista influyeron para que, mezcladas con las ideas de los antiguos mexicanos, se diera un sincretismo que predomina hasta la actualidad.

“La ofrenda del Día de Muertos es esa mezcla cultural donde los europeos pusieron algunas flores, ceras, velas y veladoras; los indígenas le agregaron el sahumerio con su copal y la comida y, claro, la flor de cempasúchil. La ofrenda, tal y como nos ha llegado, es también un sincretismo del viejo y el nuevo mundo”.⁶²

Hablar pues de ofrendas va más allá de los objetos que la conforman y hasta el valor estético que pueden tener gracias a su colorido y elaboración. Se trata de todo un significado que poseen tras de sí y que, si bien es compartido a lo largo y ancho del país, cada región ofrece en ellas ciertas particularidades.

Algunos las colocan como agradecimiento a sus ánimas por las cosechas, otros más creen que es una forma de convivir con sus deudos en su breve estancia por la Tierra y darles un feliz regreso al más allá. También hay quienes temen recibir algún mal de su parte y entonces les dedican una ofrenda para ganen su simpatía y calmar su enojo, o bien aquellos que, mediante el altar mortuorio, piden al fallecido alejar de la familia la enfermedad que le arrancó la vida.

El tiempo puede perderse en ellas aunque cada año están presentes en algunas plazas, en los hogares y en el cementerio de la comunidad. “Desde siempre la hemos puesto”, comenta una señora nativa de nombre Angélica que, en un rincón de su casa que funciona también como restaurante, prepara con esmero un altar con un

⁶¹ Zarauz López, Héctor L., *op. cit.*, p. 178.

⁶² Argueta, Germán, *Crónicas y leyendas*, Colectivo Memoria y Vida Cotidiana, México, 5ª edición, 2002, pp. 19-20.

mantel que cubre una mesa, papeles de colores y el retrato de su ser querido que ha dejado esta vida.

Al igual que ella, otras familias también disponen la ofrenda para que los visitantes del más allá pasen la noche en compañía de quienes aún los recuerdan. Para ellos, los altares estarán listos y conformados por diversos objetos.

Las **velas y veladoras** se encargarán de iluminar el camino de los difuntos. Significan fe y esperanza; la luz que guiará a las ánimas hasta sus hogares y, posteriormente, de regreso al más allá.

Característico también en los altares es el olor que desprende el **copal o incienso** depositados en recipientes de barro llamados sahumadores exclusivos para esta fecha. De origen prehispánico, el primero de ellos formaba parte de la ofrenda dedicada a los antiguos dioses indígenas mientras que el incienso llegó con los españoles. En ambos casos, se utiliza para purificar el lugar y ahuyentar a los malos espíritus para que el difunto arribe a su hogar sin peligro alguno.

Imprescindibles resultan en este caso las **flores**, sinónimo de fiesta plasmada en sus colores. Ceremonias, bailes, sacrificios y ritos funerarios eran acompañados por estas plantas que poseían gran importancia para los antiguos mexicanos, tanto, que dioses como Macuilxóchitl (Cinco Flor) o la zona de Xochitécatl (actual estado de Morelos) llevaban en su significado este elemento.

En particular el cempasúchil (del náhuatl *veinte hojas*) o flor de muerto es la más representativa de esta fecha. Su antigua relación con el ritual mortuario proviene de la cosmogonía náhuatl en la que en el Mictlán, gobernado por Mictlantecuhtli, dios de los muertos, se observaban dos tzompanxóchitl o flores amarillas de las tumbas.

“Con los pétalos del cempasúchil esparcidos por el suelo, del altar a la puerta del hogar se formaba (y forma todavía) un camino, que tal vez por su color

encendido como el sol, sirviera para iluminar y orientar el alma del muerto y evitar así que se extraviara”.⁶³

Pero se considera también que las almas de los muertos traen consigo sed y cansancio tras su largo recorrido hasta llegar nuevamente, aunque sea por sólo una noche, al mundo terrenal para visitar a los suyos y convivir con ellos. Por eso se les proporciona **agua**, fuente de vida y mitigadora de sed, así como un **petate** que hace las veces de cama, mesa o mortaja, mismo que procurará el descanso a los muertos y sirve de mantel cuando la ofrenda es colocada sobre el suelo.

La **comida** es además uno de los elementos más comunes en toda ofrenda. Su asociación con el ritual mortuario tiene raíces prehispánicas, donde los aztecas, por ejemplo, ofrecían guajolote a sus dioses ya que consideraban su carne como la mejor de todas las aves.

En muchas de ellas no puede faltar el mole (palabra que se deriva de la lengua náhuatl *milli*, que significa salsa), mezcla de elementos mexicanos (chile, jitomate, tortilla, calabaza y cacahuete) y otros más traídos por los españoles: canela, anís, almendras y ajonjolí, entre otros.

“Para el Día de Muertos, en Michoacán se elaboran huchepos, tamales dulces por ser de elote tierno que pueden prepararse con leche o con agua, y que resultan particularmente deliciosos cuando se condimentan con canela y mantequilla, con una salsa de chile pasilla, o bien con rajas de chile poblano a un lado”.⁶⁴

Y es que la gastronomía campesina se hace presente en el altar en forma de frutas o bien en aquello que las cosechas dejaron no sólo para disfrute de la gente sino también para los difuntos. A ellos se les ofrece fruta y pan, que simboliza “el cuerpo de Cristo” según la Iglesia católica y puede tener un sinnúmero de formas y sabores. En Pátzcuaro y Janitzio existen panes en forma de pequeñas figuras

⁶³ Zaráuz López, Héctor L., *op. cit.*, p. 196.

⁶⁴ Zaráuz López, Héctor L., *op. cit.*, p. 185.

humanas bañadas con una capa de azúcar rosada, además de los más comunes que son redondos y cubiertos con pequeños “huesos”.

El **licor** también es parte del banquete aunque es únicamente para los adultos. Sinónimo de momentos agradables en vida, este tipo de bebida se ofrece a los muertos en su visita para hacerles recordar la alegría que tuvieron en determinados instantes por su paso en el mundo terrenal. Tequila o bien charanda michoacana son las bebidas más características en las ofrendas en esta región michoacana.

Y no pueda faltar la manera más explícita de recordar al deudo que con su **retrato**. La imagen evoca su presencia y le hace saber que la mesa dispuesta ante él es para su deleite. Pero antes de llegar a la ofrenda debe expiar aquellas culpas que en vida pudo haber dejado, entonces su alma se detiene un momento ante una **cruz de ceniza** colocada frente al altar y con la cual quedará libre de todo pendiente que le aqueje y así poder disfrutar lo que su familia le ofrece.

Al respecto del tema, de los elementos y significados que poseen las ofrendas purépechas, la maestra y antropóloga Amalia Ramírez comenta:

“Se les pone ropa, comida, flores, pero se les pone objetos también que, en por lo menos en algunas partes de la tradición purépecha en la región del lago, utilizarán tal vez o que no les deben de faltar; su sombrero si es campesino para que no tenga que pasar muchas inclemencias con el tiempo, su gabán por sí hace frío, sus huaraches para que camine. Igual a las señoras”.⁶⁵

En la zona lacustre también era común ver en las ofrendas el pato silvestre cocinado y preparado con chile rojo, mismo que se obtenía de la cacería que formó parte en algún tiempo de los actos característicos del Día de Muertos en la región, sin embargo, por cuestiones ecológicas y por la misma cacería que lo ha puesto en

⁶⁵ Ramírez, Amalia, La celebración de la muerte entre los purépechas, conferencia.

riesgo de desaparecer, este platillo ha tenido que ser sustituido irremediablemente por pollo u otro tipo de carne.

Y finalmente se suma un artículo con tintes artesanales: el **papel picado**, que invita a la fiesta por su colorido y múltiples figuras y cuya aparición en China en el año 105 ha sido herencia y argumento para decorar a la “muerte mexicana” (aunque la ofrenda de papel durante la época precolombina en territorio nacional se utilizaba probablemente con papel amate para formar figuras).

Por todo lo anterior, “la ofrenda es, en sí, un tipo de escenografía donde participan nuestros muertos. Actores etéreos que llegan a beber, comer, descansar y convivir con sus deudos.

Al final de su día son como son: la exhalación de un efímero viaje. El próximo año el altar, con toda su escenografía, los espera. Nuestros muertos gozan de cabal salud. ¡Salud por el rito!”⁶⁶

4.3. Elementos del ritual lacustre.

4.3.1. La cacería del pato.

Cuando el calendario señala que el último día de octubre ha llegado, la más antigua tradición lacustre resurge. Su origen se remonta a épocas prehispánicas y hasta hace unas cuantas décadas esta práctica, que llegaba a ser incluso un espectáculo, se efectuaba por gente ribereña de distintos poblados.

Actualmente, y principalmente por razones ecológicas, ha ido desapareciendo aunque en poblados como Janitzio aún se observa pero agoniza.

⁶⁶ Argueta, Germán, *op. cit.*, p. 23.

“Hace 30 ó 40 años todavía emigraba mucho pato canadiense aquí a la región lacustre, entonces se acostumbraba que el día primero en la mañana salieran de casa a la caza del pato”.⁶⁷

En medio de la bruma del amanecer y con las llamas de las antorchas que alumbraban el camino, los cazadores se abrían paso lentamente a través de la quietud del lago navegando sobre sus canoas con lanza y redes en mano y la atención puesta en el aire para ubicar y capturar a sus presas.

Comenzaba entonces el *Kuirisi-atakua* o cacería del pato. Las pequeñas embarcaciones salían de distintos puntos y se reunían en el lago para llevar al cabo esta actividad que mezclaba lo ceremonial con lo deportivo.

Los arpones o lanzas, y en ocasiones armas de fuego, eran utilizados para dar muerte a las aves. Los más expertos las cazaban a pleno vuelo mientras otros más las buscaban directamente en sus lugares de refugio.

Con este acto se pretendía obtener la carne de los patos para ofrecerla como platillo a los difuntos en las ofrendas. Pero además de servir como elemento para los altares, el *Kuirisi-atakua* tenía detrás de sí un significado social en el momento en que distintas comunidades acordaban una hora para comenzar a practicarla y cuando acababa, no importaba la recompensa personal en número de aves obtenidas. Al final se hacía repartición para que todos los participantes tuvieran en sus hogares carne fresca que ofrecer a sus muertos.

“Esta era una ofrenda fundamental, lamentablemente, pues ya casi no llega pato por razones de muchos tipos y se ha tenido que ir sustituyendo con pollo o con lo que haya. Pero sí era una de las ofrendas más características el caldo de pato en chile colorado”.⁶⁸

⁶⁷ Entrevista realizada a Sergio Luna, delegado regional de la Secretaría de Turismo del estado de Michoacán en la región lacustre de Pátzcuaro, 31 de octubre de 2003.

⁶⁸ Ramírez, Amalia, La celebración de la muerte entre los purépechas, conferencia.

4.3.2. El muerto del año.

Cuando el mes de noviembre llega a Pátzcuaro y a sus poblaciones lacustres, la gente prepara todo aquello que la fecha indica para recordar a sus muertos. Ofrendas, velaciones y rezos forman parte de ese ritual que año con año se realiza en los hogares y en los cementerios.

Pero cuando en una lápida del campo santo aparece grabado un nombre que hace menos de 12 meses no se veía, entonces aquella persona sepultada recibe un trato especial. La gente que la conoció en vida asiste a su hogar y convive con su familia como manifestación de solidaridad ante su partida.

Se trata del “muerto del año”, celebración purépecha cuyo significado señala que, durante el año en curso, se tuvo la pérdida de algún miembro de la familia y la manera de recordarlo se torna distinta a la de los demás muertos en esta fecha.

“Esta fiesta se llama KETSITAKUA, que en purépecha significa ‘poner algo en la mesa’, ‘ofrendar’ y en este caso se refiere a la comida que se va a servir a los comensales invitados, después de rezar.

En cada casa donde hay un ‘muerto nuevo’ se pone una ofrenda-kétsitakua en la mesa del altar de la troje de madera o en la habitación principal de la casa”.⁶⁹

Pero un detalle particular hace distinta a dicha ofrenda: debe ser colocada antes del Día de Muertos, ya que al difunto se le reza un novenario y éste debe concluir cuando el calendario marque el dos de noviembre, día en que se traslada al cementerio donde también se escucha misa.

“Y según las comunidades esto se puede repetir un par de años, cuatro años o hasta siete años. Normalmente después de que pasan siete años ya

⁶⁹ “Difunto nuevo, muerto del año”, en periódico La Voz de Michoacán, 31 de octubre de 2005, p. 10, Suplemento especial Día de Muertos.

no se hace ni altar ni se adorna la tumba con ofrenda ni con nada. Pero en el caso de Tzintzuntzan y de Janitzio, que son los lugares que visita mucho el turismo, si bien aunque hayan pasado ya todos los años que tenga la tumba se pone altar pero ya de una manera decorativa, es decir, para que no haya una sola tumba que no esté decorada para esta fecha; esto tiene un fin estético impresionante. Y en segundo lugar porque reafirma los lazos de cohesión de la propia comunidad”.⁷⁰

Desde la última noche de octubre las veladoras iluminan el camino de las almas que llegarán a compartir con sus familiares el maíz recién cosechado, pan de trigo, chayote cocido, fruta de la temporada como guayabas y plátanos, chilacayote en dulce y k’urhundzas (especie de tamal salado o natural). Todo ello servido sobre un mantel colorido, señal de fiesta.

El primer día de noviembre, cada asistente a la casa del muerto del año lleva su ofrenda de frutas y veladoras para compartir con su familia y a cambio los anfitriones de la casa les dan, en un gesto de amabilidad, hojas de mazorca, atole, tamales, pan y mole rojo como un agradecimiento por su visita.

4.3.3. La velación de los angelitos.

La cita siempre es puntual. El reloj marca las cinco de la mañana y cuando los primeros rayos del sol se asoman entonces la espera termina. El tiempo hace un espacio para recibir a aquellas almas de quienes no conocieron la edad adulta, los llamados “angelitos”. Sus familiares más cercanos participan en este acto que señala el inicio de la llegada de los muertos.

⁷⁰ Ramírez, Amalia, La celebración de la muerte entre los purépechas, conferencia.

La historia refiere que en el año 835 se instauró la fecha católica dedicada a Todos los Santos, personajes que en número se contaban por centenas y que murieron en aras de glorificar la religión que profesaban. Para todos ellos se destinó el uno de noviembre y, en analogía con los niños, dejaron el mundo terrenal sin cometer pecado alguno.

“En Michoacán, entre los purépechas, angelito es todo aquel que muere antes de haberse casado (...) que aún no adquiere responsabilidades de adulto. Eso sí, en el México prehispánico, presente en muchas etnias todavía en México, si no se ha sido casado no se es responsable. No puede tener un ecuaro, es decir, no puede tener una milpa o un lugar para trabajar, la comunidad no le dota a alguien soltero de tierras para labrar, no le dota de terreno para hacer su casa, no le dota de cargos religiosos porque no ha demostrado que es responsable”.⁷¹

Se trata de recordar la presencia espiritual de los niños, adolescentes e incluso adultos que murieron “puros” en la llamada *Jetzikua Zapicheri* o “velación de angelitos”. A ellos se les dedica una ofrenda cuya elaboración es anunciada con cohetes. Si se trata de la primera que se les ofrece, el padrino de bautizo es quien se encarga de arreglar un arco conformado por flores de cempasúchil o tiringuinitziqui (flor amarilla), orquídeas propias de la fecha y diversos elementos como figuras de azúcar en forma de ángeles y animalitos, juguetes de madera y ropa que representan los regalos que los niños no recibieron en vida de manos de sus padrinos.

Cuando termina su elaboración, la lleva entonces a la casa de su ahijado. En su camino, los rezos y cantos se hacen presentes, mientras los padres del fallecido disponen el espacio donde el altar tendrá lugar así como platillos tradicionales para compartir con los invitados: pozole, tamales y atole. Entonces los recuerdos se convierten en plática en la casa del niño. Mientras la ofrenda se va colocando, se cuentan anécdotas vividas con el deudo.

⁷¹ Ramírez, Amalia, La celebración de la muerte entre los purépechas, conferencia.

Transcurre así la mañana del día primero de noviembre y los familiares del pequeño, padres, hermanos y padrinos, se dirigen al cementerio para llevarle la ofrenda. Poco a poco el campo santo se tiñe de colores y objetos que serán del disfrute de los niños que no están más en este mundo.

Las tumbas olvidan su color grisáceo que generalmente reflejan durante el año, así como su apariencia de abandono para dar lugar a una velación donde el tono anaranjado predomina entre juguetes, comida, dulces y personas con recuerdos.

Así pasan cuatro horas en medio del fuego de las velas, los altares y las peticiones religiosas por el eterno descanso de las almas de los pequeños que se pronuncian en la misa oficiada por el sacerdote, hasta que a las nueve horas se da por terminada la primera velación del día para dar paso a los preparativos de recibimiento a los adultos que más tarde llegarán.

4.3.4. Reunión y ofrenda.

Robar en esta ocasión está permitido. Incluso las autoridades saben que sucederá y a pesar de ello dejan que ocurra, y más aún, lo apoyan. Se trata de un acto especial por la fecha que tiene lugar en manos de los jóvenes purépechas que habitan en las comunidades ribereñas del lago de Pátzcuaro.

Esta especie de rapiña organizada se efectúa a manera de juego durante la noche del uno de noviembre y ha formado parte de los festejos religiosos y populares del Día de Muertos para la población de la región.

El *teruscan* y *campaneri* (reunión y ofrenda) inicia meses antes de la llegada de los muertos aunque es hasta el primer día del onceavo mes que se lleva a la práctica. El 19 de marzo un prioste o guía es nombrado en la comunidad para coordinar el acto. En su compañía, los jóvenes participantes tendrán como objetivo

recolectar distintos elementos con el fin de compartirlos con los muertos y hasta con los vivos.

Llegado el momento, comienza entonces el “robo”. De los ecuaros (sembradíos) y de los techos de las casas son tomadas las mazorcas del maíz, chayotes, calabazas, flores y demás productos que las más recientes cosechas dieron a la gente. Unas horas más tarde, lo recolectado es llevado al atrio de la iglesia o a la casa comunal tarasca llamada Guatopera donde los adultos esperan para cocerlo todo y compartirlo con aquellos que asistan al encuentro con los difuntos, además de servirlos en ofrenda para aquellos que dejaron el mundo terrenal y no tienen quien los recuerde.

“Es frecuente que en las ceremonias luctuosas de este lugar, se realicen procesiones donde cantan el ‘Alabado’; en la oscuridad de la noche se escuchan las voces entonando ‘Sea alabado y ensalzado el Divino Sacramento... morir antes que pecar, o antes que pecar morir’”.⁷²

Para el día siguiente, dos de noviembre, es turno del *campaneri*. Esta ofrenda de los frutos de la cosecha también la llevan al cabo los jóvenes con su prioste y, a diferencia del *teruscan*, se trata de una donación que se pide a la gente de la población.

¡Camperi! ¡camperi! exclaman en voz alta los solicitantes a quienes les es entregado lo que las personas desean regalar para que lo obtenido llegue a manos del sacerdote quien dedicará algunos rezos la tarde de ese mismo día y así cumplir el compromiso de cada año con los muertos. Los adornos con frutos y mazorcas formarán parte del templo y las almas de los difuntos una vez más quedarán satisfechas con las ofrendas que los vivos les han dedicado.

⁷² Pátzcuaro: sus leyendas y su Noche de Muertos, p. 19.

4.3.5. La velación de adultos.

Al caer la noche del uno de noviembre el ambiente purépecha se transforma, se torna distinto al de cualquier otra del año y entonces sus pobladores, e incluso los visitantes, se ven involucrados en un acto ritual que es conocido no sólo en el ámbito nacional sino también más allá de las fronteras de México.

Los angelitos han partido ya, la luz del día también y por algún sendero que tiene su origen en el cementerio se observan pétalos de flor de cempasúchil que conducen hasta la ofrenda dispuesta en un hogar de la comunidad. Es el camino que llevará a las almas de los muertos hasta donde sus familiares los esperarán para pasar con ellos la noche entera.

“El altar familiar, que se coloca en los hogares, se compone según la costumbre de cada lugar, instalándose imágenes religiosas, fotografías de los familiares que han dejado este mundo; en ocasiones, ropa y objetos personales o de trabajo, para evocar su presencia; se encienden velas alrededor de una cruz de pétalos de flor de cempoalxóchitl, las cuales deberán permanecer encendidas, ya que ésta les servirán de guía a los muertos. Asimismo se disponen, en floreros de barro negro, que es la cerámica utilizada con fines ceremoniales, ramos de flor amarilla y de ánima, y pequeños sahumerios del mismo material, con oloroso y humeante copal”.⁷³

La comida es indispensable y no puede faltar... Frutas, vegetales, panes y dulces de azúcar están listos para que los difuntos se alimenten después de su largo camino recorrido hasta llegar a casa de sus familiares por lo que también se les ofrecen vasos con agua que mitigarán su sed.

Pero no sólo en el hogar del difunto las ofrendas estarán listas. El campo santo también se vestirá con el tono anaranjado de las flores y se observarán las

⁷³ Noche de Muertos... nuestra más viva tradición, p. 14.

llamas de las velas que encenderán la noche hasta que el amanecer del día tres llegue y concluya así la velación de los adultos.

Justo dos horas antes de las 12, las mujeres y los niños se dirigen al cementerio donde descansan los restos de algún ser querido y ahí colocan, sobre su tumba, servilletas bordadas con hilos de colores y todo aquello que era de su agrado en vida. También los adornos hechos con flores de cempasúchil formarán parte de la lápida así como frutas, figuras de azúcar y panes. Cazuelas con alimentos y jarros con bebidas acompañarán el banquete preparado en memoria de los fallecidos.

En medio del silencio, los murmullos de algunos rezos comienzan a escucharse mientras una campana que cuelga de la entrada del cementerio suena discreta con tañidos pausados que llaman a las ánimas a su noche.

“En toda la isla hacen eco los cantos purépechas de dulce y musical cadencia, que imploran el descanso de las almas de los ausentes y la felicidad de los que quedan en tierra. Participar en esta fiesta, es cumplir con un deber sagrado para los muertos, que hacen honor a quienes lo practican”.⁷⁴

Y entre cientos de visitantes, los pobladores de la comunidad permanecen toda la noche en compañía de sus deudos. En punto de las cero horas del día tres, de la pequeña iglesia ubicada en un extremo del campo santo aparece un sacerdote que ofrece una misa en español y en purépecha. Las peticiones por el eterno descanso de las almas se hacen presentes y entonces el recuerdo se guardará un año más.

Llega así el amanecer y tras el desvelo obligado de cada noviembre, a las nueve de la mañana el compromiso con los muertos termina. La memoria ha cumplido con los difuntos y la vida en la comunidad regresa a su normalidad. Restan entonces 364 días para reencontrarse nuevamente con los que han dejado esta vida.

⁷⁴ Rodríguez, Jaime, “Recordar ánimas es fiesta del alma” en periódico La Voz de Michoacán, 31 de octubre de 2005, p. 1G.

Capítulo 5. ¿Agoniza el ritual tradicional?

5.1. Una fiesta para los demás.

Antecedentes históricos del Día de Muertos en la zona lacustre.

Corría el año 1,200 d. C. cuando la región desarrollaba su máximo esplendor no sólo en los ámbitos social y económico sino también en el militar donde fueron respetados incluso por aquellos que parecían más fuertes, los mexicas, quienes jamás pudieron doblegarlos.

Se trata del “lugar abundante en colibríes” o el “lugar del colibrí mensajero”, según su significado en lengua purépecha, que compartió con Pátzcuaro e Ihuatzio el poder de la zona tarasca extendida a lo largo de 75 mil kilómetros cuadrados, capital del imperio tarasco y que debe su fundación al señor Tariácuri.

Tzintzuntzan, ciudad dividida en barrios para cada una de las esferas sociales en la que se erigieron templos, talleres y edificios, fue también poseedora de una zona arqueológica que aún en la actualidad es posible visitar y en la que se encontraron vestigios relacionados con la muerte.

Según investigaciones arqueológicas elaboradas durante la década de 1930, se descubrieron aproximadamente 60 entierros ubicados en cámaras funerarias para personas de clase social alta así como diversas habitaciones posiblemente destinadas a los sacerdotes, dos tumbas intactas que contenían restos humanos de hombres y mujeres y varias ofrendas funerarias. Lo anterior demuestra la importancia que sus antiguos pobladores le otorgaban a dicho tema, mismo que trascendió a través de los años hasta conformar lo que se actualmente se practica.

Tras la conquista española en tierras mexicanas, las ideas relacionadas con la muerte sufrieron algunos cambios y adaptaciones, no así su completa desaparición. El culto a los muertos en el territorio nacional vio entonces fijada la fecha del dos de noviembre para su celebración, misma que había sido designada en el año 1049 por el benedictino San Odilón y traída en manos de los evangelizadores extranjeros.

Las misas, oraciones y limosnas que ayudaban a interceder por los difuntos así como los conceptos de cielo e infierno, penetraron en las creencias de los nativos mexicanos que con el paso del tiempo entrelazaron sus costumbres con las del Viejo Mundo para conformar la actual tradición mexicana.

... Y lo que sucede ahora en la región y en Janitzio.

Fue justamente ahí, en Tzintzuntzan, que en el año de 1971 el gobierno de Michoacán, en coordinación con el Ministerio de Turismo y la Casa de Cultura, vieron al Día de Todos los Santos y Todas las Ánimas como un evento apto para promover el turismo en el estado, y utilizaron al poblado como el mejor escaparate para lograr su objetivo.

Aprovechando la oportunidad, el sacerdote del lugar se dijo portador original de aquella idea que en lo futuro aumentaría las ganancias a propósito de la fecha dedicada a los muertos:

“Yo tenía cierta experiencia con conciertos de danzas tradicionales y pensé que este tipo de cosas podrían atraer a los turistas. Lo que yo quería era promover la economía de la comunidad y lograr que la gente viniera a este lugar”.⁷⁵

Y así fue, aunque con el paso de los años la idea puesta en práctica tuvo consecuencias que rebasaron lo previsto ya que el espíritu de la fiesta, aceptó el mismo religioso, comenzó a perder su toque indígena tras el arribo de centenares de personas que visitaban la comunidad desde entonces.

Puestos con comida donde se ofrecían desde tacos hasta dulces o atole invadieron el centro de Tzintzuntzan; la venta de loza se volvió característica y los

⁷⁵ Jiménez de Báez, Yvette (editora), Lenguajes de la tradición popular: fiesta, canto, música y representación, El Colegio de México, México, 2002, p. 439.

turistas la llevaban como recuerdo de su encuentro con la cultura michoacana; la oferta de acudir a un ritual indígena, o más aún, a una “bella tradición tarasca pagano-religiosa” llenaba los carteles y folletos emitidos por el gobierno con tal de atraer gente cuya visita se reflejara en una ganancia económica.

Un acontecimiento con orígenes prehispánicos, practicado por los antiguos pobladores y heredado a los actuales lugareños, entonces tomó tintes de fiesta ante el ambiente que lo enmarcaba. Lo anterior puede justificarse en palabras de Octavio Paz, quien señala que México, como pueblo ritual, cuenta con diversas fechas reflejadas en el calendario que justifican la reunión donde los colores, las ceremonias y diversos objetos son parte de los festejos religiosos que en contados lugares del mundo se viven como en el territorio nacional.

Basta con observar el tiempo destinado a la preparación de este evento así como los recursos que le son destinados para sorprender a más de uno. El caso de la región lacustre, incluida Janitzio, demuestra lo anterior:

“Los preparativos en todas las comunidades arrancan posterior a las fiestas patrias (...) Cada comunidad tiene su jefatura de tenencia más el consejo de ancianos, son los que comienzan a preparar y designan a un grupo ya sea de jóvenes o mixto, entre jóvenes y adultos, para comenzar a buscar todos los apoyos necesarios, invitar a todos los participantes principalmente a las festividades que se presentan antes de la velación”.⁷⁶

Así, la denominada Noche de Muertos fue convirtiéndose en un imán turístico desde entonces no sólo en el poblado de Tzintzuntzan sino también en lo largo y ancho de la región, pensado en gran medida para que gente externa a la zona se diera cita con el objetivo de mostrarles un espectáculo “exótico” aunque el verdadero toque indígena que sus pobladores imprimían a su celebración parecía diluirse con el arribo de miles de visitantes.

⁷⁶ Entrevista realizada a Sergio Luna, 31 de octubre de 2003.

No menos pudo esperarse en el caso de Janitzio, isla perteneciente a la localidad cercana de Pátzcuaro (ubicada a 15 kilómetros de Tzintzuntzan), que al parecer repitió el caso de su poblado vecino y que cuenta con una historia semejante en la que se refleja el enfoque turístico otorgado por algunas personas del lugar que han aprovechado este día del año. Al respecto, un caso donde se pone de manifiesto lo antes dicho:

“Unos pocos días antes de la celebración de 1984, un amigo del pueblo me contó una anécdota sobre una pareja de turistas que viajaba a la isla de Janitzio, cercana a Tzintzuntzan, y cuya celebración de la Noche de Muertos es famosa por toda la República. Algunos habitantes de la isla invitaron a la pareja a entrar a sus casas para ver la ofrenda. Pero mientras se aproximaban a ver el altar, los turistas se quedaron estupefactos al ver un gran cartel en el que se leía: ‘CONTRIBUCIÓN 100 PESOS’”.⁷⁷

¿Qué sucedió entonces cuando la Noche de Muertos en Tzintzuntzan y Janitzio comenzó a ser observada como espectáculo turístico? Que las personas voltearon la vista no sólo hacia esas localidades sino también a los poblados aledaños y así se fue construyendo un mapa michoacano donde los primeros días de noviembre eran sinónimo de comercialización a través de un ritual sagrado.

La isla principal proporciona además un paisaje y ambiente que prometen dar un toque único a la Noche de Muertos. Las luces que la iluminan se observan a lo lejos desde el embarcadero y, en medio del anochecer, las lanchas recorren el lago para llegar puntuales a la cita. Previamente, un folleto ha invitado a los paseantes a ir a aquel sitio donde las velas iluminan el cementerio y los rostros de los que compartirán con los muertos, y donde una campana que cuelga del arco de entrada al lugar se dejará escuchar durante la noche entera para invocar a los ausentes, puntualizando también la que la amabilidad para con el turista no debe faltar durante estos días.

⁷⁷ Jiménez de Báez, Yvette (editora), *op. cit.*, pp. 440-441.

5.2. Cuando la tradición cambia.

El 30 de septiembre de 1765 nació la historia del héroe nacional que hoy día resguarda desde lo alto de la isla de Janitzio no sólo el territorio que tiene a sus pies sino también el paisaje que le rodea.

A 53 kilómetros de su casa natal, en la actual calle de Corregidora 113 del corazón de la ciudad de Morelia, una monumental figura de 48 metros fue construida en su honor durante 1934 por órdenes del general Lázaro Cárdenas del Río, o *tata Lázaro*, como los nativos le siguen llamando. En su interior, mientras se recorre en ascenso una escalinata, un total de 56 cuadros, obras del pintor Ramón Alva, relatan la vida del personaje. Para acceder a ellos, y al panorama que desde su puño en alto es posible admirar, los 271 escalones que guían a través de la isla desde su embarcadero y la cooperación de 5 pesos resultan suficientes.

José María Morelos, caudillo independentista mexicano, es ahora una imagen que no falta en los recuerdos que la gente puede adquirir de su visita a la isla de Janitzio. Se le encuentra lo mismo en estampados de playeras que en postales; adornando recipientes de barro donde se sirven bebidas preparadas o hasta en llaveros y artesanías de madera.

En la isla, el personaje es uno de los elementos más representativos al igual que otros objetos como el pescado blanco o los “mariposeros”, pescadores que obtienen su producto con sus redes en forma de aquella diminuta ave. Mención especial merece la velación de muertos en la región, dada a conocer no sólo a México sino también al mundo a través de medios impresos y electrónicos.

Sin embargo, los elementos mencionados parecen ubicarse en una realidad un tanto alejada de su esencia: los lugares para fabricar artesanías viven una extinción casi total por lo que los objetos decorativos ahora son llevados de varios poblados más para su venta, a los que se han agregado ropa y loza. “Los raros talleres que subsisten son usados como espectáculo para cautivar a los turistas.

La pesca dejó de ser hace años una actividad colectiva, los dueños de las embarcaciones grandes y medianas impiden a los pescadores acercarse a los muelles, cuando es preciso con violencia. ‘Entre, coma pescado blanco de Pátzcuaro’, llaman desde las puertas de restaurantes de la isla, pero el que dan en realidad es de la Laguna de Chapala, situada a 350 kilómetros, porque el del lago que rodea Janitzio, más blando y sabroso, se manda a restaurantes de cuatro estrellas del Distrito Federal y Acapulco’.⁷⁸

El caso donde el turista es presa del engaño al recibir mojarra blanca en vez de pescado blanco, es mencionado por la señora Angélica, dueña del restaurante *Mintzikuri* (en tarasco “descanso”), quien señala también que para algunos visitantes extranjeros el precio del principal atractivo gastronómico de la región es tan elevado que se resisten a pagarlo.

Con las artesanías la situación no es muy distinta. Su producción y utilización en el ambiente doméstico así como su intercambio con pueblos vecinos, significaban su original razón de ser, misma que se alteró cuando las piezas elaboradas por manos indígenas llegaron a formar parte de mercados más amplios que incluían mercancías externas a sus regiones. Así, es posible observar petates puestos en el suelo sobre los cuales yacen productos conviviendo con artículos de plástico y electrónicos que se venden con frutas, verduras y artesanías de la zona.

Familias enteras de campesinos y artesanos comparten las tareas de producir y vender sus propios objetos llevados al mercado regional donde entran en contacto con otros productores. Sin embargo, la irrupción de productos ajenos rompe ese vínculo comunitario al ignorarse, en muchos casos, el origen de su fabricante o al menos de la persona que los hizo llegar hasta ese lugar.

Así, gastronomía y artesanías son elementos típicos de la región, aunque sus funciones primeras y esenciales hayan cambiado con el paso del tiempo. A ellas las acompaña una tradición en particular, la del Día de Muertos, que ya forma parte de

⁷⁸ García Canclini, Néstor, *op. cit.*, p. 199.

un escaparate nacional e internacional que inevitablemente la ha modificado, si no en su contenido, sí en su manera de practicarla y darle significado.

Cuando la noche del primer día de noviembre envuelve a los lugareños en su isla, el cementerio y quienes lo habitan esperan ser recibidos por sus familiares. Entonces Janitzio se transforma. El paisaje habitual se torna distinto y es cuando la velación a los muertos comienza. Algunos de ellos la pasarán en compañía, otros más no tendrán la misma suerte.

Mientras el tiempo transcurre, las mujeres envueltas en rebozos de colores van rumbo al campo santo llevando entre sus brazos un arco elaborado de madera envuelto por flores, con panes, frutas y figuras de azúcar que cuelgan de su estructura. Este “huatzallari” es colocado en la tumba del difunto y será parte del banquete ofrecido en su honor.

Cuando la conquista de México por parte de los españoles aún no se consumaba, la tierra sobre la cual yacían las tumbas purépechas de la región se convertía en “kenekuas”, ofrendas consistentes en diversos platillos que el difunto solía disfrutar en vida. Sus antiguos pobladores tenían la creencia de que durante la madrugada sus deudos regresaban para agradecerles por sus rezos y además les brindaban protección. El catolicismo llegado posteriormente del extranjero reafirmó esa idea y además le agregó algunos ingredientes como un dios único y el cielo como última morada de las almas de buen comportamiento.

Pero fue en otra época que sucedía eso, cuando el sentido de la fecha se cumplía por la firmeza de su creencia. La actualidad muestra un rostro distinto. En poblados aledaños, las tumbas de los cementerios pueden ser veladas por familias enteras, no así en Janitzio donde las mujeres son las principales encargadas de hacerlo. Al panteón de la isla es voluntad de los hombres acudir hasta la madrugada aunque al parecer los turistas están exentos de este principio. Ellos sí pueden entrar sin restricción alguna.

Lo mismo conviven oraciones en purépecha ofrecidas para los deudos que comentarios en distintos idiomas y los flashes de cámaras no dejan de mostrarse a lo largo de la noche en medio de las tenues llamas de cirios y veladoras que alumbran el camino de los que llegan del más allá una vez al año.

Ver a los turistas en la noche de velación a los muertos ya es costumbre para algunos nativos que acuden al cementerio. Con un tono de resignación, una mujer indígena dice que es normal ver a la multitud acudir al panteón, mientras a unos metros otro habitante isleño intenta abrirse paso entre la gente con un arco en sus manos que pretende colocar en la tumba de su deudo.

Afuera del cementerio, y pisado por cientos de personas, un camino de flores anaranjadas se abre paso entre la multitud para recorrer un sendero que lleva hasta la puerta de una casa cercana. Es la vereda que se supone debe seguir el difunto para ser recibido por sus familiares en su antiguo hogar. Ahí, un hombre sentado en una silla espera paciente para mostrar aquello que un pequeño espacio ha construido: un altar acompañado con ofrenda en un ambiente bañado por el olor del incienso.

Común resulta observar estos elementos en los hogares durante la fecha pero lo que históricamente no ha formado parte de un altar mortuario es aquel recipiente al frente del mismo donde se pide cooperación por apreciarlo y fotografiarlo. Una fila de varias personas afuera de la habitación donde reside la ofrenda se aglutina en torno a la pequeña puerta a través de la cual apenas pueden pasar no más de tres personas a la vez. El tiempo de estancia dentro debe ser breve pues hay que dar cabida a otros más ansiosos de admirar lo que en el interior se observa, siempre y cuando la cooperación se deposite frente al altar.

Más adelante, a unos pasos, la iglesia es otro espacio al cual resulta difícil de acceder pues decenas de visitantes la invaden para ver su interior y lo provisto en una mesa central para las almas que acuden a su celebración. Pocos son los indígenas que van ahí a pesar de que el templo, como algunos de ellos le llaman, significa un lugar central para su fe religiosa.

“En un tiempo en que la creencia se apaga, el ceremonial subsiste cambiando de función. Perdido en el acontecimiento quedan los signos -velas, arcos, ofrendas- que la necesidad económica justifica de otra manera. Los periódicos, la televisión y la Dirección de Turismo insisten en la ‘profunda actitud mística’ de la gente, en ‘la quietud hierática de su faz’, esa ‘tristeza de toda una raza que se vuelve hacia dentro de sí misma’; lo dicen precisamente en los folletos que incitan a las multitudes a abalanzarse sobre esas fiestas (...).”⁷⁹

Sin embargo, el evento no sólo se comercializa mediante la atracción del turismo que irrumpe en lugares sagrados para los nativos, como la iglesia y el cementerio, sino que va más allá con el arribo de vendedores ambulantes que ofrecen mercancía de baja calidad y además ocupan los espacios económico, visual y sonoro de los habitantes que de forma permanente habitan en la isla.

“Antojitos mexicanos, artesanía, bebidas embriagantes, fayuca, discos piratas y otros artículos se ofertaron en las plazas y calles principales (...) Para muchos visitantes, es lamentable que gente sin respeto a las tradiciones mexicanas, tome el festejo de la Noche de Muertos como un escenario para la fiesta donde el consumo excesivo de alcohol es el principal invitado”.⁸⁰

La fiesta tradicional con sus elementos característicos como las danzas y los adornos que visten al pueblo se transforman en sólo una decoración. Colores, luces y sonido desplazan poco a poco a la fiesta religiosa que supone ser la principal fuente de integración pública para los isleños. El evento donde interactuaban campesinos, indígenas y artesanos en su intimidad regional dio un salto para convertirse en espectáculo nacional e incluso internacional.

Y es que además una danza típica de la región, la de los Viejitos, es ejecutada hasta la madrugada por un grupo de jóvenes que espera recibir a cambio algunas monedas, mientras la fila de personas en el embarcadero crece al paso de las horas.

⁷⁹ García Canclini, Néstor, *op. cit.*, p. 200.

⁸⁰ “Velan sus recuerdos”, en *La Voz de Michoacán*, miércoles 2 de noviembre de 2005, p. 16-A.

5.3. La muerte también es negocio.

El siete de noviembre de 2003 la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) reconoció al Día de Muertos como Obra Maestra del Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Dicha proclamación refiere que la celebración relacionada con los muertos, tanto en ciudades como en comunidades rurales, es una de las más importantes en el territorio nacional e incluso entre la población mexicana residente en Estados Unidos. Y es que las representaciones en torno a ella (artesanías, música, pintura, poesía y literatura principalmente) forman parte de la riqueza cultural que posee la tradición llevada al cabo durante el onceavo mes del año.

El caso michoacano, incluida la zona lacustre de Pátzcuaro, manifiesta dicha importancia que llevó a la celebración de muertos al rango que posee desde hace cuatro años. Ahí, cada mes de noviembre sin excepción, los pobladores realizan diversas actividades propias de la región para recordar a los difuntos: velaciones y concurso de altares, por ejemplo, donde participan cerca de 20 comunidades entre las que figuran Pichátaro, Jarácuaro, Erongarícuaro, Tzintzuntzan y Janitzio.

Es ahí donde las mariposas Monarca comienzan a hacer su arribo en octubre, señal de que los muertos se aproximan, y los preparativos para la fecha inician al terminar las fiestas patrias del mes de septiembre. Niños, jóvenes y adultos por igual participan en la tradición que les fue heredada desde épocas prehispánicas, fusionada con elementos traídos con la conquista española y promovida actualmente más allá de los límites indígenas, que apuntan hacia algo ajeno.

No obstante la tradición, un ambiente comercial comenzó a forjarse en torno a la celebración, de ello da cuenta Héctor Zarauz en su libro *La fiesta de la muerte*:

“En Pátzcuaro (...) desde los años setenta se habla del carácter de romería que tiene esa festividad con la organización, por parte de las autoridades estatales del

Departamento de Turismo, de ferias y festivales folklóricos. Para los lugareños más viejos, la tradición ha sido adulterada, pues antaño no se solía iluminar las lanchas de los pescadores que cruzan el lago; al parecer, ésta es una coreografía organizada por las instancias de turismo oficiales a fin de hacer más atractiva la festividad”.⁸¹

Al respecto, un antecedente turístico significativo para la zona en lo que a Día de Muertos se refiere data del año 1980, cuando la Secretaría de Turismo Estatal documentó el significado de las ceremonias durante esta fecha y la distribuyó en tres idiomas: español, inglés y francés.

La nuit des morts, The Night of the Dead o La Noche de Muertos, que explicaba el origen del grupo étnico asentado en tierras michoacanas antes del arribo de los españoles y su posterior fusión cultural tras la llegada de los europeos, constituyó el primer paso para dar a conocer al mundo la celebración purépecha, por lo que el documento se convirtió en un elemento invaluable según especialistas y cronistas de la comunidad.

Con el reconocimiento mundial, la celebración captó paulatinamente la atención de nacionales y extranjeros que comenzaron a darse cita en la región cada noviembre para presenciar aquella práctica indígena que en folletos y periódicos se mostraba como algo especial, único. En el año 2003, Sergio Luna, delegado regional de la Secretaría de Turismo del estado de Michoacán en la región lacustre de Pátzcuaro, señaló al respecto:

“A nivel internacional se está trabajando con la Secretaría Federal de Turismo y hay también relación y oficinas de turismo en Canadá, Estados Unidos, Francia, España, Inglaterra, Japón, Brasil, Chile, Argentina, es donde se hace principalmente la difusión internacional independientemente que en cada una de las páginas tanto de SECTUR Federal como de

⁸¹ Zarauz López, Héctor, *op. cit.*, p. 243.

SECTUR Michoacán se encuentra también toda la información al respecto de la tradicional Noche de Muertos”.⁸²

Y mientras el mismo delegado de turismo afirma que es justamente en Michoacán donde la tradición se vive de forma diferente a cualquier estado de la República Mexicana debido a la cosmovisión indígena que aún se conserva, además de ser un tesoro de la cultura intangible purépecha, el libro de visitas llena sus páginas con comentarios plasmados por visitantes que llegan de distintos países e incluso la prensa francesa, canadiense y hasta japonesa prepara sus mejores notas para llevar a sus lugares de origen.

Para el año 2003 se dieron cita medios informativo de corte internacional, entre otros: una televisora japonesa, la revista *Vive México* distribuida en más de 25 mil habitaciones de hoteles prestigiosos en Cancún, así como una cámara de *National Geographic* en manos de Christopher Chacón quien realizó documentales de la velación en honor a los muertos.

Por su parte, la infraestructura hotelera ubicada en Pátzcuaro así como también en los poblados aledaños (Quiroga, Zirahuén, Zacapu, Santa Clara del Cobre y Tacámbaro) ve reflejada en sus bolsillos la derrama económica que a propósito de la fecha de difuntos ahí se celebra.

Imposible resulta arribar a la zona el primer día de noviembre si no se cuenta con reservación cuando algunas de ellas han sido confirmadas con un año de anticipación, según comentó Juan Manuel Abud Mirabent, presidente de la Asociación de Hoteles y Moteles de Michoacán. Incluso hay jóvenes que, ante la falta de un lugar para establecerse, optan por pasar la noche en los jardines o plazas.

Un total de 40 establecimientos de hospedaje en la localidad, que van desde la catalogada clase económica hasta cinco estrellas y ofrecen un total de 898 habitaciones, resultan insuficientes para los paseantes que llegan y cuya cifra de

⁸² Entrevista realizada a Sergio Luna, 31 de octubre de 2003.

asistencia se ve rebasada con el paso de los años: en 2001 se estimaron 54 mil, dos años después aumentó a 70 mil y para 2005 la cifra ascendió a cerca de 100 mil.

En el caso de algunos hoteles la fecha resulta benéfica para hacer su “agosto” en pleno mes de noviembre y aprovechan para reacomodar sus tarifas al saberse seguros de su total ocupación. La oferta va desde los \$220 hasta \$2,300 por noche, dependiendo de la categoría otorgada al establecimiento.

Y ante la gran demanda de un lugar para hospedarse se suman los guías turísticos no autorizados, los llamados “piratas”. Las luces rojas de los empresarios dedicados a este rubro se encienden ante la competencia desleal que ello representa, ya que el engaño a los turistas suele ser constante en la región por lo que se alertó a los paseantes para que tomen sus debidas precauciones.

“Lo anterior luego de que los prestadores de servicios turísticos legales, tanto del ramo de la hotelería como de guías de turistas, denunciaron que aprovechando la celebración pagano-religiosa, única en el mundo, existen personas que ofrecen sus casas como hotel y otras más se ostentan como guías de turistas sin serlo, cobrando altos precios y otorgando un servicio pésimo al turista, lo que significa una competencia ilegal para todos aquellos que sí pagan impuestos y ofrecen calidad”.⁸³

En 2005 el costo de un recorrido certificado por la Secretaría de Turismo Estatal, con duración de ocho horas en puntos donde la celebración podía ser apreciada, fue de aproximadamente \$700 o bien hasta \$900 si eran para visitantes que hablaban el idioma inglés, mientras un pseudo guía elevaba su precio a casi el doble e incluso algunos de ellos, señaló Pablo Chávez, presidente de la Asociación de Guías de Turistas en el Estado, no eran ni siquiera de Michoacán.

La fecha significa pues la mejor temporada del año en cuanto a derrama económica se refiere en el territorio purépecha. La cifra, 463 millones de pesos en el año 2005, se basa también en una promoción conformada por folletos, programas,

⁸³ Ávila, Gloria, “Alertan de guías ‘piratas’”, en La Voz de Michoacán, 1 de noviembre de 2005, p. 4-C.

módulos de información y carteles. Acerca de las campañas publicitarias que refuerzan la promoción de la festividad, el delegado regional de la Secretaría de Turismo de Michoacán en la región lacustre de Pátzcuaro señaló:

“Pues cada año se hace diferente. Es de las características del estado, de la Secretaría de Turismo del Gobierno del estado, que cada año haya algo diferente. Estamos en una constante revitalización de la campaña, que no caigamos tampoco en ser exactamente lo mismo porque verdaderamente no cada año se repite lo mismo. Eso sí nos interesa cambiar cada año, lo que no nos interesa cambiar son las tradiciones”.⁸⁴

Mención aparte merece el mercado de artesanías colocado especialmente durante estos días en la plaza principal de Pátzcuaro, donde la venta de productos llegados de pueblos vecinos inunda por completo el lugar al cual arriban paseantes que admiran y compran detalles michoacanos.

Al caer la noche y en el lugar sagrado donde la celebración se refleja más vigorosamente, el cementerio, también es posible observar conductas contrarias a lo esperado en un ritual de este tipo: personas consumiendo bebidas alcohólicas y otras más abriéndose paso sobre las lápidas que parecen abandonadas.

Entre algunos murmullos que se asemejan a oraciones y algunas mujeres purépechas que piden la “cooperación” para ser fotografiadas en sus tumbas debidamente ataviadas conforme la fecha lo exige, la velación transcurre.

Las dos iglesias de la isla reciben a las personas que entran y salen; sus interiores proporcionan un poco de calor y variedad de colores con las ofrendas que ahí se exhiben mientras el ir y venir de lanchas a través del lago no cesa durante la noche entera. Así, Día de Muertos y entorno comercial se conjugan, como cada año, en la zona lacustre de Pátzcuaro y a lo largo y ancho del territorio michoacano.

⁸⁴ Entrevista realizada a Sergio Luna, 31 de octubre de 2003.

Conclusiones

La muerte ha sido parte de la historia del ser humano. En toda cultura y en todo momento lo acompaña, y el cuestionamiento acerca del destino final más allá del espacio terrenal le ha causado inquietud. Al respecto, ciencia, cultura y religión han sido campos fundamentales que buscan tratar de explicar el por qué de la interrogante.

Pero cuando el inevitable final llega y la duda persiste, las creencias se manifiestan y entonces el ámbito religioso se hace presente. El hombre se basa en él para dar una posible respuesta a lo que deviene con la muerte y surgen así diversas prácticas sociales con las que se intenta no olvidar a quienes ya se han ido.

En México el tema tuvo sus raíces en el año 1800 a. C. durante la época prehispánica, fecha en la que ya se evidenciaban elementos que acompañaban a los difuntos a manera de ofrendas y que daban una idea del significado de la muerte en aquellos tiempos en el territorio nacional.

La concepción de los habitantes indicaba que la vida no podía ser tal sin que la muerte existiera; una era consecuencia de otra y el mito de la creación de los cinco soles analizado en el presente reportaje da cuenta de ello. Desde entonces, y hasta la llegada de los españoles a México en 1521, se desarrollaron prácticas y creencias en torno al tema aquí investigado.

“Sobre este mestizaje se forjó una forma, y en ocasiones muchas formas, de percibir y expresarse en torno a prácticamente todo, incluidas las concepciones de la vida y la muerte. De ese sincretismo cultural y espiritual ha surgido una actitud ante la muerte y las características actuales de nuestras celebraciones, entre otras la del Día de Muertos”.⁸⁵

El caso de Michoacán aquí estudiado no es excepción en cuanto al tema se refiere. Ahí son diversas las actividades realizadas en torno a la celebración dedicada a los difuntos, entre las que se destacan las velaciones, sin embargo, se

⁸⁵ Zarauz López, Héctor L., *op. cit.*, p. 12.

muestran aspectos que contradicen la esencia del ritual, especialmente por el rostro turístico que se le otorga.

“Se ha fomentado el turismo hacia los lugares tradicionales de celebración, como Pátzcuaro y Míxquic principalmente, que en el Día de Muertos se ven inundados por el turismo nacional y extranjero (...), se ha propiciado también una comercialización que, con el supuesto fin de hacer la celebración más vistosa, ha modificado las formas típicas de la ceremonia”.⁸⁶

Al respecto, los años 1971, 1980 y 1984 son fechas clave para analizar el asunto en cuestión. En la primera de ellas el poblado vecino de Tzintzuntzan comenzó a forjar el aspecto turístico del Día de Muertos en la región; para 1980 se distribuyó por primera vez *La Noche de Muertos*, documento impreso en tres idiomas que explicaba el contexto de la celebración, y, cuatro años después, la isla de Janitzio comenzaba a mostrar el rostro comercial de la tradición cuando algunos sus habitantes pedían dinero a los visitantes para observar las ofrendas.

Con base en la investigación realizada en fuentes documentales, entrevistas y observación directa en la región se concluyó que, si bien aún se llevan al cabo prácticas relacionadas con la fecha (velaciones y misas principalmente), otras más, como la cacería del pato, han desaparecido con el paso de los años. Respecto a ellas, la información que se ofrece a los visitantes es limitada, ya que en un folleto de 43 páginas distribuido por la Secretaría de Turismo del estado (*Noche de Muertos... nuestra más viva tradición*, que contiene la misma información en tres idiomas: español, inglés y francés), se abarcan tres aspectos de la fecha: los antecedentes de la celebración en dos etapas históricas (prehispánica y colonial), cinco elementos del ritual (las ofrendas, la cacería del pato, reunión y ofrenda, velación de angelitos y la velación de los Muertos) y la forma de practicarlo en cinco comunidades de la zona (Tzintzuntzan, Janitzio, Jarácuaro, Ihuatzio y Tzurumútaru).

⁸⁶ Zarauz López, Héctor L., *op. cit.*, p. 243.

Y a pesar de que se pone especial énfasis en la “actitud mística de la gente”, de una “noche mágica en Michoacán” y de que los panteones municipales conservan la tradición, la realidad contradice tales argumentos al mostrar una celebración comercializada por lo que el ritual se convierte en espectáculo tanto nacional como internacional. Basta mencionar que los hoteles de Morelia y Pátzcuaro reportan lleno al máximo para esta fecha, las reservaciones deben hacerse con meses e incluso un año de anticipación; el costo por habitación oscila entre \$220 y \$2,300 por noche (algunos de ellos incrementan el costo durante estos días por ser considerados temporada alta) y se observa gente ingiriendo bebidas alcohólicas en las calles e incluso dentro del cementerio, lugar considerado sagrado.

Así, al asistir a la celebración de los fieles difuntos, por una parte se observa a paseantes con cientos de folletos y carteles distribuidos para dar a conocer el Día de Muertos; por otra, se ve la molestia de algunos pobladores porque muchos visitantes escandalizan, dejan basura e ingieren bebidas alcohólicas. Pero además hay habitantes que miran con resignación lo que ellos mismos nombran como “normal” al referirse al arribo de los turistas nacionales y extranjeros que ignoran la profundidad y el misticismo del Día de Muertos en Michoacán. Ellos dicen que ya están acostumbrados, y ven la afluencia de personas como parte de esos días, por lo que los miles de paseantes que invaden la región y el cementerio durante la velación ya no les incomoda... ¡formas distintas de ver el mismo evento!

Observando directamente estos fenómenos, concluyo que no existe un conocimiento pleno de los elementos de la celebración en la zona y en cambio se promueve más el aspecto turístico y comercial que el tradicional. El significado que ha tenido desde épocas antiguas se ve un tanto rebasado por aspectos ajenos a ella, incluso por algunos pobladores que aprovechan la situación que se presenta sólo una vez al año para negociar con el acto ritual.

Asimismo, y sustentando más las conclusiones, en la investigación realizada durante la velación en el cementerio de la isla de Janitzio observé a una mujer purépecha que evitaba mostrar su rostro a las cámaras si no se le daba alguna

moneda. Otro ejemplo de esta comercialización es el de aquella habitación de una casa en la cual se montó una ofrenda ocurriendo el mismo caso, pues se pedía dinero a los turistas por observarla o fotografiarla. Un tercer caso me permitió apreciar varios puestos ambulantes colocados en algunos puntos de la isla en los que generalmente no se observa comercio de ese tipo a lo largo del año.

Por lo tanto concluyo que el Día de Muertos en la comunidad de Janitzio, Michoacán, es pieza especial dentro de la celebración nacional por las características que presenta. Su historia, compartida con el resto del país y más allá de sus fronteras, demuestra el valor de una práctica social en una fecha específica que durante siglos ha permanecido vigente porque la gente todavía la mantiene viva gracias a sus creencias. No obstante, esa misma forma de expresión se ha visto con otros ojos, los de la comercialización, que la obligan a dejar un poco de lado su auténtico origen. Pareciera ser que, como lo menciona Néstor García Canclini en su texto *Culturas populares en el capitalismo*, los elementos característicos de esta celebración, como velas, arcos y ofrendas, han pasado a formar parte de una justificación económica como consecuencia de una creencia que apenas permanece.

Algunos indígenas, los menos entre la multitud que acude al cementerio o a la iglesia, se muestran indiferentes ante los cientos o miles que se abalanzan a estos lugares. Otros más se abren camino hasta llegar al pie de la tumba de su deudo y dedicarle su compañía al menos por una noche aunque éste también sea el pretexto para mostrar una tradición con tintes de negocio.

Mientras las lanchas van y vienen a través del lago hasta la madrugada (ocasión especial que no se observa en otro día del año) los comercios de la isla redoblan esfuerzos pasada la medianoche para vender sus productos, mismos que ofrecen al paso de los turistas pues saben bien que es la mejor temporada para obtener ganancias por lo que la espera y el esfuerzo valen la pena.

Sin embargo, mientras los muertos sigan vivos en la memoria habrá quienes manifiesten sus formas de recordarlos. Ese ejercicio es el que mantiene vigente la

tradición y, a pesar de que en ocasiones se vea inmerso en actos ajenos a ella, el tiempo transcurre y el Día de Muertos permanece porque sus practicantes ven en él una forma de no olvidar a sus deudos. El caso michoacano aquí investigado forma parte de ese aspecto que reclama algo... larga vida a la muerte.

Anexos

Anexo 1. Un día con la muerte purépecha (crónica).

Se fue la noche y llegó el día más esperado por la comunidad. El día que traerá consigo otra noche en la que el desvelo es obligado porque la muerte así lo dicta.

Sonidos, olores y sabores han esperado trescientos sesenta y cuatro días en calma y hoy es su turno de despertar nuevamente. Folletos, periódicos y escasas ofrendas señalan que así debe ser.

Veinte timbrazos del reloj indican que es hora. El sol se asoma entonces y el frío cobija a quienes visitaremos a los angelitos.

Mujeres y hombres van y vienen con flores entre sus brazos, son una postal cotidiana durante esta fecha. Diez minutos me separan entonces del embarcadero principal y media hora más para llegar puntual a la cita.

Son 7:20 de la mañana y ante la timidez del sol, la baja temperatura predomina. Algunos trabajan arduamente en la elaboración de un arco que dará la bienvenida a los turistas y lo colocan justo en una de las entradas del embarcadero. Ahí, la promesa del día anterior acerca de que la primera salida en lancha hacia la isla sería en punto de las siete resultó ser eso: una simple promesa.

Intento fotografiar, a lo lejos, a Janitzio que se esconde entre la densa neblina que cubre el lago, ofreciéndole un aspecto fantasmagórico. Quince minutos más tarde los boletos están disponibles para las nueve personas que pretendemos viajar a conocer la recepción que da la gente a sus niños fallecidos. Ahora, la ausencia de algún lanchero que nos lleve hace su presencia.

Por fin arriba la persona que nos conducirá a la isla pero nueve no somos suficientes para las expectativas económicas de hacer un viaje redondo de una hora para tan poca afluencia. Esperamos pues hasta que la embarcación cubra sus

necesidades monetarias. Turistas y purépechas llegan uno a uno y los motores finalmente encienden. Nuestro andar comienza.

Nos internamos en la neblina y en medio de ella aparecen escasas embarcaciones que viajan en sentido contrario al nuestro. El embarcadero se aleja, queda atrás haciéndose cada vez más pequeño mientras que al frente la isla se ve más grande conforme transcurren los minutos.

El aire frío nos envuelve mientras una mujer habitante de la isla platica con dos jóvenes turistas extranjeras. A ellas y al resto de los pasajeros les sorprende ver el espectáculo de los “mariposeros” que, con sus redes, parecen no atrapar nada que esté debajo del agua. Las cámaras se disparan y el líder de los pescadores se acerca para recibir contadas monedas.

Diez minutos más tarde José María Morelos convertido en monumento nos recibe con el puño en alto desde la parte superior de la isla. Abajo, un arco hecho con flores de cempasúchil y frutas nos dan la bienvenida a Janitzio.

Sinuoso, el camino me guía hacia el cementerio donde los angelitos han llegado y la misa se escucha a través de bocinas que llevan las oraciones más allá de los límites del campo santo. Mujeres envueltas en sus rebozos, ofrendas sobre las tumbas y arcos llenos de color abundan en el paisaje que tiene como fondo el lago.

El respeto hacia la señora Esperanza Sandoval, fallecida en 1979 y cuya tumba sirve como paso, parece quebrantarse con algunos medios informativos, fotógrafos y turistas que de igual manera caminan o colocan sus aparatos sobre las lápidas, sin embargo, a nadie parece importarles y los rezos continúan.

Breve, tranquila y como la tradición lo dicta, los angelitos fueron recibidos y su regreso un año después será esperado. Uno a uno los turistas y gente nativa salen del cementerio aunque otros se quedan a admirar los adornos y ofrendas colocados

sobre las tumbas. La primera velación del día se ha cumplido y entonces los preparativos para recibir a los muertos adultos comienzan.

La hora, 10:30 de la mañana, refleja poca cantidad de personas que caminan por la isla. Tiendas de artesanías y comida cerradas en su mayoría (aunque en las pocas abiertas al público no puede faltar la venta de cámaras y material fotográfico), la iglesia vacía y, situación extraña, la persona encargada de la taquilla en la explanada del monumento a Morelos no ha hecho su aparición, por lo que esos seis pesos se guardan para la velación nocturna donde el negocio seguramente no olvidará cobrármelos. El desayuno es necesario y el retorno a Pátzcuaro inminente.

Animecha Tours ofrece en su recorrido turístico un festival, cena y visita a la velación en tres localidades por \$350, pero Janitzio no figura entre ellas. Mientras ignoro la opción y decido tomar el tour personal, la carretera que cruza por Pátzcuaro empieza a mostrar gran afluencia vehicular. El poblado ha despertado y la muerte se comienza a vivir.

La tranquilidad de cuatro días antes ha sido interrumpida y las calles empiezan a llenarse de gente que busca un lugar en algún hotel aunque sin respuesta positiva. El transporte público redobla sus esfuerzos y la venta de productos ve en el turismo la manera de “hacer su agosto” en pleno noviembre sobre la plaza Vasco de Quiroga, donde un día antes la anunciada ofrenda monumental al personaje del mismo nombre no apareció en ninguno de sus rincones.

El tiempo transcurre entre las calles de Pátzcuaro, sus casas pintadas de blanco y rojo, monumentos religiosos llenos de historia, calles empedradas, plazas, la Danza de los Viejitos, comida tradicional como las corundas, charanda para beber y gente interesada en saber cómo se vive aquí la muerte.

Para esta hora los muertos adultos deben estar preparados para hacer su arribo. La cantidad de personas se acentúa conforme pasan las horas y cuando cae la noche se respira un aire a tradición, cementerios iluminados, ofrendas y velaciones

que transcurrirán hasta el día siguiente. Tengo en mis manos los elementos necesarios para hacer frente al frío y, con mochila al hombro, me dirijo a Janitzio.

La facilidad del transporte que se ubica a escasos metros del hotel donde me hospedo se aleja a cuatro cuadras. El centro de la localidad es un mar de gente y por si fuera poco, muchos coincidimos con la idea de acudir al mismo destino. Sin embargo, no resulta difícil llegar al embarcadero donde la primera impresión es de gran movimiento en medio de la vendimia que está en su mejor noche del año.

Son las 6:30 de la tarde y la isla comienza a encenderse. A diferencia de la mañana, a esta hora resulta más activo el tráfico de lanchas que van y vienen con rumbo a Janitzio. Un enorme manto negro de agua, cubierto por infinidad de estrellas, me divide entre el punto de salida y la reunión con los muertos.

En la oscuridad, el motor de la lancha que nos transporta no deja de escucharse a lo largo de 25 minutos hasta que llegamos a nuestro destino. Comienzo entonces a subir los 271 escalones que conducen por una de las veredas hasta la explanada del monumento a Morelos. Ahí, los seis pesos pendientes por la mañana son cobrados apenas me recupero de tan cansada subida.

El paisaje ha cambiado por completo. Cientos o tal vez miles de personas, en su mayoría jóvenes, han invadido la explanada y se quedan a los pies del héroe de la independencia nacional. El alcohol también hace su aparición quebrantando por completo aquella recomendación escrita en un folleto: “Estrictamente prohibido el consumo de bebidas alcohólicas en lugares públicos y de celebración”.

Ante la falta de habitaciones de hotel, las tiendas de campaña pueblan los jardines de la explanada. La calle junto a la iglesia que desemboca en el cementerio se ha convertido en corredor lleno de puestos ambulantes y las autoridades brillan por su ausencia. Ahora despejo mi duda de por qué tal vez algunos tours han descartado de sus puntos de visita a Janitzio: una imagen como esta para el turismo sin duda no deja un grato sabor de boca.

Antes de acudir a la velación, me detengo en el restaurante *Mintzikuri*, (palabra que en tarasco significa “descanso”) y tomo un atole blanco con buñuelos para hacer menos fría la noche. Desde la ventana del establecimiento sólo se ven luces de lanchas que van y vienen a través del lago en medio de la oscuridad. La señora Angélica, persona encargada del lugar y conocida desde hace tres años, me atiende con amabilidad y promueve sus productos al paso de los turistas.

Es momento de ir al campo santo. El reloj marca las 10 de la noche y mi primera impresión desde su entrada principal es la de una tímida velación. El cementerio, poco iluminado, tiene más turistas que gente de la isla y parece una extensión de la oscuridad del lago. Con el cielo como techo, cientos de personas invaden el “espacio sagrado” que se violenta al pisar tumbas y fotografiar aquellas escasas acompañadas por arcos y ofrendas.

Me quedo en una orilla asombrado por el gran tumulto que dificulta el paso incluso a aquellos que van a velar a sus difuntos. A unos metros, los comentarios de algunos visitantes reflejan lo que salta a la vista: “esto está muy mal, hay mucha gente y todos pisan las tumbas para pasar” y más allá todavía, un grupo de jóvenes se toma la foto del recuerdo sobre una lápida.

A un costado, solitaria, una señora comienza a adornar humildemente la tumba de su hijo fallecido hace once años. Su nombre es Victoria, y su historia, muy especial: ella vive en el Distrito Federal donde trabaja haciendo limpieza en una casa, su familia vive en la isla y cada año regresa sólo para velar a su hijo en el cementerio. “La fecha lo vale”, comenta, y asegura también que el turismo y la gran cantidad de gente no le afecta ya que está acostumbrada a ese ambiente.

En silencio, y cuidando que las llamas de los cuatro cirios colocados sobre la lápida no se apaguen ante el viento que sopla discreto, a la señora le restan diez horas más por delante en compañía de su hijo hasta que, a las nueve de la mañana del día dos, la misa dé por finiquitada la velación.

Entre tumbas, algunas ofrendas y luces tenues de cirios y veladoras, atravieso el cementerio y desde un pequeño mirador observo que cientos más desean entrar a ver tan singular espectáculo que ahí sucede.

“La auténtica celebración desde luego es nocturna y en el panteón”, “indígenas de la región lacustre velaron a sus difuntos en una máxima manifestación de solemnidad y respeto”, “15 panteones municipales conservan la tradicional Noche de Muertos en Michoacán”, dicen notas periodísticas que en el caso de Janitzio parecen no aplicarse cuando incluso indígenas que velan a sus difuntos en sus tumbas cobran por ser fotografiadas y de no dar “la cooperación”, en el caso de una de ellas, se envuelven en sus rebozos para no dar la cara.

Las horas pasan y la gente sigue arribando a la isla. Rebasada la medianoche las embarcaciones no se dan abasto para transportar a las personas que llegan o desean irse. El poblado ubicado en medio del lago parece tener más vida que nunca, aunque la muerte sea el tema de reunión para los que ahí nos encontramos.

Al salir del cementerio y bajar por una de las veredas isleñas para regresar a Pátzcuaro me sorprende al ver que, aproximadamente a 100 metros del embarcadero, debo tomar mi lugar en una fila de personas que tienen el mismo propósito que yo. Una hora después de la espera, el objetivo se cumple.

En la explanada, un grupo de jóvenes y niños ejecutan la tradicional Danza de los Viejitos con música de fondo reproducida desde un aparato electrónico, mientras los ahí reunidos les aplauden y regalan algunas monedas. El acto resulta además un momento de distracción para los que avanzamos lentamente con ansia de poder, finalmente, tomar el viaje de regreso.

Algunos discuten porque otros más se meten en la fila, que antes de llegar a la escalera del embarcadero se divide en dos, al mismo tiempo que los lancheros apresuran sus motores para poder cruzar por enésima vez el lago.

La vendimia, el alcohol, menos de la mitad del cementerio iluminado y turistas que llegan aún en la madrugada del día dos de noviembre son las últimas imágenes que me llevo de esta visita a Janitzio, donde seguramente el siguiente año se repetirá la misma historia y la muerte será, como ahora, solamente un pretexto.

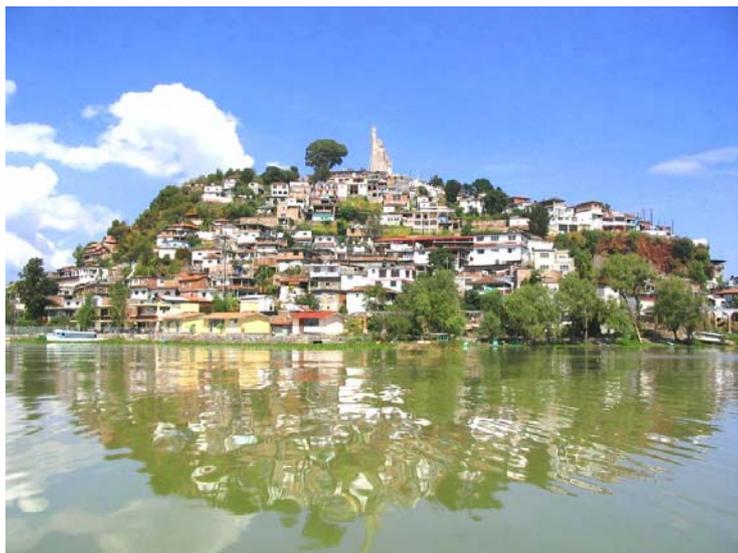
El gran arco colocado a la entrada de la isla, que por un año más dio la bienvenida a los paseantes, es finalmente el punto de referencia que indica el regreso a Pátzcuaro. Atrás quedaron cientos o tal vez miles de turistas que han convivido de cerca con la muerte purépecha... uno de los cuales compartió su experiencia a través de estas líneas.

Anexo 2. Retratos de más allá en la zona lacustre de Pátzcuaro.



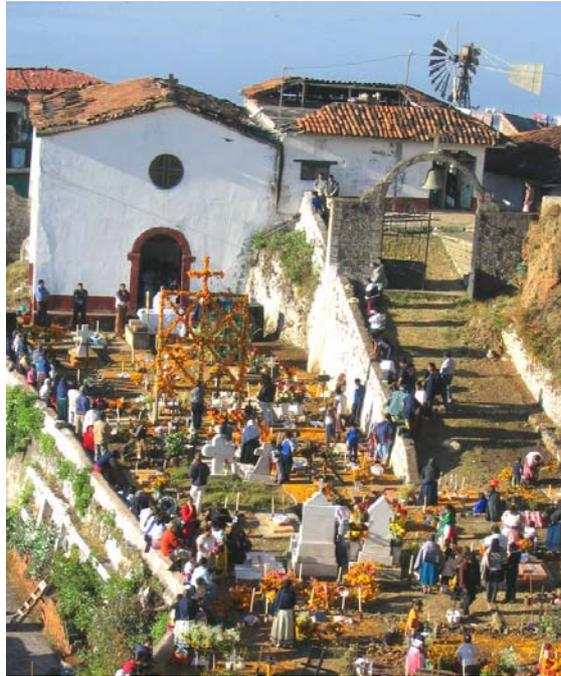
Embarcadero de Pátzcuaro donde se coloca un arco con flores de cempasúchil.

Fotografía: Alejandro Agüero López



Isla de Janitzio, lugar donde cada noviembre se celebra el Día de Muertos con velaciones y ofrendas.

Fotografía: Alejandro Agüero López



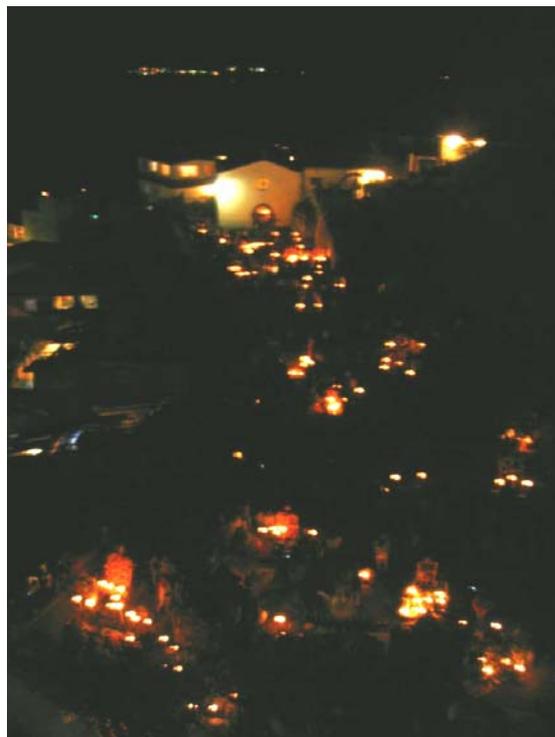
Misa de velación de angelitos en la isla de Janitzio.
Fotografía: Alejandro Agüero López



Mujeres purépechas, turistas, fotógrafos y representantes de los medios informativos escuchan atentos la misa de angelitos en el cementerio.
Fotografía: Alejandro Agüero López.



Altar de muertos ubicado en la iglesia de Janitzio donde acuden los visitantes y gente de la isla.
Fotografía: Alejandro Agüero López.



Panorámica de la velación de los muertos adultos en el cementerio durante la noche del uno de noviembre.
Fotografía: Alejandro Agüero López.



Arco sobre tumba dedicado a un difunto adulto durante la velación del uno de noviembre. Consta de flores, figuras de azúcar, fruta, panes y bebidas alcohólicas.
Fotografía: Alejandro Agüero López.



Cientos de visitantes se dan cita en el cementerio de Janitzio durante la noche en la que se realiza la Velación de los Difuntos.
Fotografía: Alejandro Agüero López.

Anexo 3. La muerte nos pela los dientes.

Llegar hasta aquí ha representado seguir los pasos de la muerte desde la época prehispánica hasta la actualidad, con los matices y delimitaciones que este reportaje han ofrecido, o simplemente porque el título del anexo invita a leerlo. Sin embargo, este trabajo concluirá con algunas líneas que reflejan lo curioso e ingenioso que puede ser el tema de la muerte en México independientemente del respeto que se merece, claro está.

Algunos afirman que el mexicano se ríe de la muerte, ¿usted lo haría? Al menos eso parece cuando se observa aquel pequeño cráneo de azúcar, chocolate o amaranto en cuya frente aparece tatuado nuestro nombre, ¿y qué decir del colorido papel picado que adorna casas y comercios durante los dos primeros días del onceavo mes? Hasta hay quienes hacen burla del prójimo en los versos llamados “calaveras” de los cuales políticos y artistas no escapan.

Alimento tradicional de la fecha como el pan de muerto con sus dulces imitaciones de huesos humanos seguramente ha sido saboreado por más de uno. Y hay para escoger aproximadamente 800 variedades de él, apodado según la región donde se coma: “pata de mula” en el estado de México, en Tlaxcala el “corazón”, “rodilla de Cristo” para los morelenses, “ánimas” guanajuatenses o “mujer muerta en parto” en Veracruz, son parte de la “mortal” gastronomía.

Entonces “los mexicanos poseen una relación muy cercana con la muerte”, señala Jorge Volpi, puño y letra del prólogo de la *Antología del cuento mexicano* en su versión dedicada al Día de Muertos, quien ha escuchado esa frase cientos de veces, en diversos contextos y pronunciada con múltiples acentos. Tequila, pirámides y mariachis se suman a la lista de elementos característicos mexicanos entre las que se encuentran las flores de cempasúchil y las ofrendas.

Y le apodan de múltiples formas: calaca, enlutada, catrina, tilica, pálida, dientona, patas de hilo, dama del velo, flaca, doña huesos... sabemos que nuestro

destino irremediamente está en sus manos porque todo ser humano se petatea, chupa faros, estira la pata, se enfría, cuelga los tenis... o simplemente muere.

Y si no bastara con tener presentes en la memoria a los que se han adelantado en el camino, se debe acudir al poblado de Pomuch en Campeche, donde desde hace más de 500 años los indígenas de aquella región sacan de sus tumbas los restos óseos de sus difuntos durante esta fecha para limpiarlos. Al finalizar el acto, los ancianos, mujeres y niños lavan sus manos con aguardiente, agua y alcohol. Parece ser, pues, que la muerte vive y convive entre los mexicanos:

- Nezahualcóyotl, rey de Texcoco, reflexiona poéticamente:
*“¿Acaso de verdad se vive en la Tierra?
No para siempre en la Tierra:
sólo un poco aquí...”*
- “No vale nada la vida, la vida no vale nada”, canta José Alfredo Jiménez en el tema de su autoría *Caminos de Guanajuato*.
- “Calavera Catrina”, ninguna con semejante y singular belleza gracias a los trazos caricaturescos de José Guadalupe Posada.
- Juan Rulfo pregunta en su texto *Pedro Páramo*:
 - *¿Has oído alguna vez el quejido de un muerto?*
 - *No.*
 - *Pues más te vale.*

Música, literatura, poesía, gastronomía... jocosidad y burla. Pero así como los antiguos mexicanos creían que no había vida sin muerte y viceversa, no podría existir entonces ese ambiente festivo sin reflexión, respeto y hasta temor.

Pero “quedarse tieso” desde luego que también es negocio. Hay quienes hacen de sus últimos momentos en la Tierra un espléndido glamour (como si el

difunto lo disfrutara) o simplemente una humilde pero sentida despedida cuando el presupuesto resulta escaso. Así pues, existe la “última morada” de finas maderas, tela o simplemente de metal... finalmente no deja de ser caja. Y los servicios, múltiples: sala de velación, arreglo estético del cuerpo, traslado en carroza, cremación y urna acrílica (en caso de quedar reducido a cenizas). O bien todo lo anterior con pesos menos. La elección puede variar de \$5,800 hasta \$50,000 o más... lo que cuesta morirse.

Desde luego a la muerte se le puede ver desde distintos ángulos como el mostrado a lo largo de esta tesis o bien de la manera abordada en este apartado. Preciso es decir al respecto que la risa jamás se confundirá con el llanto aunque digamos que “la muerte nos pela los dientes”, porque esa ironía que muchos le demuestran está disfrazada de temor. Basta con analizar el cuestionamiento respondido por Eduardo Matos, investigador Emérito del Instituto Nacional de Antropología:

- *¿Por qué los mexicanos nos reímos de la muerte?*
- *“Si usted es mexicano, invíteme al velorio de su madre cuando muera; quiero ver cómo se ríe...”*.

Y para cerrar este largo andar por la muerte, llena de historia, creencias, ritualidad y hasta negocio, el poeta Jaime Sabines hace su atinada presencia:

*Cuando tengas ganas de morirte
esconde la cabeza bajo la almohada
y cuenta cuatro mil borregos.
Quédate dos días sin comer
y verás que hermosa es la vida:
carne, frijoles, pan.
Quédate sin mujer: verás.
Cuando tengas ganas de morirte
no alborotes tanto: muérete y ya.*

Fuentes de consulta

Bibliográficas

Alcalá, Fray Jerónimo de, Relación de Michoacán, FCE, México, 1997, 88 pp.

Argueta, Jermán, Crónicas y leyendas, Colectivo Memoria y Vida Cotidiana, México, 5ª edición, 2002, 80 pp.

Baena Paz, Guillermina, Instrumentos de investigación; tesis profesionales y trabajos académicos, Editores Mexicanos Unidos, México, 1ª ed., 26ª reimp., 2000, 134 pp.

Bonte, Pierre, Michel Izard y otros, Diccionario de etnología y antropología, Ediciones Akal SA, Madrid, 1996, 758 pp.

Campbell, Federico, Periodismo escrito, Ariel, México, 1ª ed., 1ª reimp., 1995, 191 pp.

Carrasco, Pedro, El catolicismo popular de los tarascos, SEP Setentas, México, 1976, 215 pp.

Caso, Alfonso, El pueblo del sol, FCE, México, 3ª ed., 18ª reimp., 2003, 139 pp.

Cázares Hernández, Laura, Christen, María, et. al., Técnicas actuales de investigación documental, Trillas-UAM, México, 3ª ed., 6ª reimp., 2000, 194 pp.

Día de muertos, antología del cuento mexicano, Plaza Janés, México, 2001, 157 pp.

García Canlini, Néstor, Culturas híbridas, Grijalbo, México, 1990, 365 pp.

García Canlini, Néstor, Culturas populares en el capitalismo, Grijalbo, México, 6ª ed., 2002, 237 pp.

Hernández Sánchez, Alfredo y Octavio Uña, Diccionario de Sociología, ESIC, Madrid, 2004, 1657 pp.

Hillman, Karl-Heinz, Diccionario Enciclopédico de Sociología, Herder, Barcelona, 2001, 1046 pp.

Hunter, David E., Phillip Whitten, Enciclopedia de antropología, Ediciones Bellaterra SA, Barcelona, 1981, 675 pp.

Ibarrola, Javier, El reportaje, Ediciones Gernika, México, 3ª edición, 1994, 135 pp.

Jandra, Leonardo Da, La hispanidad, fiesta y rito, Plaza Janés, México, 2005, 223 pp.

Jiménez de Báez, Yvette (editora), Lenguajes de la tradición popular: fiesta, canto, música y representación, El Colegio de México, México, 2002, 530 pp.

Juárez Cao Romero, Alexis, Catolicismo popular y fiesta. Sistema festivo y vida religiosa de un pueblo indígena del estado de Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 1999, 205 pp.

Leñero Vicente y Carlos Marín, Manual de periodismo, Tratados y manuales Grijalbo, México, 12ª edición, 1986, 315 pp.

Matos Moctezuma, Eduardo, Muerte a filo de obsidiana, FCE, México, 4ª ed., 2ª reimp., 2000, 158 pp.

Mendoza Medel, Arlet y Juan Carlos Rodríguez, Día de Muertos: ¿identidad diluida? reportaje, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Campus Aragón, México, 2004, 154 pp.

Núñez Rodríguez, Manuel (editor), El rostro y discurso de la fiesta, Universidad de Santiago de Compostela, 1995, 324 pp.

Orozco y Berra, Manuel, Historia antigua y de la Conquista de México, Porrúa, México, 1960, Libro I, 486 pp.

Pátzcuaro, sus leyendas y su Noche de Muertos, Ediciones de Librería Luz, Morelia, 2005, 109 pp.

Paz, Octavio, El laberinto de la soledad, FCE, México, 3ª ed., 3ª reimp., 2004, 351 pp.

Pérez Fragoso, Edith, La identidad cultural en San Andrés Mixquic con la tradición del Día de Muertos, Tesis de Licenciatura en Sociología, UNAM-FCP y S, México, 2001, 154 pp.

Pratt Fairchild, Henry (editor), Diccionario de Sociología, FCE, México, 1ª ed., 8ª reimp., 1949, 317 pp.

Ramírez Romero, Esperanza, Catálogo de monumentos y sitios de Pátzcuaro y región lacustre, primer tomo, Gobierno del Estado de Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1986, 330 pp.

Rojas Soriano, Raúl, Guía para realizar investigaciones sociales, Plaza y Valdés, México, 11ª edición, 1993, 286 pp.

Sahagún, Fray Bernardino de, Historia general de las cosas de Nueva España, Tomo I, Alianza Universidad, México, 1988, 466 pp.

Soustelle, Jaques, El Universo de los aztecas, México, FCE, 1ª ed., 7ª reimp., 2004, 184 pp.

Tradiciones mexicanas, Editorial Época, México, 2005, 96 pp.

Zarauz López, Héctor L., La fiesta de la muerte, CONACULTA, México, 1ª ed., 1ª reimp., 2004, 263 pp.

Hemerográficas

A pie, crónicas de la Ciudad de México, Secretaría de Cultura/Gobierno del Distrito Federal/Consejo de la Crónica de la Ciudad de México/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM, trimestral, México, año 1, número 3, octubre-noviembre, 2003.

Anuario estadístico Michoacán de Ocampo, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Gobierno del Estado de Michoacán, México, 2004.

Arqueología mexicana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, bimestral, México, no. 40, Vol. VII, noviembre-diciembre, 1999.

Ávila, Gloria, “Alertan de guías piratas” en La Voz de Michoacán, 1 de noviembre de 2005, p. 4-C.

Botello, Yaotzin, “Celebra Pátzcuaro fiestas previas” en Reforma, 24 de octubre de 1999, p. 121.

“Difunto nuevo, muerto del año” en La Voz de Michoacán, 31 de octubre de 2005, p. 10, Suplemento especial Día de Muertos.

El Andariego, mensual, México, número 3, octubre-noviembre, 2003.

Fiestas en México, México Desconocido, México, agosto, 2003.

González T., Yólotl, El culto a los muertos entre los mexica, boletín del INAH.

Guía turística, histórica y geográfica de México, Promociones Editoriales Mexicanas SA de CV, México, 1984.

Hernández González, Silvia, “Se pasan de vivos” en El Sol de Morelia, 1 de noviembre de 2003, pp. 1, 6-A.

Las islas también cuentan, Gaceta informativa número 2, INEGI, 2002.

Michoacán, folleto anexo en el periódico El Universal, México, 2006.

Michoacán, cómo y dónde, México Desconocido, México, septiembre, 2003.

Michoacán, el alma de México, Región Pátzcuaro, folleto.

Michoacán, fiestas y tradiciones, México Desconocido, México, octubre, 2001.

Noche de muertos 2003, folleto de la Secretaría de Turismo, Michoacán.

Noche de Muertos... nuestra más viva tradición, folleto de la Secretaría de Turismo, Michoacán, 2005.

Rodríguez, Jaime, “Recordar ánimas es fiesta del alma” en La Voz de Michoacán, 31 de octubre de 2005, p. 1G.

“Velan sus recuerdos” en La Voz de Michoacán, 2 de noviembre de 2005, p. 16-A.

Zamudio Zamitiz, Silvia Eréndira, “Noche de Muertos, entre alcohol y globalización cultural” en El Sol de Morelia, 2 de noviembre de 2003, p. 2-A.

Zamudio Zamitiz, Silvia Eréndira, “Viva la tradición” en El Sol de Morelia, 2 de noviembre de 2003, pp. 1, 8-A.

Conferencias

Hernández, Amalia, La celebración de la muerte entre los purépechas, Museo Nacional de Culturas Populares, D.F., 30 de octubre de 2003.

Fuentes de internet

<http://cnca.gob.mx/cnca/inah/antropologia/mesoamef.html>

http://infoanalysis.com/boletincptm/numero57/new_page_2.htm

<http://mapserver.iegi.gob.mx/geografia/español/estados/mich/climas2>

<http://perso.wanadoo.es/luisalalas/js67015.htm>

http://www.cdi.gob.mx/index.php?id_seccion=420

<http://www.csgastronomia.edu.mx/profesores/mbarrera/patrmex/MATERIAL/tradiciones.htm>

http://www.es.wikipedia.org/wiki/Idioma_pur%C3%A9pecha

<http://www.folklorico.com/ponencias/noche-de-muertos.html>

<http://www.geocities.com/eztigma/culturas/imagen/mesoamerica.jpg>

<http://www.inegi.gob.mx>

<http://www.jornada.unam.mx/2004/05/13/03an1cul.php?origen=cultura.php&fly=2>

<http://www.mexicodesconocido.com.mx>

<http://www.proel.org/mundo/tarasca.htm>

http://www.redescolar.ilce.edu.mx/redescolar/publicaciones/publi_mexico/publipurepat.html

<http://www.semarnat.gob.mx/michoacan/ubicación.shtml>

Entrevistas

Entrevista realizada a Sergio Luna, delegado regional de la Secretaría de Turismo del estado de Michoacán en la región lacustre de Pátzcuaro, 31 de octubre de 2003.

Entrevista con señora Angélica, pobladora de la isla de Janitzio.

Entrevista con señora Victoria en el cementerio de la isla de Janitzio durante la velación de difuntos.

Otras fuentes

XII Censo General de Población y Vivienda 2000, INEGI

Video *Nuestro Pátzcuaro*, Hoteleros de la Región Pátzcuaro A.C.